Cuadernos de Tierra Roya

Ángel Martínez Salazar

Papeles de Tusitala enea

Cuadernos de Tierra Roya

ES

PARA MI

AMIGO RAFA GÓMEZ SANZ

CON TODO MI AFECTO
Y TODA MI SIMPATÍA

EN EL RÍO DE GUAYSTEIR

22
MAYO

15

N- 323169

Cuadernos de Tierra Roya

Ángel Martínez Salazar

PAPELES DE TUSITALA ENEA
EN TIERRA ROYA
y
erreQerre

© Ángel Martínez Salazar
© Papeles de Tusitala enea

1ª EDICIÓN
IMPRIME: Imprenta Luna. Bilbao. Tlf.: 944 167 518
MAQUETACIÓN Y DISEÑO: I. Picón

DEPÓSITO LEGAL: BI-1507-2014

Se admite la reproducción y utilización del contenido de esta obra sin la autorización escrita y expresa por parte del autor y del editor.

Índice

A decir verdad y de buena tinta 11

Capítulo I 13

Henningsen en San Gregorio, 15.— Stanley en el feudo del carlismo, 19.— Un viajero erudito y sensible, 25.— Baroja en Marañón y Estella, 31.— ...y una ciudad encantada, 37.— Dos pastores trilingües, 39.

Capítulo II 43

Aquí se imprimen libros, 45.— De librerías, tabernas y otras lecciones, 49.— Un obispo de la Ilustración, 53.— Gustavo de Maeztu y Whitney, 57.— Un escritor para un pueblo, 65.— Un arqueño: Fernando Videgain, 71.— El Nafarrancho de Larrión, 75.— Sobre la revista *Arkijas*, 79.

Capítulo III 81

El curandero de Arquijas, 83.— Una de clásico clarete-western, 89.— Abáigar, hace cien años, 101.— Los cojos de Cirauqui, 105.— Cunqueiro, los puentes y algún indio, 107.— Un cura amescoano de apetito fenomenal, 111.— Un artesano de mérito, 123.— El artista que siembra esculturas, 127.— Un tunante de escuela picaresca, 131.— De apodos y sobrenombres, 135.— No me perdí el tren, 139.— En casa del tesoro, 143.— Simeón Izquierdo Pascual, 149.— Un largo y cálido verano, 155.— Desde Acedo a América, 159.— Un curioso diplomático navarro, 163.

Capítulo IV 167

De literatura y vida, 169.— *Koska*, mi pastora querida, 179.— De prensa y literatura o viceversa, 185.— Un elefante para el rey, 189.— Un tipo que sabía contar historias, 193.

A decir verdad y de buena tinta

Dejad que el otoño caiga sobre mí
mientras vagabundeo por los campos...
R. L. Stevenson

SE dice que los escritores contribuyen a perpetuar la memoria colectiva de las gentes. Son una suerte de cronistas de los paises: esa mujer o ese hombre que reconstruye, utilizando andamios/mecanismos lingüísticos, la idiosincrasia cultural, social, económica... de una sociedad en una época determinada. Sin diversos textos de Antoñana, Argandoña, Azcona, Sainz, Satrustegui, Torrecilla, Videgain, etc., nunca podríamos conocer cabalmente cómo ha sido nuestra tierra y las personas que la habitaron, esa herencia que hemos recibido y debiéramos mejorar..., legar a generaciones venideras. Todos estamos de paso, dejemos pues que permanezca ese aliento que viene de antiguo y quiere seguir observando bien lejos.

La preservación de la memoria de los pueblos es un indicio cultural, uno de los más importantes y reveladores. Hay lugares que no disponen de archivos, bibliotecas, hemerotecas, videotecas... ni prensa plural, basta echar una mirada al mapamundi para encontrar ejemplos. Tierra Estella, y los valles de la que trata esta obrita, ha contado con personajes que han acertado a relatar cómo se vivía en otro tiempo y cómo se expresaban sus moradores, qué tipos extraordinarios la disfrutaron o visitaron...

Uno que trata de cuanto cree conocer, también quiere progresar con el paisito y su ciudadanía, seguir ampliando su patrimonio afectivo, literario, histórico...

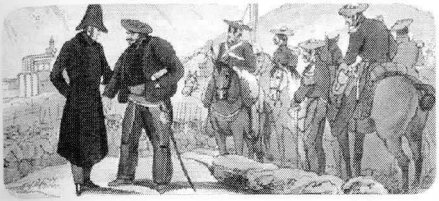
Me considero un cronista sin rumbo fijo, un observador de cosas diversas, un espectador y protagonista ocasional, y no pretendo convertirme a estas alturas en representante de nadie o narrador de circunstancias ni nada que se le parezca. Estos textos son el resultado de artículos aparecidos en prensa escrita aquí y más allá. Ojalá sus páginas le resulten amenas, útiles y provechosas; sirvan para algo más que alimentar el fuego hogareño o los contenedores de papel. Paul Valéry comentaba que los libros tienen diversos enemigos: «el fuego, la humedad, las bestias [inquisidores e imbéciles varios], el tiempo... y su propio contenido». Ahora estos párrafos, esta suerte de colaje con escritos variados, igual que lo que cuentan, pretenden contagiar entusiasmo: el modesto canto de un vecino. Manos livianas los trazaron, con la tiza que inventa la poesía en el cuaderno/pantalla, con esa voz que anima calles/plazas. Aquí prosigue la tarea de escribir: *Tusitala enea*, se hace libro porque algunos ángeles sueñan con... (tener) alas.

En *Tierra Roya*, otoño de 2014

Cuadernos de Tierra Roya

I. Aquellos ojos curiosos

Henningsen en San Gregorio



DE la batalla de Mendaza, desarrollada a fines del año 1834, contamos con testimonios de personas que intervinieron en ella: Fernando Fernández de Córdova, Charles F. Henningsen, Alexis Sabatier, etc.

Así sabemos que, un mes antes (5 de noviembre), el pretendiente carlista, enterado de la victoria de sus partidarios en la localidad de Sesma, se dirigió hasta el alto de Sorlada en acción de gracias. La comitiva se puso en marcha a primera hora de la mañana y se detuvo en Asarta para almorzar, presentándose al atardecer en Piedramilera. Al día siguiente, escoltado por una compañía de voluntarios, se detuvo para venerar la cabeza de san Gregorio «en medio del gentío».

Consta que Carlos V, al igual que el general Zumalacarregui, pernoctó en varias localidades de la Berrueza: Mendaza, Ubago, Zúñiga... Así sabemos que, el 23 de febrero de 1835, presenció desde los alrededores el ataque sobre Los Arcos; y, el 2 de septiembre, de nuevo, desde tan privilegiada atalaya, la toma de sus tropas de la villa. A finales de mes volvería a pasar por el templo dedicado al venerable que combatía las epidemias del campo. Mientras tanto, la fiebre bélica —la peor de

las plagas— arruinaba pueblos, arrasaba campos y sembrados, hacía derramar abundante sangre...

Mendaza fue la primera batalla librada durante la primera carlistada. Tuvo lugar el 12 de diciembre de 1834. Se enfrentaron los soldados dirigidos por Zumalacarregui y los de Luís Fernández de Córdova. El general rebelde desplegó antes del amanecer sus fuerzas en la Berrueza, orientándolas hacia el sur, con el flanco izquierdo en Mendaza y el derecho en Asarta. En el hondón del valle se encontraba su centro. Este lugar y gran parte de las laderas se componían de piezas de tierra cultivadas, rodeadas por muros de piedra. El cuartel carlista se encontraba en el desolado de Desiñana, mientras que las tropas gubernamentales estaban acuarteladas en Los Arcos. Henningsen, el olitense J. A. Zaratiegui, los dos hermanos (Luís y Fernando) Fernández de Córdova y el beriainés Marcelino Oráa, participantes en la lucha dejaron oportuno testimonio de su desarrollo.

Charles F. Henningsen había nacido en Escocia —según otros en Bruselas— y se presentó voluntario ante los partidarios del pretendiente cuando apenas contaba diecinueve años. Personaje que transpiraba ardor guerrero, y cuyo epitafio reza: «Todo un noble caballero de mundo, curtido en armas [participó en varias contiendas —siempre en el bando perdedor— en el viejo continente y América] y letras». Tuvo tiempo para conocer la basílica de san Gregorio y diversos valles cercanos. Así, esta suerte de condotiero y autor de curiosas notas, escribe:

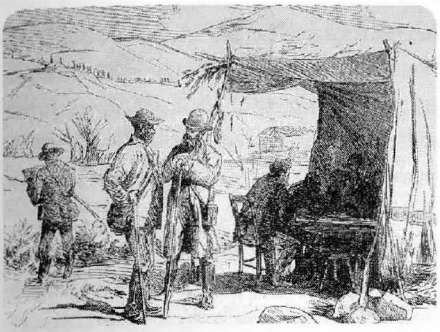
> En la cumbre de la cordillera se levanta un edificio alto, más bien de estilo moruno, que se parece a uno de esos castillos que se hallan desparramados por el país y que se asemejan a centinelas situados en las alturas de aquí y allá, desde donde miran a todos los lados mucho más allá de las llanuras que se hallan a sus pies.

Al joven Henningsen, le llama la atención aquella atalaya privilegiada y el templo dedicado al prelado ostiense, «cuyas reliquias se guardan allí, encerradas en plata». Señala, quizá movido más por la imaginación que el conocimiento artístico, que el edificio había sido erigido «para fines guerreros más bien que para religiosos», pues le daba la impresión de ser «más una torre de vigilancia que una ermita». Asimismo comenta que la veneración del lugar estaba muy extendida como lo atestiguan «las numerosas peregrinaciones que se celebran en tiempos de paz».

Durante su campaña de casi doce meses, al lado de su admirado *tío Tomás*, poco antes de la batalla de Mendaza, Henningsen fue enviado junto a cincuenta lanceros —para vigilar los movimientos liberales— hasta san Gregorio. Como hacía frío, aprovechó para cobijarse debajo del pórtico del templo de santa Cecilia en Sorlada, «un pequeño pueblo al pie de la montaña», desde donde se podía divisar cualquier señal de los vigías. El ejército carlista estaba preparado para la acción, ocupando parte de la Berrueza hasta las gargantas que conducían a la villa de Zúñiga.

Por fin, llegó la hora. A su lado pasó un viejo rebelde, montado en mula y al trote ligero, gritando: «Ya vienen». Desde los puestos de observación hacían señales casi al mismo tiempo. Luego de comunicar con el servicio de enlace se retiró a una distancia prudencial, desde donde observaron cómo los cristinos, llegados desde Los Arcos con una fuerza considerable, descendían y entraban en Sorlada. Se acercaba el momento del combate. El joven voluntario también participaría en otras guerras, como su presencia al lado del filibustero William Walker en Nicaragua. Pero, esa sí, es otra historia.

Stanley en el feudo del carlismo



A fines de 1871 un galés de nacimiento (John Rowlands) y estadounidense de adopción, encontró a un predicador al que llevaba buscando meses en el corazón del continente misterioso. Al llegar frente a él se descubrió el salacot, hizo una reverencia y dijo con sentimiento interrogativo: «¿El doctor [David] Livingstone, supongo?» A raíz de este acontecimiento la figura de Henry M. Stanley (1841-1904) entraba en la leyenda. Luego llegarían nuevas exploraciones y salvajes actividades colonialistas en África. Un personaje que también tuvo ocasión de visitar el viejo reino como corresponsal del *New York Times*, en 1873, durante la última guerra carlista.

Procedente de Vitoria, acompañado de un asistente pamplonés llamado Adolfo, y siguiendo a las tropas bajo el mando de Ramón Nouvilas, general en jefe del ejército del Norte, pernoctaron el día 15 de junio en la villa de Maeztu, comentando que la habitación que le tocó en suerte «estaba pobremente amueblada, las paredes tan solo encaladas y el suelo crujía bajo los pies, no teníamos ningún motivo de estar descontento de

la situación, habida cuenta de que el general en jefe no estaba mejor alojado». Al día siguiente, tras dejar atrás Atauri y Santa Cruz de Campezo, la columna se presentó en Navarra por Arquijas. Penetraban en «el feudo del carlismo». El reportero anota en su crónica que, a partir de ese momento, «se acabaron las miradas amistosas... estamos tan rodeados de enemigos como si estuviéramos fuera de España o en territorio de otra nación en tiempo de guerra».

Desde Murieta, localidad de Valdega a orillas del Ega, donde pernoctaron, las tropas se dirigieron hasta Eraul para continuar hacia Abarzuza, «viejo pueblo de lo más típico situado en un encantador valle [Yerri]», camino de Irurzun. Un pequeño incidente tuvo lugar en Salinas de Oro, donde una partida capitaneada por Rosa Samaniego comenzó a disparar desde las rocas al paso de la columna. Refiere Stanley que la emboscada se saldó con dos heridos por parte del ejército gubernamental y seis muertos en el bando insurrecto. Esta celada, el día 18, dejó perplejo al enviado especial que no duda en reprender a Nouvilas por continuar su avance sin perseguir a los «abúlicos y cobardes guerrilleros».

Tras la refriega de Salinas (Guesálaz), la columna se presentó en Irurzun, donde ya se habían instalado los hombres de Castañón, obligando a Nouvilas a seguir buscando un lugar apropiado donde pasar la noche, primero en Villanueva de Yerri y finalmente en Yabar. Para entonces llevaban recorridos poco más de cincuenta kilómetros, una distancia considerable.

Ante el agotamiento de la tropa, al día siguiente se reunía la plana mayor para elaborar un plan que permitiera provocar el enfrentamiento armado con el grueso del ejército carlista. De tal suerte que la columna dirigida por Portilla debía tomar posiciones en Ollogoyen y Ganuza, ambas en el valle de Allín, y la de Castañón en Baquedano (Améscoa), mientras que Nouvilas, al frente de sus hombres, trataría de arrastrar a los insurrectos hacia una de esas dos localidades.

El periodista, que acompañaba al general Nouvilas, tuvo ocasión de conocer los rigores bélicos: toque de diana a las cinco y media, pausa desde las once de la mañana a dos de la tarde y reanudación de la marcha hasta las siete, «hora en que estábamos tan cansados que lo único que queríamos era dormir». Tamaño esfuerzo pronto daría sus frutos, ya que al tercer día de marcha, en las cercanías de Estella, la columna se encontraba a pocas horas de distancia de los partidarios del pretendiente, los cuales se dirigían, sin sospecharlo, a un paso entre dos montículos en los que acechaba Portilla con casi dos mil fusiles y dos piezas de artillería. Los carlistas dirigidos por Nicolás Ollo y Antonio Dorregaray cayeron en la trampa dejando sesenta muertos y trescientos heridos.

En vez de darse por vencidas, las tropas rebeldes, reforzadas por las de Antonio Lizarraga y Teodoro Rada (*Radica*) se dirigieron bajo el mando de Joaquín Elio al paso de Irurzun. Castañón, que se encontraba en los alrededores, salió al encuentro de los insurgentes dándoles alcance en Itsaso. Sin esperar

apoyo y confiando en sus fuerzas —1.700 soldados y 2 piezas de artillería— se lanzó al ataque a campo abierto nada más divisar un destacamento enemigo. En seguida comprendió que tras esta avanzadilla, utilizada como señuelo, se hallaba desplegado el ejército de Carlos VII con más de 5.000 hombres. Para cuando quiso reaccionar había perdido un cañón y el pánico cundía en sus filas. Replegado sobre Itsaso logró, no obstante, repeler el ataque, sin que los carlistas, pese a su superioridad —aunque deficientemente armados, algunos con escopetas de caza— entraran de nuevo en combate.

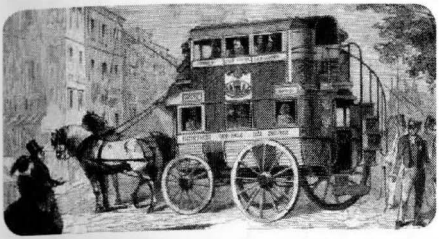
Ese mismo día Nouvilas se encontraba en Allo, al atardecer, recibió las primeras noticias del enfrentamiento que, según Stanley, hablaban de una derrota sin paliativos de Castañón, herido gravemente, y de cientos de soldados hechos prisioneros. Tras una noche de tensión y desasosiego, el jefe gubernamental comprobó en la jornada siguiente que la derrota de sus tropas, aunque clara, no había sido tan severa. Según el balance oficial recogido por el corresponsal estadounidense, que recorrió el campo de batalla, el número de bajas había sido incluso mayor en las filas carlistas —160— que en las republicanas —142— destacando la diferencia en el número de muertos: 101 rebeldes frente a 24 del otro bando.

La batalla de Itsaso, también llamada de Udabe o Beramendi, en el valle de Basaburua, dio pie a que Stanley criticase tanto la manera de conducir las operaciones por Nouvilas, como la supuesta torpeza de los carlistas para sacar provecho de tanta

ineptitud. Esta guerra no era la primera que había contemplado el enviado especial, «pero es la más extraña, la más incomprensible que me ha tocado examinar para el *New York Herald*». Asimismo comunica a sus lectores que «es imposible imaginar una guerra más humana que la que libran los generales españoles [gubernamentales] y los jefes carlistas».

A finales de junio de 1873, Stanley se despedía de Pamplona tras su breve experiencia como reportero de guerra en tierras alavesas y navarras. Habían pasado casi dos años desde que en la remota aldea de Uyiyi, a orillas del lago Tanganica, pronunciara su luego célebre frase.

Un viajero erudito y sensible



PEDRO Madrazo Kuntz (1816-1898) nos legó una magnífica obra dedicada a tierras riojanas y navarras, publicada en tres tomos, donde utiliza una prosa que destila sensibilidad y erudición. Párrafos de verdadero encanto. Por si fuera poco, está ilustrada con preciosos fotograbados y heliografías. Este publicista y académico (de la Historia, la Lengua y Bellas Artes) tuvo ocasión de viajar en diversos medios de locomoción: tren, diligencia, góndola, caballo... Y, desde la villa de Los Arcos hasta Mués, se desplazó en birlocho: carruaje ligero y sin cubierta, de cuatro ruedas y cuatro asientos, dos en la testera y dos enfrente, abierto por los costados y sin portezuelas.

Su primera visita la llevó a cabo en 1865. Regresará veinte años más tarde, cuando contaba casi setenta y uno antes de entregar a la imprenta *España. Sus monumentos y arte. Navarra y Logroño* (Barcelona, 1886). Madrazo describe con detalle los edificios religiosos y civiles más representativos de localidades como Viana o Estella, así como los accidentes geográficos e impresiones de color local. Aporta también pinceladas del paisaje que añaden agilidad a sus comentarios artísticos. En los capítulos 28 y 29 del tercer tomo aborda lo concerniente a esta

merindad. Dibuja, por ejemplo, la ermita de La Magdalena de Mués («un templo convertido en pajar»), la iglesia consagrada a Santa Cecilia en Sorlada o las «ruinas» del monasterio de Iranzu. Asimismo se ocupa de gentes que tuvo oportunidad de tratar: el muesino Valentín Zudaire, «profesor de instrucción primaria»; Esteban Acedo, capellán de San Gregorio, un joven «afable y en extremo simpático» o Nicasio Ochoa y Atanasio Munarriz, cura y alcalde de Abarzuza respectivamente.

Suficiente efecto le causó la «soberbia» basílica de san Gregorio cuando un sol radiante hacia destacar sobre el azul celeste «la elegante silueta de su berninesca mole». El viajero hace elogios del templo: «tipo de gala arquitectónica del siglo XVII..., [que] causa admiración cuando sólo se ven su portada, su inmenso atrio, y su regia escalinata en la silvestre cima de una montañuela de la Berrueza donde nadie se promete primores artísticos». Luego, tan cultivado visitante, pasa a describir el santuario, la vida del legendario prelado que le da nombre, las reliquias del ostiense (arca y cabeza de plata) e incluso tiene oportunidad para referirse a su Cofradía integrada por «veinticuatro individuos, de los que catorce son seglares, y diez sacerdotes, y todos han de ser naturales de la Berrueza y residentes en él», al tenor —anota— de una bula expedida a fines del siglo XVI.

Tras pasar por las localidades de Acedo, Ancín, Murieta..., se adentra en el valle de Yerri hasta Abarzuza desde donde se dirige montado en un macho tordo y llega al «arruinado»

monasterio de Iranzu. «No hay —escribe embelesado— excursión más pintoresca en toda esta tierra: va el camino pasando de una a otra orilla..., y la corriente y el camino van por una imponente pero amena garganta formada por dos barreras de gigantescos peñascos, cubiertos de seculares bosques de encinas y nogales; avanzando de trecho en trecho, y como próximos a desgajarse, enormes rocas de formas caprichosas y fantásticas».

Una cerveza en Los Arcos

Como conservo buena impresión de los pueblos que cita y de la bonita —me agrada mucho visitarla, algunos lo saben— villa de Los Arcos, y, además, me encanta la obra que dedicó a nuestra tierra tan ilustre académico, me permito el lujo de acompañarle en una etapa de su viaje realizado en birlocho el año de 1885. Aquel día salió de Lizarra y luego de visitar Irache y Villamayor de Monjardín se presentó en Urbiola y Luquin que celebraba la fiesta en honor de san Simón.

Pues bien, el visitante que ya contaba una edad provecta, alardeando de mayor agilidad de la que comportaba su figura, quiso hacerlo sin poner el pie en el estribo del carruaje y, al dar un salto, enganchó el faldón de su gabán, pegándose una costalada mayúscula. Varios mozos del lugar presenciaron tan monumental «batacazo», y Madrazo creyó advertir en ellos «algunos gritos lisonjeros». Sin embargo, los luquineses, después del mal trago, le invitaron «a pan, vino, queso y ros-

quillas», antes de proseguir camino hacia Los Arcos. Es decir, risueños y generosos... que cualquiera no se da un hostión al bajar del carruaje, salvo esos que tienen *pies redondos*.

En la capital del Odrón tuvo ocasión de maravillarse del «soberbio» claustro de la parroquia de Santa María. Acompañado del cura Simeón Ilarraza tomó una taza de café. Así como Pastor Abaigar y Felones Morrás, en nuestros días, nos hablaron de las joyas arquitectónicas arqueñas, seguimos la huella del viajero. Sabemos que lo primero que hizo apenas llegar fue hablar con la posadera —en el parador ubicado a la sazón en la plaza del Coso— sobre su menú para la comida que había de servirle. Casualmente acababan de consumirse las provisiones habituales: «sólo había huevos y unos pollitos tísicos» que pululaban a su aire por el corral.

Madrazo preguntó si disponían de cerveza y le respondieron que era probable pudiese disfrutar de una, porque ciertos alemanes hospedados en una casa cercana durante la última carlistada, habían dejado un par de ejemplares «que nadie quería beber». Mientras el simpático vicario y su acompañante se despedían, la hija de la posadera, que le había visto acercarse desde lejos, le esperaba a la puerta triunfante con «una botella de Bremen» en la mano.

—Señor, aquí está: sólo ésta tenían. Ya me han dicho cómo la he de destapar, porque en descuidándose, se vuelve toda espuma.

Don Pedro no pudo atravesar bocado: la sopa, los huevos y el pollo de poca pluma «venían rebosando aceite rancio y crudo», y él no había podido acostumbrarse a dicho condimento, «tan del gusto de los naturales». La mocita le miraba afligida. «La taza de café del Sr. Vicario me ha quitado la gana», le dijo para no apurarla. «A ver si sabes destapar esa botella». Felisa Arizmendi, así se llamaba, la tomó resuelta entre sus albas y temblorosas manos: «verla yo manejando el sacacorchos y sentirme todo rociado, cabeza, cara, pecho y brazos, por una especie de ducha de líquido espumoso, fue todo uno».

La servicial muchacha, no bien sacó el corcho, introdujo el dedo por el cuello de la botella para contener la erupción del liquido; pero, como lo tenía menudito, no consiguió taparlo del todo, y la cerveza, escapándose con fuerza por la boca, «parecía el surtidor de una fuente deshecho en forma de canastillo». Asustada, Felisa se quedó hecha una estatua de hielo: la cerveza se fue toda en borbotones de espuma, sin que conservara «una sola gota del estomacal brebaje».

Y cuando a la puerta de la posada, de la que Madrazo salió «tan en ayunas como había entrado», tomaba su carruaje tras pagar su hostalaje, el almuerzo de su cochero y el pienso consumido por el caballo, supo con sentimiento que aquella delicada criatura no había comido de pesadumbre por el disgusto. «Seguramente —escribe el viajero— no nació ella para las rudas campañas de la vida de posadera». Ya en camino, a don Pedro le esperaba Mués y la espléndida basílica de San Gregorio. Sin

duda, de lo mejor que hemos leído sobre nuestros valles. Una joya bibliográfica que está pidiendo nueva edición.

Baroja en Marañón y Estella

ROBERT L. Stevenson, autor de *La isla del tesoro* o *El Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, a quien los naturales de la isla de Samoa bautizaron como *Tusitala*: el que cuenta cuentos o el narrador de historias, en carta dirigida a un joven que se proponía abrazar la carrera de las letras le comenta: «Si un hombre ama su oficio con independencia del éxito o la fama, los dioses han llamado a su puerta». Pues bien, Baroja pronto abandonó su carrera de médico rural y nunca tuvo vocación de industrial panadero para dedicarse a la literatura, legándonos inmarcesibles novelas, interesantes relatos y documentados artículos periodísticos.

En diferentes etapas de su itinerante existencia, Pío pudo tratar a los hermanos Maeztu Whitney (el periodista Ramiro, el pintor Gustavo y la pedagoga María...). Al mayor de ellos, el menos literato y más periodista —polémico y cambiante— de su generación, lo conoció en 1899 y así lo anota en sus *Memorias*: «Yo le hice un pequeño favor y él me invitó a pasar una temporada en casa de una tía suya en Marañón, provincia de Álava (sic)». Más adelante detallaría este encuentro que se presentaba bajo tan felices augurios de amistad. Sin embargo, no tardarían en seguir caminos distintos y en distanciarse en cuanto a las ideas, proyectos e intereses. No sin antes proponerse —junto con Valle Inclán y Camilo Bargiela— escribir «un gran folletín» —a la sazón en boga— que luego publicaría en solitario Ramiro bajo el estrafalario seudónimo de Van Poel Krupp.

Según parece donostiarra y vitoriano se habían conocido en la redacción madrileña de *El País* y, poco después, Maeztu —un punto arriscado y buscarruidos— le solicitó ayuda en el turbio asunto de un duelo que tenía pendiente con un tal Suárez de Figueroa, gacetillero también. Ocupado en el desafío, que por fortuna no llegó a celebrarse y tampoco hubo sangre que lamentar, no había tenido tiempo de entregar sus colaboraciones periodísticas, entonces mal retribuidas (como en nuestros días), por lo que necesitaba dinero. Según parece Pío le prestó «unos duros» y su flamante amigo, agradecido, le ofreció ir a pasar varios días de descanso en la localidad navarra de Marañón, eso sí, en la raya con tierras de la Montaña alavesa.

Aprovecharon su estancia en el pueblo del valle de Aguilar para acercarse hasta Viana, visita que despierta la curiosidad que Baroja tuvo siempre por César Borgia (presente en su novela *César o nada*), cuya tumba pudo ver y asimismo se pasearon por diversas localidades de la zona. De esta excursión cuando corre el año 1900, comentará: «Estuvimos en Santa Cruz de Campezo, en Genevilla y Cabredo. En Marañón terminé yo el libro de *La Casa de Aizgorri*», que editaría el entusiasta Fermín de Herrán —como la recopilación de artículos titulada *Hacia otra España* de Maeztu— en su Biblioteca Bascongada. Por cierto, aquel viaje había de inspirar la ambientación de *El mayorazgo de Labraz* (1903), para cuyo marco también tomó notas en las cercanas villas alavesas de Labraza y Laguardia. Era el comienzo de una efímera amistad, y ambos iniciaban con vigor sus andanzas literarias y periodísticas.

Cuando se encuentran en aquel Madrid finisecular, ambos jóvenes poseen ya amplia experiencia de las dificultades de la vida. Ramiro se ha visto obligado en su mocedad a abandonar una existencia muelle y privilegiada en la antañona Gasteiz para ponerse a trabajar en oficios mil. Primero se traslada a París y después hasta Cuba para tratar de salvar lo que quedaba de la otrora considerable hacienda familiar. Regresa de la perla del Caribe arruinado y, a la muerte de su padre, comienza su carrera de periodista en diversos rotativos vascos para pasar más tarde a la capital española, Londres...

Zalacain en Estella

Ya Unamuno sostenía que la novela es «la más íntima historia, la más verdadera». Pero, ¿existe o ha existido alguna vez aquella Moscú tal y como la describe Tolstoi; una ciudad denominada París, como la que perfila Maupassant; una Vetusta, como la recreada por Clarín; un Londres, como el que dibuja Dickens...? De algunos paisajes literarios, puede decirse que a veces parecen nuevos. Cuanto más nos aproximamos a ellos, más remotos nos parecen; cuanto más los analizamos, más tenemos que aprender. Esto se aplica a otras geografías; las más destacadas son, posiblemente, las tierras recorridas por Don Quijote, ese condado impronunciable creado por Faulkner, la Praga fabulada por el ciudadano Kafka, el Macondo de García Márquez...

Los personajes y escenarios barojianos abarcan un extenso mapa. Predomina Euskal Herria, que se hace entrañable en

Vidas Sombrías; *Tierra vasca* sirve de título a una trilogía, tan radical como los tipos y paisajes frecuentes en *El mar*; cercanos resultan los imaginarios senderos de *Los caminos del mundo*, *El caballero de Erlaiz* o *Los contrastes de la vida*. Una vez instalado en Bera, su paisito amado, en el prólogo a *La leyenda de Juan de Alzate*, el escritor se define como «un poeta humilde, de un humilde país, del país del Bidasoa». Don Pío nos acompaña por el San Sebastián de sus primeros pasos en *Las inquietudes de Shanti Andia* o *Los pilotos de altura*. El Pamplona de su infancia es rememorado en *La sensualidad pervertida* y *El árbol de la ciencia*; Vitoria en *El cura de Monleón*; las villas de Laguardia y Viana en *El mayorazgo de Labraz* y *El aprendiz de conspirador*. Tafalla y Tudela en *La ruta del aventurero*, etc[1]. Sin olvidarnos de las ventas y ventorrillos del camino...

Martín Zalacain de Urbia —uno de sus personajes de ficción favoritos— tiene ocasión de moverse por Estella. Antes de llegar a la capital merindana, los protagonistas almorzaron en Lezaun y, arreando las caballerías, pasaron por Abarzuza. «El extranjero explicó al paso la posición respectiva de liberales y carlistas en la batalla de Monte Muru y el sitio donde se desarrolló lo más fuerte de la acción en la que murió el general Concha». Al llegar cerca del convento de recoletos se había echado ya la noche. Atravesaron el portal de Santiago, y en la calle Mayor buscaron alojamiento.

1.- Sobre este autor tuve ocasión de publicar *El Señor se Itzea, apuntes para una geografía barojiana* (Madrid, Biblioteca Nueva, 2002).

También tenemos noticia de cómo Zalacain y «el extranjero» pasearon por la ciudad y de lo que hablaron, de su salida al paseo de Los Llanos... Tomaron por la rua Mayor, la principal. «A un lado y a otro se levantaban hermosas casas de piedra amarilla, con escudos y figuras tallados». Luego siguieron una calle cuyas casas solariegas mostraban sus grandes puertas cerradas; «en algunos portales, convertidos en talleres de curtidores, se veían filas de pellejos colgados, y en el fondo, el agua casi inmóvil del río Ega, verdosa y turbia». Los forasteros suben a la iglesia de San Pedro y desde allí contemplan Lizarra y los montes que la circundan: «abajo, el tejado de la cárcel, y en un alto, la ermita del Puy». Una señora barría las escaleras de piedra del templo con una escoba, cantando a voz en grito:

¡Adiós los Llanos de Estella,
San Benito y Santa Clara,
convento de recoletos,
donde yo me paseaba!

El narrador, tiene ocasión de contarnos cómo los acontecimientos se complican hasta el punto de que Martín durmió el tercer día «en la cárcel». Después, el protagonista cruzó el puente del Azucarero y la calle de San Nicolás para tomar la carretera de Logroño. Lloviznaba y la noche estaba muy oscura, pasaron cerca de varios pueblitos, «por delante de Los Arcos», Sansol, Viana...Toda un territorio que ahí está para que nos acerquemos y recorramos, porque la narrativa del vasco, todavía hoy, sigue contando.

...y una ciudad encantada

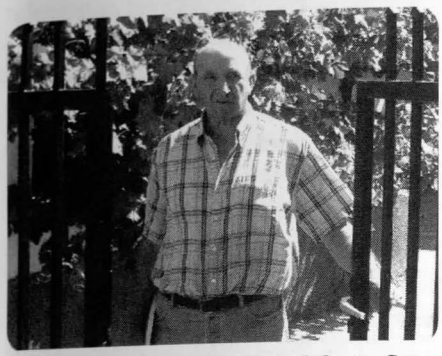
AL publicista José María Iribarren Rodríguez (1906-1971) le debemos obras de diverso alcance e interés: *Batiburrillo navarro*, *Retablo de curiosidades* o *Vocabulario navarro* e interesantes páginas sobre Lizarra. En *Cajón de sastre* se reproduce un artículo suyo (de 1952) dedicado a la capital del Ega, con delicados párrafos. Comenta que es la ciudad «más subyugante de Navarra, la que tiene un encanto más antiguo». Hace referencia a los juglares medievales que recorrían pueblos y villas con el laúd a la espalda, loando encantos y recitando coplillas: «Estella la bella, Pamplona la bona, Olite y Tafalla, la flor de Navarra». También nos recuerda que la antañona población transpira mucho del sabor y el misterio del viejo reino. Situada en plena zona media, representa «la transición y el equilibrio» dentro del clima, del paisaje y el alma navarra; una mezcla de Montaña y Ribera, con un sello peculiar. Ni grande ni pequeña, acurrucada entre montañas y en cuyas aguas se reflejaba parte del caserío. En definitiva, Estella une a su condición «de ciudad medieval, el aroma romántico de haber sido la Corte de los reyes

carlistas». Con hermosas ermitas y santuarios «empinados en los alcores».

En todo un ejercicio de lirismo contenido y prosa pulida, nos regala preciosas y precisas perlas cultivadas, como las que dedica a la tradición menestral y artesana de sus gentes, a los mercados semanales o las bulliciosas calles y tabernas. Nos acompaña a cruzar la calle Mayor, donde «más que los escudos de sus casas le extraña al forastero ver las tiendas de comestibles que sacan a la acera sus cubos de sardinas y sus cestas de frutas y verduras». Si es día de mercado, nos encontramos con la plaza de los Fueros «llena de toldos y algarabía». Ya en la vecina plaza de Santiago, veremos a los lugareños de los valles vecinos platicando «con tratantes y gitanos, mientras gruñen los cerdos y patean los machos». Ciudad que se siente incapaz de definir. Por ello echa mano de una anécdota protagonizada por dos pintores célebres. Cuando Ignacio Zuloaga le dijo a Maeztu: —«¡Gustavo! ¡Estella es más grande que Jerusalén!»

Quizá exageraba. Pero, sin duda, hacía justicia con la hermosa Estella de hace cincuenta años: no sólo contaba (y cuenta) con un marco privilegiado sino con unos colores singulares y un paisanaje acogedor y dinámico. En definitiva, toda una localidad para disfrutar y que, a pesar de crisis y turbulencias, seguirá contando. Iribarren lo sabía, él no vendía aire... ni humo.

Dos pastores trilingües



VÍCTOR Gambra, nacido en Sorlada en 1939, al igual que dos hermanos suyos viajaron a los Estados Unidos, corrían los años cincuenta del pasado siglo, para trabajar como pastores de ovejas. Habían sido llamados por su tío José María Sáinz de Vicuña Suberviola, nacido en 1893 y de la misma naturaleza, que luego se haría próspero ganadero; tras casarse y fundar familia, permanecería en Idaho. Un buen día se prestó a contarme la vida que llevaban, dura y solitaria, así como las condiciones de trabajo y anécdotas varias. En mis cuadernos consta que el primero en llegar, al estar rodeado de compañeros euskaldunes, «aprendió a hablar en vasco antes que en inglés».

Ahora que estoy en fase de redacción de mi próxima obra, me encuentro con otro testimonio de interés. Aurora Pérez Miguel, autora de libros de viaje, llegó a una pequeña ciudad de Wyoming donde tuvo ocasión de acudir a uno de los bailes que se celebran a puerta cerrada y que rememoran viejos tiempos. En aquella ocasión se trataba de una fiesta organizada por un club de antiguos ovejeros (muchos de ellos luego reconver-

tidos en ganaderos). Los actos se celebraban en unos salones de Sheridan y duraban tres días, «durante los cuales se comía, se charlaba y se bailaba».

Una de las mujeres de la organización, al saber que la visitante era europea, le dijo que en su grupo había un compatriota y fue a buscarle. Al cabo de un rato se presentó «un hombre de unos 70 años, de estatura media, delgado, ojos azules y franca sonrisa». Se acercó y mientras la dirigía unas palabras en euskera, ella le preguntó: ¿De dónde es usted? «—Soy de Erratzu, pero hace muchos años que vivo aquí». Esta vez se expresó en castellano y en voz alta «con un fuerte acento entre francés y americano». Juan, así se llamaba, aunque allí era conocido como *Johny*, se mostró encantado de hablar con una española. La invitó a su mesa, presentando a sus amigos, «y a Betty, mi "dulce corazón" (traducción literal del inglés: mi novia = sweetheart)».

Juan dijo que había llegado a las montañas de Big Horn siendo aún un niño reclamado por su tío, pastor de ovejas, para que le ayudase en sus tareas. «Cuando yo era pequeño, había una gran colonia de vascos en las montañas, pero los mayores fueron muriendo y ya no vienen más jóvenes aquí. Así que quedamos muy pocos. Cuando las luchas entre ovejeros (trashumantes) y ganaderos (rancheros) hubo muchas muertes. Yo mismo trabajo ahora para un abogado ganadero que vive en Cheyenne».

A sus preguntas sobre el tipo de vida que llevaba, respondió que la existencia cotidiana «era muy dura en las montañas, so-

bre todo durante el invierno». La mayor parte del tiempo se lo pasaba trabajando. Sus únicas distracciones «eran el cine y la televisión, las charlas entre amigos y —sobre todo— el baile». Preguntado sobre si tenía familia en su Baztán natal y si hacía tiempo que no iba, contestó: «—Sólo tengo algunos primos y también un antiguo "dulce corazón" (novia) con quien me escribo en navidades desde que era niño. Ella todavía está soltera allí en Erratzu y quiero ir algún día, pero no se cuando». Si vive, Juan, hoy tendría poco más de 80 años...

También traté —conversé horas y horas y tomé buenas copas de Torres 10— con Ion Bilbao Azkarreta, me prologó un libro sobre Diego de Borica (gobernador alavés de Alta Calfornia) y contó memorables historias sobre su vida y acerca de muchos vascos y navarros en los Estados Unidos.

Cuadernos de Tierra Roya

II. (Notas para) una biblioteca de autores estelleses

Aquí se imprimen libros

MUCHAS personas poseen en sus bibliotecas *Don Quijote de la Mancha*; bastantes nunca se han asomado a sus enjundiosas —amén de entretenidas e hilarantes— páginas y la mayoría no recuerda que... en la segunda parte (salió a la luz en 1616) de la inmarcesible obra cervantina, el protagonista visita Barcelona. Tras las burlas que le han hecho Antonio Moreno y sus amigotes, un buen día, el hidalgo (para ser don hay que tener antes algo) manchego, convertido en una suerte de esperpento ambulante, decide lanzarse a callejear por la ciudad; pasea acompañado por Panza y dos criados... y lo primero chocante que encuentra es un portal sobre el cual han rotulado con muy grandes letras: «Aquí se imprimen libros».

Don Quijote nunca había visto hasta entonces nada parecido, y entró en el taller para ver cómo tan novedosa y sorprendente

industria fuese. De establecimientos tipográficos como aquel salían los caballeros y heroínas que lo volvían tarumba, pero consolaban e instruían. Una vez en el interior hizo preguntas al oficial que estaba componiendo una obra italiana «traducida a nuestra lengua castellana». Varias oficinas existían ya en la Ciudad Condal que tenían o podían tener sobre su fachada el cartel de «Aquí se imprimen libros». ¿Qué salían de aquellas imprentas? Pliegos sueltos, es decir, cuadernillos de dos o cuatro hojas, y volúmenes diversos que se vendían en los mismos locales o por las calles. Mendigos y ciegos, trajinantes y charlatanes, pregonaban aquellos escritos por mercados, romerías y ferias.

Llama la atención comprobar que ciudades como Bilbao (1578), San Sebastián (1667) o Vitoria (1722), carecieran de imprenta décadas después que la ciudad de Estella (1546). A la sazón eran ya veteranas en el arte de imprimir Burgos que lo inaugura en 1485; le sigue de cerca Pamplona, la pionera de las localidades vasconavarras con imprenta ya en 1490. Después se establecería en Logroño (1503), Tudela (1572), Santo Domingo de la Calzada (1588), Irache (1607), Nájera, etc.

Debemos subrayar que fue la nuestra, hasta bien avanzado el siglo XIX, una cultura de carácter personal y estamental, más que colectiva. Si algo brilla en el pasado cultural de Navarra (y de otros territorios limítrofes) son las individualidades de las clases acomodadas, o de parte del clero, que leen lo que a casi nadie interesa y escriben lo que apenas nadie iba a leer,

porque ni siquiera había taller que pudiera sacarlo a la luz. No ha de sorprender ni ese carácter individual ni cierta fuga de lo que hoy denominaríamos *cerebros*. Lizarra, como otras poblaciones pequeñas, careció hasta avanzada la centuria de los medios necesarios (librerías, prensa, biblioteca pública...) para el desarrollo de una intelectualidad ciudadana.

En junio de 1545 Miguel de Eguía expuso a las autoridades competentes cómo desde hacía tiempo estaba tratando de introducir un taller tipográfico en la ciudad del Ega, empresa que había de redundar en honor y provecho de todo el viejo reino por ser de larga memoria y tan provechosa. El consejo real accedió a buena parte de sus peticiones y al año siguiente la imprenta quedaba instalada en Estella. Era la primera que funcionaba en Estella, la tercera de Navarra y una de las primeras de España. Todo un hito para celebrar. Sabemos que las tres primeras obras del flamante arte negro publicadas por Eguía fueron: *Antidotus contra venerem*; *Horas romanas de nuestra Señora en romance* y un *Vocabularium eclesiasticum*.

Hace muchos, muchos lustros, Richard de Bury sostenía que si hubiéramos acumulado «oro y plata, caballos magníficos o elevadas sumas de dinero», habríamos tenido en aquel tiempo riquezas, «pero nos importaban los libros, no las libras». Todavía hoy, las obras impresas además de proporcionarnos otro tipo de tesoros también nos ayudan a ser dignos de nuestra época. Mientras tanto me felicito, aquí se impriman volúmenes donde los autores nos ofrecen sus reflexiones de variado

tipo, nos cuentan sus relatos de ficción, o nos seducen con sus poemas. Y editores, diseñadores, ilustradores, distribuidores, libreros... entusiastas. Vamos, una industria que contribuye como pocas a que los pueblos sean cultivados... y sus gentes ciudadanos mejores. Por eso mismo, libras (o facilidades) para adquirir libros y ser más libres. Y que el ministro Wert dimita o lo cesen y se vaya con su machete tarzanero, autoritarismo impertinente y toalla hortera a una lejana playa.

De librerías, tabernas y otras lecciones

SIGO convencido de que ciertos ciudadanos —cada día menos— no entran en las librerías porque no sirven bebidas, posiblemente prefieren alimentar su andorga y estimular el gaznate mejor que su espíritu... No saben cuanto se pierden. En los volúmenes de diverso tamaño, con ilustraciones o no, se pueden aprovechar buenas historias, degustar sublimes poemas e incluso disfrutar de excelentes pensamientos y conversaciones enjundiosas. Pero, también es cierto, no todo pueden ser ríos de tinta ni sopa de letras.

A cierto escritor francés decimonónico se le atribuyó la siguiente coplilla: «Estella, Ciudad bravía, que entre antiguas y modernas, tiene cuarenta tabernas, y una sola librería». Juan Satrustegui que conoce bien Lizarra, no dudó en replicar tal aseveración, prejuicio o desconocimiento, y en *Personajes, leyendas e historias de la tierra* (1996) nos recuerda cómo el propietario del antiguo bar Felipe (estuvo ubicado en la plaza de los Fueros) tampoco vaciló en convertir su establecimiento en librería. Además, grafómano y amante de la lectura, cogió la pluma y escribió una respuesta que decía: «Estella, Ciudad bravía, que entre antiguas y modernas, posee muchas tabernas, tantas como librerías». Con la que sigue cayendo, no sobra ninguna.

En *La felicidad de la tierra*, un diario de campo, del pueblo alcarreño en que Manuel Leguineche escribió, en una casa en

medio del monte, el vizcaíno recuerda a su paisano Unamuno, quien, por cierto, también tenía Jugo por apellido: «Solo el que sabe es libre y más libre el que más sabe y el que, por saber más, se ve forzado a elegir lo mejor, solo la cultura da libertad... No procuréis la libertad de volar, sino la de dar alas; no la de pensar, sino la que da pensamiento...» Don Miguel —que dominaba el griego y el euskara— era aficionado a las tertulias de café y también acudía a las tabernas para solazarse y aprender disciplinas vitales e incluso regladas.

A falta de librerías en nuestros valles, conviene recordar que otrora muchas tabernas, además de lugar de encuentro y recreación, fueron una suerte de universidades populares, donde se hablaba, discutía, leía (la prensa o los bandos municipales), aprendía... Algunos vecinos intuían que fulanito sabía muchas cosas que «venían en los libros» e intercambiaban sus conocimientos con otros aprendidos de la vida —suya y de los suyos—; la naturaleza toda, de la condición —de ser— sentirse parte del mismo mundo. Algunos entendían en latín sin haber estado nunca en Salamanca ni haber pasado por el seminario y no conocían más río que el Ega o el Odrón, sin embargo dominaban nutricia gramática parda con la precisión de un pendolista y la curiosidad de un inventor.

Los libros, lo mismo que las tabernas, se pueden dividir como mínimo en tres grupos principales: los que nos impiden pasar de las primeras páginas —copas garrafoneras o tragos de vino peleón— y son más indigestos que un ladrillo de plomo

o un sorbito de lejía; los que nos sorprenden y ayudan a seguir nuestro camino personal, laboral, social...; y los —quizás más interesantes y provechosos— que, simple y llanamente, nos estimulan y alegran la existencia. A este último apartado pertenecen autores —bares favoritos— con calle importante o plazoleta semioculta, con edición lujosa o de bolsillo, con «estampitas» —marcas conocidas— o sin letras capitales —brebaje sospechoso—, de poco gramaje —graduación— y, siempre, una palabra agradable, novedosa, oportuna...

Brindemos pues por las librerías Clarín e Irrintxi, ahí siguen, esperándonos; por esas tabernas que nos permiten, todavía, ser lectores o parroquianos que saben beber —en las fuentes impresas y en las barras del establecimiento favorito— y necesitan continuar el camino. Eso sí, seguimos soñando con que haya tantas librerías como lugares de encuentro, aunque cueste pagar el servicio. Como Machado, descubriremos la diferencia entre valor y precio.

Un obispo de la Ilustración

CORRE ya más de la mitad del siglo XVIII. Y continúa ampliándose el mundo conocido, hasta presentarse definitivamente redondo. Los perseguidores de quimeras prosiguen sus destinos, dejan atrás campos y ganados, villas y aldeas, para dirigirse a las remotas e inmensurables tierras de ultramar. Al amparo de un dios navegante y conquistador, atraviesan apretujándose en diminutos cascarones de madera. La mar —peligrosa e inmensa— les separa del paraíso de promisión. Junto a destripaterrones de ingrata tierra, artesanos, pastores y carboneros sin porvenir, funcionarios con aspiraciones y soldadotes de chupa desgastada, que el destino no ha matado de guerra, epidemias o hambre. Viajan servidores de la corona, mercaderes, criados, pícaros, aventureros... y eclesiásticos. Todos buscan abonanzar su situación al otro lado

del Atlántico, geografía mágica con aguas que lavarán sangre y transformarán destinos.

Se presenta abierta, llena de sorpresas, la gran promesa de todos los tiempos. Allá, en el nuevo continente donde se oculta Jauja y El Dorado, la ciudad de Cíbola o la mítica Teguayo... se redimen los tuercebotas y otros desheredados mordidos por el infortunio, las mujeres de vida airada, abundantes segundones y también benjamines de prolija parentela. Más allá del océano se cruzarán caballeros los pelagatos y se mudarán en nobles opulentos comerciantes, mineros y hacendados, venerables los malandrines y quizá fundadores los llamados a una existencia anónima. Se harán doncellas de alta dote, las vendedoras del amor y las criollas que tienen tanto de indígenas... Encontrarán nada o mucho de lo soñado antes por otros. Una ilusión para hidalgos y campesinos.

Todo un cañamazo de rutas envuelve al mundo, pero todavía quedan amplias zonas desconocidas, vastos espacios en blanco en los mapas. Amén del interior de los grandes continentes, el Pacífico guarda todavía tres de los misterios geográficos más persistentes: la costa del Noroeste, la Tierra Australis y los archipiélagos entre Asia y América. Los españoles contribuyeron al conocimiento de todos ellos, siendo pioneros en las costas entre California y Alaska (como el navarro Isidro de Atondo o el limeño Bodega, el bilbaíno Hezeta o el vitoriano Álava), adelantándose en varias islas del Pacífico y explorando regiones del interior de América del Norte y del Sur.

La aportación de eclesiásticos navarros (prelados, clero secular y regular) a la América del siglo XVIII es considerable. Sin pretender una relación exhaustiva mencionaremos a algunos de los obispos naturales de nuestra Merindad que ejercieron su labor pastoral en las tierras ultramarinas: José Pérez de Lanciego, de Viana, arzobispo de México; Pedro Tapis García, de Andosilla, obispo de la Durango novohispana; Joaquín Osés, de Galbarra, arzobispo de Santiago de Cuba; Juan Ruiz Cabañas, de Espronceda, obispo de Guadalajara... y Martínez de Compañón, obispo de Trujillo y Bogotá.

Baltasar Jaime Martínez de Compañón Bujanda, es uno de los ejemplos luminosos e interesantes de religioso ilustrado en Indias. Nacido en la villa de Cabredo, en el valle de Aguilar, en enero de 1737, tras fulgurante carrera tomó posesión de su cargo como chantre de la catedral metropolitana de Lima en 1768. En años sucesivos, va ocupando distintos empleos: juez de diezmos, rector del seminario, examinador y visitador general de capellanías, comisario de la Cruzada... En 1778 es consagrado obispo de Trujillo en el mismo virreinato peruano, siendo ya socio benemérito de la pujante Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País.

Aquí nos interesa destacar la fecunda y extraordinaria visita pastoral a su extensa diócesis de Trujillo (1783-86) que tuvo dos vertientes: por un lado, aliviar la postración de su feligresía y, por otro, el fomento económico y cultural. Fundó veinte pueblos (Aránzazu, Santo Toribio de la Nueva Rioja, Trini-

dad...) y contribuyó al traslado de otros a ubicaciones más idóneas. Hizo construir 54 escuelas, dos de ellas de artes y oficios para indios; más de un millar de kilómetros de caminos y 25 km de canales para riego de campos; también introdujo nuevas semillas para ampliar la gama de cultivos, etc.

Paralelamente, esta ingente tarea fue complementada por una valiosa recogida de datos de diverso tipo, propia de un hombre de ideas avanzadas. Don Baltasar se hizo acompañar en sus trabajos por personal que realizó las labores especializadas: mapas de las regiones visitadas, planos de los edificios singulares, así como de las ruinas arqueológicas; dibujos de escenas cotidianas: trabajos, danzas, objetos y utensilios, indumentaria, pautas de música popular, fauna y flora e incluso estadísticas de diverso tipo.

Todo aquel material iba a servir a una obra que proyectaba escribir y que se titularía *Historia natural, moral y civil de Trujillo de Perú*. Desconocemos si el prelado llegó a redactar de puño y letra todo el texto proyectado, pues en 1791, nombrado arzobispo de Santa Fe de Bogotá, tuvo que trasladarse a la nueva sede donde falleció el 12 de agosto de 1797. Antes había enviado a la metrópoli más de 1.400 preciosas láminas que hablan por sí solas de la monumental tarea enciclopedista de un eclesiástico dieciochesco. Sin duda, Martínez de Compañón es merecedor de una biografía definitiva, acabada.

Gustavo de Maeztu y Whitney

EL padre de los Maeztu era un cubano que vino a la metrópoli para conocer la tierra de sus antepasados —el abuelo de nuestro protagonista, había nacido en la localidad riojana de Alcanadre— y quiso el azar que su viaje coincidiera con el inicio de la tercera guerra carlista, un suceso que lo llevó a recalar en la ciudad de Vitoria, a él y a su joven mujer Jane Ellen Whitney. Allí nacieron sus cinco hijos. El primogénito Ramiro fue un periodista polémico e ideológicamente veleidoso; Gustavo, nacido en 1887, sigue siendo estimado pintor de alcance; María fundó la Residencia de Señoritas y fue pedagoga, y los otros dos, Ángela y Miguel, pasaron por este mundo sin dejar huella profunda.

Todo iba sobre ruedas mientras la hacienda de este indiano pudo proporcionar a sus retoños una educación elitista, severa y a la vez esmerada, con idiomas, esgrima y música a cargo de profesores particulares. La fortuna de papá permitió a los Maeztu ser niños privilegiados y disfrutar una vida agradable en la capital alavesa. Aquellos críos vivieron en un marco doméstico de comodidad y de opulencia. Ambiente que, pocos años antes de morir el padre (1894), y una vez desaparecido éste, se convirtió en desolación y lucha de supervivencia, como consecuencia de la bancarrota que pesó sobre la familia. Angustiosos días los que pasaron, en espera de noticias del cabeza de familia, que se había visto precisado a regresar a la perla antillana para cuidar su ingenio o plantación de azúcar *El Pelayo*.

Aquellos acontecimientos operaron un radical cambio en el tren de vida de la familia. «A la opulencia sucedió la medianía —escribiría Ramiro— y a la medianía, la pobreza, y a la pobreza, la miseria». Los primeros años de Gustavo se desarrollaron entre los incidentes de la almoneda. Después de haber marchado el progenitor a América, en defensa de la hacienda amenazada, fueron desapareciendo profesores particulares, sirvientes, caballos, coches, arneses, libreas, muebles, alhajas, libros..., mientras se aguardaban del correo ultramarino pliegos que no terminaban de llegar. «Se hundió el crédito de la casa, algunos acreedores se insolentaron, se vivió una vida falsa durante años, sin otro aliciente que las cartas de Cuba, llenas de ilusiones; y del esplendor de la infancia no quedaron más restos que algún látigo roto y una vieja criada...» Se trataba de Magdalena, una guipuzcoana que vivió con ellos cuatro decenios y que trataba «de tu a todos los hermanos y era tratada de usted por nosotros, que la respetábamos como a una segunda madre...»

Desde Gasteiz la familia se trasladó a Bilbao, donde doña Juana Whitney —inglesa de nacimiento— abrió una academia para formación de muchachas y enseñanza de idiomas a la que asistían hijos de familias pudientes. En aquel trance difícil en que habían quedado los Maeztu, preocupados por situar a cada uno de sus hijos, a la viuda le llegó el momento de interesarse por María, que, con Gustavo, había asistido a una escuela popular de Bilbao y había conseguido el título de maestra a los dieciséis años.

Cuando era niño, en la capital alavesa, tas la rotura de una pierna que le obligó a permanecer inmóvil varios meses, comenzó sus pinitos pictóricos. Curiosamente, en el instituto de Orduña, donde cursó interno el bachillerato, le suspendieron en Dibujo. Transcurrida esta etapa Gustavo se resiste a seguir una carrera universitaria, empeñado en ser pintor. Ante la oposición de sus hermanos, es la madre, quien anima y estimula su vocación artística. Luego acude a la escuela de Artes y Oficios de Bilbao y comienza a frecuentar artistas e intelectuales locales.

Doña Juanita Whitney fue paradigma de mujer fuerte y cultivada, elegante y emprendedora, que hizo frente con valentía a la situación cuando llegó a la familia el contratiempo del descalabro económico. Falleció en la capital del Ega cuando contaba ochenta y nueve años de edad, el día 28 de marzo de 1945. Casi dos años después (9 de febrero) lo hacía su hijo. Se habían trasladado el primero de julio de 1936, instalándose en un viejo molino, llamado Casa Blanca, en Los Llanos. Luego se mudaron a la calle Mayor e instalaría su estudio en la calle Asteria. «Después de Londres, Estella es lo mejor del mundo», repetía Gustavo a quien quisiera escucharle.

Finalizaba el año de 1922 cuando salía de la imprenta el libro de Estanislao María de Aguirre titulado *Gustavo de Maeztu*. En el capítulo «Una ciudad poco complicada», el periodista vizcaíno confiesa que, francamente, por Vitoria no sentía demasiada admiración: «Bien es verdad —escribe—, que apenas

conozco aquella ciudad rociada de rancho y agua bendita [alusión a los diversos acuartelamientos y establecimientos levíticos], y por eso haya formado de ella un juicio equivocado. Quizá cuando se subleve algún regimiento o el obispo agarre una borrachera episcopalmente escandalosa cambie de criterio...»

Aguirre, escritor mordaz y biógrafo de circunstancias, comenta de su amigo que la patria para él no era más que «un invento afortunado, del gentil cuerpo de Carabineros para fumar gratis. Con la bandera no creo que tendría grandes escrúpulos en hacer una funda para su gramófono». Más adelante añade que, en cuanto al orden social, ya era otra cosa: «Alguna vez hemos hablado de ello y [Gustavo] se ha soltado el chaleco, porque se ponía malo de risa. Pero, sin embargo, no le toquéis su dinero. Cuando tenía cuenta corriente en el Banco de Bilbao escondía el talonario debajo del colchón». En otro párrafo del libro, primorosamente editado e impreso con abundantes fotografías, cuenta que su amigo Gustavo Pelayo, tan pagado de su rebeldía y forjado durante su juventud en la bohemia parisina y bilbaina, se sonrojaba de haber nacido en Gasteiz y «ha inventado la aceptable disculpa, para que no duden sus correligionarios, que no es [natural] precisamente de [¿la conservadora?] Vitoria, sino de Marañón [en el valle de Aguilar]. Invención afortunada, que, en resumidas cuentas, sólo Dios y él lo saben».

Aguirre sabía que el gasteiztarra de cuna e ilustre parentela era todo un entusiasta del gesto. No estamos ante un personaje de

acción sino en presencia de un artista. Así que con sus palabras, con sus calenturas chirenes, con su donaire, con el sabor rocambolesco de sus narraciones, ensanchó pronto el corro de sus amistades. De su trayectoria navarra quizá se ha escrito suficiente, sin embargo pocos saben de su rebeldía juvenil; de sus folletines, con títulos como *Andanzas y episodios del señor Doro* o *La Camorra dormida* (1927).

La obra dedicada por Aguirre a Maeztu, una auténtica joya bibliográfica (reeditada por el entrañable Ángel María Ortiz Alfau), creó fuerte polémica en la capital alavesa, tanto que incluso se ordenó quemar por el ayuntamiento de la época; su madre y hermano mayor, a su manera, tuvieron que tomar parte en aquella gresca pueblerina con ribetes inquisitoriales. A veces, muchos no son exactamente lo que parecen. Y, sin duda, el excelente pintor (también le deben algún retrato poco grato), era todo un joven que apuntaba maneras... y figura.

Y también el folletín

La colaboración de Gustavo de Maeztu con la prensa no fue sólo de carácter artístico, ahí quedan portadas para revistas como *La Esfera* o el diario *El Figaro*. Años antes había fundado *El Coitao* y, al final de su vida, aparece su firma en *Pregón* (donde por cierto, aparecen notas de su viaje al pueblo de Zúñiga y valle de Lana...). A esta etapa pertenecen también dos folletines: *Andanzas y episodios del señor Doro* y *El imperio del gato azul* (1911). En los años veinte coge de nuevo la pluma

para ofrecernos obras como *Fantasías sobre los chinos*, la pieza teatral *Caliostro*, etc.

El joven que narra las *Andanzas y episodios del señor Doro* se presenta pletórico de entusiasmo y dado a las exageraciones; es gamberrete, radical en sus opiniones y apenas complaciente. Se observa que posee un deseo intenso de fabular, de agitar un ambiente que considera provinciano, mojigato y adormilado. Esta actitud quedó reflejada en artículos que vieron la luz en la prensa vasca. Se pinta a sí mismo desorientado, empeñado en empresas calenturientas y llevando una existencia que podría ser calificada de chocarrera o bohemia.

En su primera «novela de acción» realiza una semblanza de Teodoro Pérez Boscán, renombrado en los ambientes donde se mueve como señor Doro. El hilo conductor del relato es su azarosa vida, plagada de lances, de aventuras calenturientas y de digresiones sorprendentes. Se advierte, ya en las primeras páginas, que lo importante para Maeztu era contar cosas, tal vez demasiadas; antes que una preocupación estilística o por los asuntos formales. De aquí que, si bien su prosa resulta ágil en algunos tramos y tiene la frescura de lo espontáneo, a veces resulta un tanto desmañada. Pero este descuido estético —como si el género elegido, el folletín, permitiera ciertos atajos—, no le impide aportar riqueza en el lenguaje, incorporando a la narración acentos populares, jergas y expresiones, que, en ocasiones, lo mismo que las escenas descritas, rayan el puro disparate.

Eso sí, las peripecias del protagonista son trepidantes. Doro salta de oficio en oficio, tiene una inteligencia natural y capacidad para sobreponerse a las adversidades que le sobrevienen. Su discurrir es una serie de encontronazos con gentes extraordinarias, hampones y malandrines. Estamos ante un tipo sentimental y caballeroso: sus relaciones con Reme, un amor imposible, son inefables. Héroe humilde, destinado a ingresar en un seminario, se convierte en andariego e irá aprendiendo en «la escuela de la vida», en la que no hay episodio —aunque sea insólito— por el que no pase. Doro ejerce de contrabandista, caballista de circo y volatinero, se hace pasar por extranjero y salvará de morir en el garrote vil al hijo de una marquesa perversa y de un prelado que no le va a la zaga, tratará con payasos y con anguleros, con pitonisas, buscavidas, carteristas... Es decir, brochazos de pintor para un folletín grueso. Y un Gustavo con ganas de contar.

Un escritor para un pueblo

RELEO de un tirón, en una tarde luminosa y achicharrante, *Tierraestella* (1998), así, todo junto, del vianés Pablo Antoñana. Antes había disfrutado con relatos suyos editados por Pamiela y las coloristas *Noticias de la Segunda Guerra Carlista* o *De esta tierra y otras guerras perdidas* (2002). Son textos literarios, bocetos y sucedidos curiosos, con almendras garrapiñadas tan apetitosas como las de la Pista y otras chocheras de antaño. Una mirada limpia, sin legañas ni anteojeras; un escritor de excelente madera pegado a la tierra y a sus gentes. Con simpatía hacia los desheredados y los tipos marginales, a los perdedores o quienes se distraen del rebaño.

Con páginas impagables dedicadas a Lizarra y a su villa natal, sin olvidarse de otros pueblos del partido de Los Arcos o del valle de Aguilar. Especialmente conseguido, amén de erudito y ameno, el capítulo tercero: «Tierras muchas y varias», donde hay lugar y prosa redonda para el valle de la Berrueza: «Antigua, boscosa y de tránsito, camino hacia otras de las que traían los arrieros aceite de ballena para uso de lámparas, y por donde pasaban, además de los ejércitos regulares, las cuadrillas de

facinerosos, las manadas, guiadas, de toros de Carriquiri a las fiestas de Vitoria. Paisaje común a sus (1802) tres villas, Sorlada, Piedramillera y Nazar, a sus cinco lugares, Asarta, Acedo, Ubago, Mendaza, Mirafuentes y Mues...»

El libro recoge un ramillete de reflexiones y recuerdos, de lecturas y acontecimientos vividos por tan irrepetible autor a lo largo de su existencia que, en esencia, expresan el afecto, el conocimiento y la querencia de una actitud vital, del hombre que supo hacer literatura del espacio comarcano que le vio nacer y, como pocos, supo describir. Por cierto, tan cerca de las tierras alavesas que pregona su apellido. Una gozada, un estimulante redescubrimiento. Obra de necesaria lectura para quienes deseen acercarse a estos valles de Tierra Roya y a sus hombres y mujeres.

UNA MIRADA CRÍTICA Y PERSPICAZ

Pocos años antes de dejarnos, tuve oportunidad de hacerle una entrevista periodística en su vivienda losarqueña, durante las fiestas patronales, y de asomarme a su concepción del mundo y de la vida. Excelente ocasión para hablar de varios literatos, de distinta orientación y alcance: Navarro Villoslada (en cuya casa vianesa nació Antoñana), Urabayen, Pascual, Iribarren, Sánchez Ostiz... Para todos ellos guardaba el adjetivo preciso, la palabra pertinente. Le pedí su opinión sobre las características, el alma navarra y otros tópicos; la jota —que él reivindicaba como precursora de «la canción protesta»—, no así «el traje

de *pelotari*» de ciertos mozos; los medios de comunicación; su limitado reconocimiento —al margen de merecidos premios—, sus lecturas favoritas o su trabajo como secretario en diversos pueblos de la zona... Nada que ver con ese personaje huraño y distante, cascarrabias y otras etiquetas de las que —sin éxito— me habían prevenido.

Por si fuera poco, tiempo después, luego de haber bebido abundantemente en su obra para *El habla y la cultura popular en Aguilar, la Berrueza, Valdega y Los Arcos*, me cupo el honor de invitarle y presentar en la capital vasca ante un nutrido grupo de culturetas. Y una cena inolvidable, donde seguía fluyendo literatura y vida, anécdotas y experiencias, con la presencia de su mujer, mi amigo Rafael Fernández de Carranza y el fallecido —filólogo, profesor universitario y académico de Euskaltzaindia, entre otras prendas— Henrique Knörr. Otra gozada. Apenas hizo una concesión: el vino, elegido por quién suscribe, un crianza de Rioja que me agrada...

Alguna otra vez volví a saludarle en Los Arcos, en el bar Abascal —otro de mis acogedores refugios— o en la plaza del Coso, y más que a un príncipe —con sangre roja y el corazón en su sitio— de Viana encontré a un señor amable, cultivado y bibliófilo. Digan lo que digan, discreto, nada estirado y, eso sí, un tanto arriscado cuando se trataba de comulgar con ruedas de molino, o de posicionarse ante una situación injusta, de sostener argumentos que atentan contra el progreso social o libertades ciudadanas. De ideas avanzadas y bien rumiadas,

quiso como pocos a un paisanaje que —en muchos casos— desconoce sus textos, a una tierra que le niega una calle, una plaza... el nombre o la sala de una biblioteca.

Junio de 2004. Antoñana me recibe en su casa de Los Arcos, mientras los vecinos de la villa descansan de una noche festiva. La mañana es espléndida, radiante... hace calor. Estoy trabajando sobre *El habla y la cultura popular*... y parece obligado entrevistarle. Conoce como pocos el paisito, donde ha sido secretario de ayuntamiento, y es una referencia sobre la zona. Ahora, después de su fallecimiento, me ha parecido oportuno rescatar parte de una larga conversación (inédita hasta hoy). Su amabilidad y disposición disipan pronto la imagen de personaje huraño, inaccesible que me habían comentado. A pesar de su edad, sigue lúcido y entusiasmado cuando hablamos de sus autores preferidos y de su propia obra. Una fotografía juvenil de sus dos hijas destaca en la sala de estar.

Pregunta: Nacido en Viana, secretario de ayuntamientos como Desojo y El Busto, casa en Los Arcos, vecino de Pamplona... ¿es suficiente para conocer, entender, explicarse la realidad navarra?

Respuesta: Suficiente, no. Después de que voy a cumplir 76 años y de vivir en estos pueblos, me considero capacitado para conocer la psicología, las creencias, los prejuicios... de las gentes. La tierra mía es la *República del Ioar*, pero se puede trasladar a cualquier tierra de Navarra. Me he movido por mi oficio

en ámbitos de (secretarios, diputados, etc.). Hay una especie de formas comunes, una forma de ser que, a veces, para mí, es algo inventado. Quizá desde 1936 hasta aquí, reinventada: la jota, vestirse de *pelotari* (pantalón blanco, camisa blanca, faja roja, pañuelo rojo...). El pañuelo era para el sudor, para evitar el polvo...

¿Unas señas de identidad? Pero claro, ¿desde cuando? Desde hace poco. La jota en sus momentos principales era una canción contra el cura, el terrateniente, el rico... Todas las letrillas tenían una carga reivindicativa tremenda, explosiva... Y la jota de ahora si viene el consejero hay que ensalzar al consejero, si llega el obispo al obispo... Ha perdido toda su significación y lo que en un principio era una expresión del pueblo, una «canción protesta»... En las tabernas se desahogaban con un poco de vino contra el poderoso, el terrateniente, todo lo convencional. Ha pasado a ser una canción lisonja, un ¡ah, ah, ah...! Porque todo el mundo parece que sabe cantar jotas... y, claro, hay que saber...

P.: A un forastero, ¿cómo le definiría Navarra en grandes pinceladas? ¿Cuál sería su esencia, sus rasgos característicos?, ¿Qué destacaría?

R.: ¿Qué le diría? Pues mire usted, no nos va a entender nunca. Por mucho que le explique que si las fiestas, que si el encierro... No nos va a entender nunca. ¿Qué quiere que le explique? El encierro es una fiesta bárbara. En los principios

corrían sólo veinte corredores que pertenecían al gremio de los carniceros, entonces ellos sabían lo que tenían que hacer. Que es lo que ocurre hoy, pues que es una barbaridad...

P. Urabayen nos dejó preciosas páginas del Baztán; Ángel María Pascual[2], ¿un ilustrado equivocado?, nos regaló textos de gran belleza; Iribarren frescos entrañables del paisanaje de la Ribera; Sánchez Ostiz, diversas visiones de Pamplona... ¿Qué escritores navarros, de ayer y de hoy, le interesan? ¿Por qué?

R. Los citados son los que me interesan. Urabayen [le debemos novelas como *El Barrio Maldito*, *Centauros del Pírineo* o *Bajo los robles navarros*], un poco academicista, escribió muy bien. Es de los primeros que trató sobre *Sanfermines*, antes que Hemingway... Iribarren, para mí, es un gran escritor, modesto gran escritor, o un gran escritor menor... Pascual tenía una prosa muy trabajada, clásica, potente... (Y sigue la conversación que algún día verá la luz).

2.- Contrajo matrimonio en El Busto y fue su padrino el gobernador José López Sanz, director de *El Pensamiento Navarro*; Juan Echandi y Joaquín Ilundain, testigos. Antoñana señala: «... ese ilustre orfebre del idioma castellano».

Un arqueño: Fernando Videgain

VINO al mundo aquel 28 de diciembre de 1940; sin duda, un momento oportuno para presentarse. Cursó estudios en Comillas y Madrid, ampliando su don de lenguas en Gran Bretaña y la India. Exmiembro de la Compañía de Jesús que nos remite a polémicos sujetos de la orden ignaciana. Tengo la impresión que fue un individuo poliédrico y sólo por el título de sus obras concita curiosidad. Veamos varios aparecidos en Temas de Cultura Popular: Cruceros, artesanos rurales, pícaros y ganapanes, brujas, Francesillo de Zúñiga... De prosa torrencial y volcánica, si bien pulida, cuando no provocadora, sugerente y de poso libresco, de horas consultando polvorientos legajos y papeles viejos. Recordamos dos obras de alcance distinto: *Val de Berrueza* o *La muerte a través de los siglos* (1992).

Estamos ante un sujeto bien pagado de si mismo y con guiños para que le conozcamos más allá del sombreado; un tipo (en

su día) «alto, rubio, y hasta podría decirse que bien parecido», así se dibujó. Sus líneas dedicadas a los «garbanzos de Nazar» y diversos párrafos al Trapense o el «misterio de la sima de Igusquiza», merecen un lugar en una hipotética Biblioteca de Autores Navarros. Donde, por su nada inocente ramalazo barojiano y un tanto fabulador, alcanza estimable cima. Un literato que nos recuerda: «Escribir. Mejor o peor, pero escribe... Gana poco, pero sí lo suficiente como para no tener que hacer a nadie la pelota. No le gustan las siglas, ni las etiquetas, ni los hombres con careta. Y aun a veces a si mismo se gusta». Algo más que un erudito local que no apuesta, si no hay nada importante por medio, para seguir la discusión...

Hace ahora treinta años entregaba a la imprenta: *Bandidos y salteadores de caminos*, con ilustraciones de Jesús Lasterra. Una obra amena y de interés, salpicada de datos y bien documentada. Por sus páginas desfilan malhechores, bandoleros decimonónicos, tipos que pasaron por nuestras ventas y lugares para pegar palos y robar peras... Así, tenemos noticia del *Malcaráu* de Berbinzana y su partida, de Gaspar Ardanaz *El Gasparillo*... Narraciones relativas a Rosa Samaniego y *Jergón*, al crimen de Atondo y otros de más allá..., y un enjundioso apéndice documental. Historias reales que, en prosa jugueto-na, resultan evocadoras, entretenidas, provechosas... Y, por si fuera poco, el encanto de un tipo que sabe y se propone contar. En resumen, una gozada para disfrutar estos días invernales al calor del hogar.

Ha publicado también la novela *Trigo muerto*, así como relatos, uno de los cuales *El Andasolo*, obtuvo el segundo premio del concurso Navarra de novela corta (1978). Al año siguiente publica en un trabajo *Los Bastardos de la Casa Real de Navarra*, labor investigadora en el que va pasando revista a los príncipes ilegítimos de la Edad Media. En 1982 entrega a la imprenta *Crónica negra medieval del reino de Navarra*. Una prosa para recordar, a veces farragosa, pero siempre de provecho como las aguas del Odrón que refrescan su villa natal.

El Nafarrancho de Larrión

«**POR** la mañana misica, por la tarde copica y por la noche putica». Así de conceptual era la definición que de los navarros ofrecía un obispo amigo del ripio con diminutivos, a comienzos del siglo pasado, cuando fue preguntado por la idiosincrasia de los habitantes del viejo reino. Y lo demás, es decir, el libro titulado *Nafarrancho*, le vino como canto rodado a su autor J. L. Larrión, recientemente fallecido.

Al igual que el ballenero José Torrecilla o el estellés Juan Satrustegui, el periodista José Luis Larrión Arguiñano (1925-2011) nos ha dejado diversas obras a caballo de recuerdos personales, páginas costumbristas, lecturas provechosas y sucedidos varios. Quizá su obra de mayor alcance y enjundia es la ya citada (Pamplona, 1993), donde refiere un entretenido anecdotario, todo un ramillete de historias curiosas.

Corre el mes de marzo, poco antes de la celebración de san Veremundo, cayó una gran tormenta en Villatuerta, lo que motivó que fueran suspendidas las fiestas en honor al venerable mundial y suplidas por unas jornadas misionales. Todo

transcurrió con normalidad, hasta el último día, dado que los mozos solicitaron permiso al Ayuntamiento para salir de ronda y, según la costumbre, solicitar de las chicas la clásica colación para merendar luego todos juntos.

Dado el buen comportamiento del mocerío (hay una jota que dice: «Cuando canta mi *moceta*, / canta como un jilguerico, / y me se cae la baba / oyendo sus *golgoritos*»), recibieron el permiso de la autoridad competente «e incluso del Padre Capuchino que había dirigido la semana misional». Salió la ronda con acompañamiento de instrumentos de cuerda y fueron recogiendo los presentes de las muchachas, a cada una de las cuales dedicaron una coplilla. Lo mismo hicieron con el padre llegado para la ocasión, si bien de este «no esperaban más que sus bendiciones». El frailico, al oír el rasgueo de las guitarras, salió al balcón para escuchar la siguiente:

En Arellano buen baile
en Villatuerta, misiones;
nos han cerrau la taberna,
nos han tocau los cojones.

Así, en *Nafarrancho*, asistimos a todo un festín de tipos de la tierra donde no resuena ni el fuego ni el estrépito bélico, todo lo contrario: la fina ironía, suficiente talento y sano humor. Y también variedad de sucedidos reales —los menos, inventados— que nos hablan de misicas, copicas... y abundantes historietas sobre *tripaundis*, cazadores, gorrones, taurinos, deportistas... y un sabroso anecdotario sobre la mesa y bodega de nuestras gentes.

Historia viva y páginas impagables, jotas y letrillas divertidas e incluso anuncios y gazapos con gracia... Y, cómo no, muchas canciones y dichos populares. La obra de un cronista de la historia menor que no con minúscula. En la mejor tradición de Iribarren, Esparza o Videgain. Y tantos autores navarros —anónimos o no— donde Carrión Arguiñano bebió con tanto provecho... como ingenio.

Otro día, comentaremos su labor periodística en *El Pensamiento Navarro* y otros medios escritos donde trabajó este simpático sinconstancia, que ejerció de periodista en Venezuela y Pamplona. Sin duda, sus escritos son imprescindibles a la hora de entender mejor nuestra forma de ser y acercarnos a la cultura y el habla de nuestras gentes.

Sobre la revista Arkijas

PROBABLEMENTE conoce o haya oído hablar de la ermita, del puente y del humilladero de Arkijas, en la carretera que discurre de Vitoria a Estella, en la desaparecida ruta del malogrado ferrocarril Vasco Navarro. Sin embargo, es probable que no se haya topado con una modesta pero interesante revista editada por la Asociación Cultural del mismo nombre que trabaja en el pueblo de Zúñiga.

Hermosa historia de amor. Cariño hacia los campos, el Ega y los bosques que forman una zona maravillosa y con varios rincones encantados, contados y cantados por entusiastas de prosa variada y musicales versos. Respeto hacia su fauna y flora. Y cariño hacia unas personas entrañables (con nombre y apellido, antiguos maestros, amas de casa...), el alma viva del pueblo. Carboneros y pastores, hechos a los largos silencios y que trabajaron en los montes cercanos la leyenda de su temple. Y los esforzados labradores, que aún conservan la memoria de duras siegas y pioneras cooperativas y sus trilladoras y cosechadoras. Y cazadores, herederos de medievales artes de venación y el aprecio por la naturaleza... Ellos representan el espíritu de aquella tierra. Porque, ciertamente, sin la pasión de sus hombres y mujeres, Zúñiga sería sólo piedra musgosa y tinta velada en polvorientos legajos, en mayores que se rinden olvidando nobleza de pura y vieja cepa.

No es frecuente que una publicación de las características de *Arkijas* alcance veinte números (enero de 2004), pero ellos:

Carlos Belda, Javier Egües, Elisa Casado, Xabier La Cadena, Alicia Urrea, Eva María Manso, y tantos otros, lo han conseguido. Este «órgano informativo lúdico-jolgorioso-rememorativo e incluso cultural...», como reza el largo subtítulo, es semestral y se puede adquirir en el bar municipal y en algunos puntos de venta. Mañana presentan su último número y la publicación de los índices. Estamos ante la voz de sus gentes, con sus inquietudes, anhelos y esperanzas.

Quizá conozca publicaciones como *Ohitura* o *Cuadernos de Etnología y Etnografía Navarra*, pues bien, sin los medios ni alardes tipográficos, dos veces al año acuden puntuales a la cita para describirnos su entorno, para desentrañar apuntes históricos o etnográficos, para rescatardel olvido viejos papeles e inmemoriales costumbres, para recuperar fotografías sepias y desempolvar indumentario que dejó de estar en boga, para recordarnos canciones y dichos populares, su tradición espiritual o las recetas de nuestras abuelas... Una gozada y todo un logro seguir caminando.

Todavía hoy me emociono leyendo papeles volanderos, aunque estén cosidos, con grapas o tengan deficientes técnicas. ¡Qué bonito es jugar con la tinta fresca!

Cuadernos de Tierra Roya

III. (De mis) cuadernos de Tierra Roya

El curandero de Arquijas

ENTRE los herbolarios y curanderos de antaño ocupó destacado lugar un tal Juan Griego de Bohemia, que en la segunda mitad de siglo XVI recorría pueblos y villas, tratando toda suerte de dolencias. Su especialidad eran las llagas, postemas, hinchazones, cuartanas y calenturas. Aunque su competencia alcanzaba a variado tipo de enfermedades. Para aquellos que atraídos por su fama solicitaban sus remedios, tenía a punto sus redomas y brebajes con aceites y zumos de hierbas diversas, de las que sostenía conocer sus propiedades curativas. Refieren que había aprendido los rudimentos de su ciencia con un hermano, médico, que ejercía la profesión en su país de procedencia, pero mucho más le había enseñado el *libro abierto* de la naturaleza. Era iletrado y por lo tanto no había cursado las asignaturas que entonces se exigían a los aspirantes a galenos y cirujanos...

A quienes le reprochaban su ignorancia, les replicaba ufano que aunque analfabeto, no por eso se quita que dios no haya repartido sus gracias en los que ignoran las enseñanzas, «como en los otros y sabios, antes a los simples e ignorantes revela y

descubre Dios lo que encubre a los prudentes y letrados, y no es exigencia saber medicina ni letras para conocer las yerbas y virtudes y propiedades de ella, pues con sólo la experiencia que es madre de todas las cosas, se viene a alcanzar y saber más a las que por lo que se lee y esta escrito». Aquel tipo no podía expresar sus ideas sobre la medicina, y parece que hablase un filósofo clásico, mejor que el anacoreta de Santa María de Arquijas.

Desde su ermita acostumbraba realizar visitas por la Berrueza, Valdega y Allín sobre todo, pero asimismo afamado era en la misma ciudad de Estella. En caso de necesidad, a él acudían desde los alcaldes de fortalezas hasta vicarios y próceres de pueblos y villas. Para tranquilizar a los pacientes, se tomaba el primer trago de las pócimas después de santiguarse. El abad de Ollobarren solicitó sus servicios para que extirpase un «hugo» o verruga, que le afeaba la cara. El ungüento que le preparó para dejarle guapo se basaba en ranas, sebo de irasco, aceite, azafrán, azufre... Cincuenta ranas tuvo que pescar el enfermo, pero nada consiguió su curandero, quien atribuyó el fracaso a que el eclesiástico no seguía el régimen alimenticio que le había recomendado.

Más suerte tuvo con el de Sorlada, a quien le tenía martirizado una dolorosa «lepra» y una tos seca, ya crónica. Apenas le observó Juan Griego, le dijo que sanaría «en dos palabras». Y así lo hizo. A base de una planta llamada endibia, cocida con vino blanco, miel y azúcar. En otra ocasión que padecía «un

asco de estómago», le dejó como nuevo con agua de violetas y ruibardo. También quedaron satisfechos de sus remedios el vicario de San Juan de Estella y el prior de San Pedro, Juan de Amburz, a quien trató y curó de unos «incordios en la ingle».

En cambio, se las hizo pasar canutas al alcalde de Cábrega, Pedro Barbarin, a quien suministró un brebaje compuesto de polvos de «tartago» y huevo asado, para aliviarle de sus dolores de pecho y estómago. Además le aplicó un emplasto con manteca de cerdo y pan rallado, hasta que aquel pobre «echó por baxo más de un cántaro de postema, agua y bellaquería», para acabar criando malvas. Lo mismo le sucedió a una señora de Sorlada a quien le preparó un bebedizo con harina de cebada y ciertas hierbas para sanar su mal de costado y fuerte calentura. Que efecto le habría hecho a la doña tal conocimiento que le hizo exclamar con voz desfallecida —ya en las últimas— que «bastara a matar una bestia, cuanto más a mí», como sucedió en efecto.

Buen recuerdo quedó de su paso por Metauten, donde dejó como fresca rosa a una mujer que se quejaba de «vuelta de sangre y opilación de estómago», con un emplasto de hierba buena y unos «polvos revueltos» como yema de huevo... que le aplicó. A otro lugareño que adolecía de «mal de barriga», le remedió con ajenjo amargo y hierbas de «tamarindas». Muchos sudores corporales le costó al hombre expulsar su dolencia, pero al fin se le fue con «mucha cólera por la boca, y muy mucho por baxo». A una mocetilla que se encontraba debilucha y

le fallaban las piernas, le aplicó en las junturas bajocorporales una mezcla de manteca de cerdo y aceite, al tiempo que le daba a beber un compuesto de cinco pintas de vino con hígado de lobo, tamarindo e hinojo...

En Dicastillo, una vecina aseguraba haber mejorado después de tomar una papilla que le recomendó, elaborada a base de lentejas y una torrada de pan, cuando estuvo «baldada de las rodillas». Algunos sanaron asimismo en Zúñiga y Piedramillera de ciática y tabardillo, con un complejo brebaje de hasta veinticuatro plantas distintas.

Recluido en 1574 en la cárcel de Pamplona, por intrusismo en la profesión, la nombradía de sus remedios se extendió por la capital y sus contornos. Entre otros, asistió a un clérigo de San Cernín, que tenía un miembro tullido. A este le recetó agua de achicoria y le puso una «calza de plomo» en su pie lisiado, con resultado inútil. Pero la contrariedad más grave se la proporcionó un zapatero de mal carácter o agriado, a quien intentó curarle la sordera. Además de no mejorar su salud, le hizo andar por los montes como burro de carga, buscando hierbas y plantas, amén de las comilonas que zampó en su casa, y de los pollos, gallinas, barbos y langostas con que le regaló, según aseguraba. Por su denuncia, le pusieron grillos en los pies al supuesto curalotodo. Claro está que, aunque trabajaba «por amor a Dios», siempre caían algunos dineros y regalos en su faltriquera. Algunos pacientes despechados aseguraban que había logrado amasar una regular fortuna.

Sometido a examen por el protomédico del reino, la máxima jerarquía del gremio, y otras autoridades competentes, se procedió a quemar las fórmulas magistrales, ungüentos y panaceas del curandero de Arquijas... y ponerle de patitas en la muga, después de expropiarle sus cachivaches para dejar el monopolio a médicos y boticarios con estudios reglados. Sin duda, todo un aspirino que llegaba allí donde la ciencia no podía dar respuesta. Genio y figura que terminó sus días desterrado del viejo reino.

Una de clásico clarete-western

ESTA entrega podría titularse *La muerte tenía un precio* o *El bueno, el feo y el malo*. Sin embargo, no se trata de un spaghetti-western, de esos que nos ofrecen las teleles de tarde en tarde, ni tiene como protagonistas a Clint Easwood y algún secundario con careto de Lee Van Cleef, tampoco está firmada por Sergio Leone y ni siquiera cuenta con música de Ennio Morricone. Es una historia real, de esas que escuchaban nuestros tatarabuelos y contaban nuestras heroicas abuelas (ellos nos ganaban con la paga ellas con el carino y los *cuentos*).

Veamos. A primeros de diciembre de 1816 el alcalde de El Busto, donde el *zorro* de Sorlada compra clarete, Antonio Remírez de Ganuza, envía un comunicado —seguramente asesorado por el secretario del Ayuntamiento— a la Real Corte de Navarra para que lo trasladase al todopoderoso virrey, dando cuenta de los últimos sucesos que habían acontecido en el lugar.

El día anterior aparecieron en el pueblo dos bandoleros con más patillas que el televisvo Curro Jiménez. Uno de ellos, Mi-

guel Sansol (alías *Carasol*), montado en su caballo, había amenazado con un pistolón a los vecinos, quienes estaban celebrando las fiestas de San Andrés. El segundo era Juan Baquedano, alias *Juanillo* (¡cómo no!, con apodo *pocaleche*, vecino de Los Arcos), que se presentó al enterarse de la presencia del primero.

Juanillo quería darle buena ración de hostias —sin hache suena lo mismo— a *Carasol*, pero, impulsivo, le descerrajó un tiro. Dado que no logró alcanzarle, su enemigo pudo huir hacia Cortecampo (desde que lo adquirieron y a pesar de su relativa lejanía, un término que pertenece a los vecinos de Piedramillera). Los cigüeñas (o busteños, por seguir con los apodos a que tan aficionados son en todo el partido) le persiguieron (aunque no había desierto pelado como en Almería), sin conseguir darle alcance.

(En las siguientes escenas. Luego de galopadas, sin indios en la pradera y con suficiente polvo en las botas...) *Juanillo* se presentó al alcalde para someterse a sus órdenes y las de la autoridad competente (el sheriff de la época, pues la benemérita tardaría aún décadas en instalarse) para capturar al forajido *Carasol*. Eso sí, ponía como condición que el representante de la corona le indultara de todos los delitos que se le atribuían (y no precisamente por robar unas habas en las huertas de Mués, pimientos en Mendavia o unos corderos de la dula de Torres). La respuesta desde Pamplona no se hizo esperar: se le concedía el indulto y una escolta de hombres armados para acabar con el tipo que miraba al sol con la camisa sucia...

El filme de *Juanillo* no ha hecho más que comenzar. Como ya señalara Pedro Arrese, que bebió con provecho en el arqueño Videgain, si quiere conocer el final consulte una de sus obras más logradas. Los pasos y la muerte del sujeto de marras no les dejará indiferentes. Como en el saloon de mi pueblo también se bebe vino del *Peña* y no nos gustan los duelos en OK Corral, otro día buscaremos más bandidos desde Tierra Roya hasta Río Grande. Por cierto, Juan Baquedano fue ahorcado en agosto de 1822, acusado de «faccioso»; aunque eso se ve en la segunda parte.

Antonio Marañón, *El Trapense*

Se presentó al mundo en 1773, en el pueblo homónimo del valle de Aguilar. De joven, había profesado —al parecer— en la trapa, un grupito religioso, por lo que es conocido por este apelativo. Actuó durante la guerra de la Independencia en territorio navarro y aragonés, ocasionando numerosos reveses al ejército napoleónico y alcanzando el grado de capitán. Durante las luchas del Trienio Constitucional (1820-1823) actuó en el campo realista/reaccionario por el Alto Aragón, pasando al viejo reino por Sos y colaborando con la División Real de Navarra en 1822. Tras pelear en la Ribera contra las tropas constitucionales, le encontramos en Vitoria en 1823, donde dirige una encendida proclama a los soldados despistados o no.

Cuentan que montado en blanco corcel, el látigo en una mano y el crucifijo en la otra, con la carabina terciada a la espalda

sobre su hábito monacal, lo mismo se entregaba al dios que al diablo. Recorría pueblos y lugarejos gritando como un auténtico energúmeno y bendiciendo a la vez a las ignorantes gentes. Quienes le conocieron refieren que era feroz, astuto, fanático y con ribetes de zumbado. En ocasiones —cuentan las crónicas— fingía iluminaciones y se decía invulnerable a las balas. Sus secuaces le seguían a los gritos de «¡Viva Dios! Y ¡Viva el Rey!»

No siguió en esto el ejemplo de otros individuos que habían comenzado en la guerrilla antifrancesa y acabado como genuinos bandidos. Ni siquiera el de algún que otro lego o cantamañanas como el que, temiendo acabar su vida de faccioso en el cadalso, se echó a las montañas y se hizo bandolero: todo para el convento sería la consigna matutina. Marañón tiene mucho del furor y del fanatismo que caracterizó a muchos de los curas —anteriores y posteriores, si de todo hay en la viña... ojalá se note y salve cada cual/o— que se lanzaron al monte.

El Trapense que se hacía acompañar de una bonita mujer extranjera llamada Josefina Comerford, dejó tras sí un rastro de crímenes y violencias antes de volver por orden gubernamental al convento de santa Susana. Participó en el robo de la casa que los Manzanares poseían en San Millán de la Cogolla y se llevó consigo al convento varias acémilas cargadas con el botín de sus acciones. Moriría, según se dijo, de manera edificante (¿?). En la mañana del 9 de noviembre de 1826 él mismo se levantó, moribundo ya, para tenderse sobre la cruz de ceniza que sus hermanos de... le tenían preparada.

De Marañón se comentaba que empleaba el día en saquear e incendiar los pueblos y durante la noche en rezar el rosario con sus secuaces. Benito Pérez Galdós lo define como: «truhán redomado», «bestial fraile» y «retrato fiel de Satanás ecuestre». A su facción había incorporado un buen número de malhechores que, una vez disuelta la partida, seguirían haciendo de las suyas. Pío Baroja le atribuye patina de personaje novelesco. Por su parte, para Fernando Videgain «no sería el hermano Antonio el único que conjugase, dentro de la gran nidada de curas cabecillas que surgió en la guerra de la Independencia y en la guerra realista, el bandidaje, la religión y el patriotismo[¿?]». ¡Joder, qué tropa!

Genio y figura aquel tipo de Aguilar, a caballo de la historia y la leyenda. Personaje real que bien pudo haber nacido de la imaginación de un narrador calenturiento.

Un personaje liberal

Hijo de labradores del valle de Aguilar, en 1788 llegaba al mundo Martín Zurbano en el barrio logroñés de Varea. Eran sus progenitores: Antonio Zurbano Barbarin, natural de Desojo, y Gregoria Baras Bujanda, que lo era de Genevilla. No le mecieron en alta cuna ni debió al destino padres henchidos de nobleza o de caudales, pero los suyos, si bien no poseían grandes bienes de fortuna, tampoco carecían de cuanto era imprescindible para cubrir las atenciones cotidianas. Su figura destaca en la lista de los adalides del liberalismo decimonónico

(como bien sabe el lector, nada que ver con los *imppresentables* y reaccionarios *ppopppulares* de nuestra indigesta hora, julio 2014).

Frederick Hardman pasó tres años «luchando y observando» la guerra carlista como miembro de la Legión Auxiliar Británica, hasta 1837, en que resultó herido. De vuelta a Inglaterra comenzó su carrera como periodista, dejándonos la obra *Peninsular Scenes and Sketches,* de interés documental y con descripciones preciosas, donde, entre otras, refiere «una excursión nocturna» con Zurbano, en la que, por cierto, fue detenido el general carlista Francisco Iturralde, nacido en Arróniz, que sería llevado prisionero hasta Vitoria para morir poco después.

El joven Hardman que no evita relatar algunos sucesos truculentos de la contienda, realiza pinceladas de los hombres de Zurbano y se detiene para retratar al jefe: «... es de estatura algo menor que mediana..., cuadrado y musculoso, con la fuerza y la energía de un hombre de treinta años; las líneas de su rostro, bronceado y batido por los vientos, daban más impresión de fatiga y angustia, que de vejez cercana... está perfectamente afeitado, aunque ostenta patillas cortas, que, como su cabello y sus cejas espesas, son de un color castaño oscuro... Los ojos profundos y vivos, y los labios finos y apretados, le dan una expresión feroz y casi cruel, que, sin embargo, es aliviada en gran medida por la frente, amplia, abierta y franca...»

De las acciones de la partida de Zurbano y otros acontecimientos bélicos por nuestra tierra existe constancia. Así, cuan-

do corre el año 1835, en Bargota hizo quince prisioneros y dejó en el campo veinte muertos; en La población sufrió cuatro bayonetazos en la zamarra, siendo herido su caballo; en Torres y Sansol, también se recordaba su presencia. Sus compañeros vestían de paisano y «sólo las banderolas negras, con inscripción blanca» podían distinguirse. Al año siguiente le volvemos a ver en Aguilar, Bargota y Lapoblación.

También, en diciembre de 1837, realizó una expedición a la ermita de Codés; considerando que el lugar era «un refugio de carlistas lo entrega al saqueo e incendia la hospedería, no sin llevarse al capellán y a otros paisanos como rehenes».. Al mes siguiente, procedente de la capital riojana se presentó en Los Arcos. En varios pueblos Zurbano dejó «funesta memoria». Así, el Jueves santo del mismo año, sus hombres robaron en la sacristía de Zúñiga «y arrojaron por el suelo los papeles, circulares, escrituras y Libros de Cuentas y Sacramentales». Regresaría en 1839 a la misma iglesia para llevarse «una cruz de metal plateado, un crucifijo y un copón de cobre sobredorado».

Terminada la guerra, Zurbano fue ascendido a mariscal de campo. Tras un breve destierro regresó a su granja de Imas (concedida por el gobierno), en Mendavia, proclamando poco después la Constitución progresista, pero como el levantamiento no tuvo éxito fue detenido... y fusilado. Su viuda, Hemenegilda Martínez Badarán, falleció en la citada granja en 1861. Héroe para sus partidarios y detestado por los enemigos,

tuvo una existencia azarosa. Su muerte inspiró a poetas como Espronceda, agrandando su leyenda en la iconografía liberal.

JERGÓN Y LA SIMA DE IGUZQUIZA

Cuentan las crónicas que el tudelano Ecequiel Llorente, alías *Jergón*, era chaparrico, moreno, cejijunto, bigotudo y con cara de pocos amigos. Había llegado a ser lugarteniente del cabecilla Rosa Samaniego durante la última guerra carlista. Su mirada escrutadora, de matón chungo, imponía. Iribarren contempló fotografías suyas y pudo hablar con personas que le conocieron, así escribe sobre su paisano: «solía ir siempre arremangado de brazos y piernas, como un vendimiador, y la gente decía que por cada hombre que arrojaba a la sima se hacía un doble en el pantalón».

En sus *Noticias de la guerra...* Antoñana le dedica varios párrafos y publica un retrato suyo con «aspecto de facineroso, forajido del *far west*». El vianés comenta que «hasta gozará del favor del señor Don Carlos [el pretendiente], comerá en intimidad con él, vestirá pelliza de astracán con galones de capitán del Ejército Real». La boina volada le pinta en el rostro curtido la gracia de oscuro encaje de sombra y, «chulescamente, colgará de un costado sable charrasco y del otro el pistolón con vaina de charol lustrado». Hombre temible y temido, calificado como «partidario indigno» y conocido como el de la sima de Iguzquiza. Todo un personaje de novela, siniestro de verdad, que para el imaginario colectivo, en

varios lugares navarros, cuando algún crío hacía de las suyas se decía: «¡Formal!, que viene [llamo a] *Jergón*». Y, la verdad, acojonaba al más pintado.

Adquirieron nombradía sus correrías alrededor de la ciudad de Estella y valles cercanos, en busca y captura «de confidentes y espías guiris [liberales] y, captados», que luego eran lanzados al abismo. Al atardecer *Jergón* llegaba a la taberna de la Feliporra, en las cuestas del Puy, y se deshacía, contándolas, las vueltas del pantalón en remango: una, dos, hasta cinco o seis, número de los desdichados arrojados al averno. No hubo indulto al alcance de Samaniego ni de Llorente cuando la derrota. Rosa escapa a Francia, el gobierno alfonsino pide la extradición, que no se concede; por su parte, Llorente será fusilado sin contemplaciones. Comenzaba la leyenda.

En marzo de 1876 la guerra había terminado, Samaniego se encontraba huido y los restos de su cuadrilla andaban dando palos y robando por diversos lugares. Estando cierto día en una taberna de Los Arcos, *Jergón* fue reconocido y tomado preso. Era el 13 de abril, Justo García Galdeano, el tabernero, recibe aviso de que renombrado malhechor anda allí metido a chiquiteos. Avisa a los guardias y al rato se presenta el cabo y otro número que lo enchironan en la cárcel de la villa, para más tarde ser trasladado a la ciudadela pamplonesa. Desde allí lo llevan para ajusticiar al pie de la sima según sentencia del 19 de diciembre del mismo año. Al pasar por Mañeru, en un descuido de sus guardianes, se pega un tajo en el gañote...

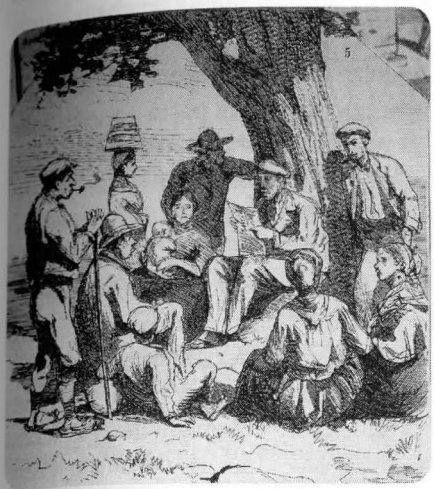
La sentencia se cumple el día 21, muriendo fusilado y siendo después arrojado al abismo donde había hecho de las suyas.

Cuentan que Rosa Samaniego había despeñado vivos en Igusquiza a más de doscientos sujetos. Que fuesen tantos, y que lo fueran por orden del cabecilla, según, parece exagerado. Lo que si consta es que quien los arrojaba era *Jergón*. El fiscal de la causa que se le siguió, sostiene que con frecuencia se vanagloriaba ante los amedrentados lugareños de «haber comido una sartén llena de orejas fritas cortadas a personas vivas que después tiraba a la sima», lamentándose cuando no había desgraciados en quienes satisfacer sus instintos de que «hoy no hemos tenido que hacer, hoy no hemos hecho nada». Y se remangaba el pantalón en presencia de los presentes fanfarroneándose de que «cada vuelta que se daba al pantalón ese día era uno que había arrojado a la sima».

Los cargos que se le imputan eran considerables, entre otros: asesinato del vecino de Murieta Pedro Muneta; dar muerte a Juan Urra y tirarlo a la sima de Ecala; «...una fuerte paliza en el pueblo de Zufia a un curtidor de Estella, y mal herido y casi agonizando lo llevan a la sima de Iguzquiza y lo arrojó al fondo». También se le acusa de maltratar y herir gravemente a un joven de quince años y despeñarlo en la misma sima... «Que igualmente asesinó a dos mujeres..., de las que gozó antes de matarlas...» También, en Murieta, «había cogido a un peón caminero, anciano de sesenta años, y después de robarle la ropa que llevaba puesta lo arrojó...». Y varias salvajadas de

idéntico tenor, acontecimientos bárbaros que hicieron correr sangre... y tinta. Un tipo perverso y una existencia plena de truculencia. ¿Por qué será que los malos dan más juego/morbo que los ciudadanos decentes?

Abáigar, hace cien años



GRACIAS a doña Carmen Cascante y Fernández hemos tenido noticia de su pueblo natal hace cien años. Nacida en Abáigar (el 13 de septiembre de 1885), cursó estudios de Magisterio en Pamplona y Zaragoza, para ejercer su profesión en Palma de Mallorca (1914-55) hasta su jubilación. Estuvo casada con José Jordá y falleció en Madrid en junio de 1982. Cuando corría el año 1912 publicaba en la *Revista de Geografía Colonial y Mercantil* una monografía sobre su localidad donde aportaba preciosos datos de tipo etnográfico y noticias impagables sobre su realidad.

Así nos informa que hasta hacia dos años los abaigarenses no contaban con agua en sus viviendas, pero si con «una hermosa fuente de dos caños y gran pila». El agua procedía de un lugar «que dista del pueblo 980 metros» y llaman manantial del regadio: «es agua potable, de buen gusto, bastante fresca». En la pila abrevaban las caballerías. También sabemos que sus

vecinos podían pescar con facilidad «pequeños barbos, anguilas, peces de río que llaman *loinas*, otros sumamente pequeños denominados *chipas*, cangrejos y a veces alguna trucha».

Refiere la joven maestra que cada vecino elaboraba y cocía el pan en su hogar. «Comienza por formar la pasta amasándola con las manos, y después la termina de sobar con unas sencillas máquinas compuestas de dos cilindros que giran en sentido opuesto» y por el medio de los cuales pasaba la masa. Una vez formados los panes de la manera indicada, se colocaban en una *cama*, «bien apropiada para que fermenten», y después se introducía en un horno construido en la misma cocina o en una habitación aledaña que era calentado con leña menuda, generalmente ollagas. La operación se repetía por lo general cada seis u ocho días y el producto era «blanco y de agradable sabor». Termina comentando que «en pocas aldeas he visto pan tan bien hecho».

Otra de las diversas tareas domésticas era la matanza del cerdo que, para los lugareños, significaba todo un verdadero acontecimiento: «en casa lo descuartizan, lo ponen en conserva y hacen todos los embutidos». Las legumbres y el cuto constituían «la base principal» de la alimentación de aquellas gentes de Valdega a principios del siglo pasado.

En aquel tiempo las fiestas de Abáigar se celebraban en honor de san Vicente, el día 22 de enero, y se distinguían «por la solemnidad de las funciones religiosas y por lo extraordinario

de las comidas». Como era natural, acudían desde los pueblos cercanos parientes y amigos, los cuales eran obsequiados «con abundantes platos de carne presentada en diversos guisos, y que por lo mismo que no se come todo el año resulta un sabroso extraordinario».

Por lo demás no había festejos de ninguna clase, «ni siquiera el clásico baile que no faltaba en las fiestas de todo pueblo». Cascante, con espléndida perspicacia, comenta: «En Abáigar no se baila; el Cura párroco, a quien obedecen ciegamente sus feligreses, condena el baile como pecaminoso, y las muchachas del pueblo, por no disgustarlo, se abstienen de esa diversión». Si acaso se improvisaba durante esos días «algún sencillísimo baile en la plaza del pueblo, al sonido no muy armonioso de un par de guitarras mal tocadas; las mujeres que en él toman parte serán seguramente forasteras, pues las del lugar se limitan a dar una vuelta por el campo, alejándose de los mozos como de sus enemigos». Afortunadamente algunas cosas han cambiado para mejor y las fiestas se trasladaron al tercer sábado del mes de agosto; huelga decir que hoy el párroco no tiene la autoridad ni la influencia de antaño.

Los cojos de Cirauqui

QUE el juego de la pelota causa auténtico furor e interesa sobremanera a nuestros coterráneos desde tiempo inmemorial, no tiene discusión. Casi todos nuestros pueblos y villas cuentan con su pequeño o gran héroe: Jesús Ábrego en Arróniz o Marí Pinillos en Mués. De tal suerte que podríamos elaborar una lista prolija, tan grande como la guía telefónica de principios de siglo. Apenas hay localidad que no cuente con su frontón y si no se improvisa: la pared o pórtico de la iglesia, el pajar de la esquina, la Casa Consistorial...

Corre el mes de septiembre de 1897. Se celebran las fiestas patronales de Cirauqui y, entre todas las diversiones, la que más llamó la atención fue un extraordinario partido de pelota. Se celebró el día 16, a las once de la mañana. Participan renombrados jugadores: Mateo Artiaga, José María Satostegui y Tomás Lacalle, contra Benigno Pérez, Cenón Gascue y Pedro Carmona. Con una peculiaridad: todos ellos eran cojos. Actuaron como jueces dos mudos: José Briones y Benito Echeverria. Y, como platilleros, dos *curros* («individuo que ha perdido un brazo o una mano»): llamados Inocente Esparza y Laureano Larrainzar. Todos, vecinos del pueblo.

Acompañaron a los deportistas, desde la Casa Consistorial hasta el frontón, el señor alcalde, Miguel Echeverria, dos alguaciles y la banda de música. «Excuso decir —escribía el cronista del *Heraldo de Navarra*— lo notable que fue el partido»;

refiriendo que, cuando llevaban disputados ya dos tantos, se presentó otro paticojo, Felipe Cildoz, «con un porrón de vino del que bebieron todos», mientras sonaba la música. Después, con el fin de dar mayor emoción al encuentro, se «pusieron a bailar los seis cojos y los dos mudos». Continuando el juego hasta que llegaron «a los cuatro puntos».

Como se trataba de un evento benéfico, es decir, de socorrer a otro renco o rengo, llamado José María, que se encontraba gravemente enfermo, y también para allegar recursos al Hospital, colaboraron otros dos *curros* que, con bandejas en la mano, solicitaban un óbolo. Luego de pasar el cepillo entre los asistentes, se entregó la recaudación al alcalde, quien, a su vez, la distribuyó equitativamente. No consta quienes ganaron, nada importa, pues la reseña que hemos consultado se queda un tanto renqueante. Tampoco hace falta ser cojo ni manco para saber que lo importante no consistía en... ganar. Las apuestas correrían otra suerte.

Cuando preparaba un ensayo sobre Pío Baroja y sus andanzas por esos mundos de..., un libro que salió de la imprenta con el título de *El señor de Itzea*, merece una visita, me topé con un curioso individuo apodado «el Cojo de Cirauqui». Luego supe que se trataba de Tirso Lacalle Yabar, liberal navarro, todo un personaje novelesco y controvertido que, por tener, tuvo hasta un hijo que llegaría a ser ministro del dictador de cuyo nombre, francamente, no merece la pena acordarse.

Cunqueiro, los puentes y algún indio

CUANDO ya había caído del carro triunfal, de vuelta a su Mondoñedo natal, y vivía de modestas colaboraciones periodísticas, Álvaro Cunqueiro (1911-1981) fue increpado por otro pasajero del autobús: «¡Qué, señor!... ¡Hay que escribir también de lo achuchada que está la vida!» Y el creador lucense, autor de *Tesoros y otras magias* o *Viajes reales e imaginarios*, anotó: «Aquí tenemos que darlo todo los poetas, hasta las patatas».

Viene a cuento esta referencia, aprovechando los tubérculos que me regaló mi vecino Enrique Irisarri, el mismo día que preparaba las patatas que se zamparán más adelante hermanos y sobrinos... Por cierto, en *Los otros caminos,* el fecundo periodista gallego tiene ocasión de escribir sobre peregrinos a Santiago en diversas ocasiones. En un artículo titulado «Noticias de puentes» comenta que siempre fue muy aficionado a las anécdotas acerca de tales construcciones, de los que acostumbraba a coleccionar estampas y grabados: «...el más bonito que tenía era uno de Aviñón...»

Otro grabado que poseía Cunqueiro —a quien dedicaron una estatua en su pueblo, muy cerca de la catedral— era el del puente de Gares, se lo había obsequiado el escritor Ángel María Pascual Viscor. Asimismo muy estimado por sus paisanos Pablo Antoñana o Miguel Sanchez-Ostiz. «Y me lo había regalado porque yo era compostelano de nación, y estaba en él el

puente un día de romería, que creo es por el agosto, el día de la Asunción de Nuestra Señora, y fue en tiempos la más hermosa romería del mundo, que no hacía falta allí txistu ni tamboril, ni músicos de Olite...» Era la cosa que por la tardecita acudía al paso un pájaro, sigue relatando, «el *chori* de la Virgen y se ponía a cantar, y la gente a bailar al aire de su canto, y en anocheciendo el pájaro se iba como vino, volando. Creo que esto duró hasta los franceses, o la primera carlista, que entonces, con el ruido de la pólvora, el *chori* se marchó para no volver. No sé quién dijo que además de un ave de claros colores y dulce canto, era un peregrino a Santiago que por devoción a la Virgen se había quedado de músico de tabla en el puente de la romería...»

A principios de abril de 1381, un individuo llamado Geofroi de Bulebot escribe en su dietario que llegando a la población navarra, «hay dos hospitales y un puente» sobre el Arga. En el hospital del Crucifijo se hubiera detenido, de no hacerse corta la jornada, «ya que podíamos haber pasado buena noche. Veo elevarse hasta mis labios un buen vaso de leche con nata espumante, que suelen entregar a los peregrinos». También comenta que pudo contemplar junto a la construcción de seis arcos, «el pajarillo que tanto llama la atención de los naturales. Limpia, con sus alas —bajando constantemente a cargarlas de agua—, a la Virgen que preside el puente, y ante la que nos hemos parado un rato, pidiéndole ayuda en nuestra peregrinación...». La villa, se ha especulado sobre el topónimo, debe su nombre a la construcción románica que fue mandada levan-

tar, según escribió Moret, por la reina doña Mayor, esposa de Sancho el Mayor, o por doña Estefanía que lo fue de García el de Nájera. El fuero de la localidad otorgado en 1122, cita *illa regina*.

En mis cuadernos conservo una breve nota sobre la ciudad que tampoco tiene desperdicio. Juan José Romodoros, nacido en Gares (1952) y miembro de la Compañía de Jesús destinado a la India, recordaba años más tarde que cuando se despidió de sus amigos puentesinos («fatos» o «fatales» es su apodo), le cantaron la siguiente jota:

Tú te marchas a la India
cual misionero valiente,
nosotros haciendo el «indio»,
nos quedamos en Puente.

La importancia del puente sobre el Arga ha sido grande, sus clases varían notablemente, y así como encontramos ejemplares de un solo ojo, que son los empleados en regatas estrechas o valles angostos, los hay de dos, tres o más arcos... Siempre que veo o transito por alguno (en Ancín, Estella o Murieta) me gusta ver discurrir el agua e incluso imaginar que tipo de viajeros lo cruzaron en épocas pasadas. Andarines y peregrinos, vagabundos o trajinantes que iban de allí para allá y luego, quizás, en el calor del hogar, relatar cuando habían visto, sentido u oído.

Un cura amescoano de apetito fenomenal

EN nuestros pueblos se cuentan dos mil y una anécdotas sobre abades y curas de antaño. A unos les gustaba practicar la caza, a otros cultivar el huerto... y, a varios, entregarse a los placeres de la mesa... y la bodega. Como no conocí a todos tampoco me atrevo a generalizar, pero ahí están Larrainzar, Satrustegui, Torrecilla..., que nos han narrado sucedidos dignos de una antología. El archivo de la diócesis —donde trabajó Goñi Gaztambide— está repleto de pleitos e historietas y los escritores locales, de tarde en tarde, siguen sorprendiéndonos con acontecimientos de diversa enjundia. Gracias a Luciano Lapuente tuvimos noticia de un sacerdote de apetito fenomenal.

Castor López de Zubiria se presentó al mundo en Baquedano a finales de marzo de 1846 y murió en 1925. Curtido por el cierzo que se cuela por el nacedero, creció como buen «azkarro» (vigoroso, fuerte) en la fronda amescoana. Muchacho despabilado como pocos, correteó por sendas y breñales, jugó al «hinque» y al «chirimbolo», pero desde chico, le atrajo el juego de la pelota —que le volvía tarumba— y zambullirse en las frescas aguas del Urederra. Su mente se fue abriendo a la luz del saber en la escuelita en que un maestrillo, de limitada

formación, enseñaba, apenas a leer, a los críos que pagaban robo (22 kilos) y medio al año, a leer y escribir a los que pagaban dos robos de trigo, y a leer, escribir y contar a los que pagaban tres robos. El futuro sacerdote pertenecía a los vecinos que contribuían con más robos y llegó a sacar sobresaliente en caligrafía. Luego cursó, como alumno externo, la carrera eclesiástica en el seminario pamplonés, pero ni el estudio ni la disciplina de aquel tiempo limaron su ánimo silvestre y fuerte carácter.

La fama de don Castor traspasó los límites del valle por su servicial disposición. Eso sí, tenía una gazuza extraordinaria y un poder digestivo en consonancia. En cierta ocasión prepararon varios amigos una merienda de gorriones con arroz. Nuestro personaje se llevaba a la boca, en cada cucharada, un pajarito con su correspondiente acompañamiento, que debidamente triturado pasaba a la andorga. Uno de los presentes comentó:
—¡Se come usted los huesos también!

A lo que don Castor replicó con su socarronería característica:
—Si quitas los huesicos, ¿con qué te quedas?

Tal vigor digestivo unido a su excepcional apetito, fueron el punto donde se forjó su nombradía y control de si mismo, al verse obligado a mantenerlo a raya. Porque fíjese, lector cómplice, de lo colosal de sus comilonas.

Llegó aquellla mañana tarde a Estella, bien rebasado el medio día, entró en una fonda inquiriendo si servían comidas y qué menú había.
—Un cuarto de cordero, contestó la dueña.

Comió la imponente ración y volvió a preguntar.
—¿Queda algo más?
—Todavía hay otro cuarto de cordero —señaló la guisandera.

Se comió el segundo cuarto del animal e insistió:
—¿Queda algo más?
—Todavía hay otro cuarto de cordero —dijo admirada la señora.

Al ir a pagar la cuenta de los tres cuartos de cordero, la dueña del establecimiento no pudo reprimir su curiosidad e interrogó:
—¿De dónde es usted, si no es mala pregunta?
—¡De Mendavia! —sentenció don Castor con el aplomo del que dice la más grande verdad de su vida.

Era aquella una boda de campanillas y el banquete abundante y suculento. También estaba invitado don Justo, cura de Artaza y, desde luego, nuestro López de Zubiría que vestía de gala (sotana de alpaca y sombrero de teja). A los postres uno de los comensales comentaba la voracidad de don Castor. El otro sacerdote al escuchar el comentario, hizo el siguiente comentario:
—Don Castor está todavía de hambre, le aseguro que es capaz de comerse ahora mismo, un pan de seis libras. Y como se resistiera a creer, gritó:

—Mire lo que dicen aquí; que es capaz de comerse ahora un pan de seis libras.
—Un pan de seis libras, no sé; pero lo que usted dejara de él, si que me lo como. Sentenció nuestro tripontxi o tripaundi de Baquedano.

Es posible que les hayan contado historias parecidas, pues en nuestros valles siempre ha habido afición a manducar e incluso a las apuestas entre triperos y gargantúas, tragones y zampabollos. Ya, en 1798, un tal Salas escribía:

Navarra en la realidad
da de si gente honrada
y, aunque es poco pesada
guardan palabra y verdad.
En todo tiempo y edad
son terribles comedores
igualmente bebedores...

Otro tripero con sotana

En la primera mitad del siglo pasado funcionaba en Estella una fonda ubicada en la calle Mayor número 60. En Casa Vicuña se comía bien, a un precio razonable. Los jueves sobre todo y en los días de feria, este establecimiento destacaba por su intenso movimiento. Disponía a la sazón de cuadras para que los clientes aparcasen sus caballerías. Las gentes de buen apetito se daban cita allí y los curas de la comarca también conocían este rincón dionisiaco, pues no se perdían una mañana de mercado.

Cada jueves solía acudir una cuadrilla de buenos comilones, de buen saque, la mayoría eran sacerdotes. Uno de ellos, Gregorio Santamaría, arrastraba sambenito de tripero y un grupo de asiduos a estas citas gastronómicas quisieron probar el apetito de su colega Goyo, que ejercía como titular de Murieta. Para ello dejaron en la fonda un recado: si aparecía primero el cura de Valdega, sirvieran toda la comida para la media docena de comensales, pues ellos llegarían un poco tarde.

Una vez servida la mesa para seis o siete personas, don Gregorio comenzó a impacientarse y, bocado a bocado, se fue zampando su menú. Como el resto de comensales no terminaba de presentarse siguió probando los platos de sus colegas. Al final, dio con todas las viandas y luego les echó un rapapolvo a sus compañeros por no haber llegado a la hora acordada, ya que tuvo que pagar la comida de los siete.

La curiosidad de sus amigos se vio confirmada. El cura de Murieta fue capaz de tragarse los siete menús y quiso demostrar a la dueña de la fonda su extrañeza por el elevado precio de la comida. La señora le comentó que tenía que pagar todas las raciones porque él solito se las había engullido. Lo que no le explicó fue el acuerdo que tuvieron sus compañeros, quienes querían saber hasta dónde llegaba su fenomenal apetito. Santamaría, era natural de la casa Morgota de Villanueva de Yerri y después ejerció en Roncesvalles.

Aquellos pavos de Indias

Desde temprana hora muchos navarros pasaron a Indias, se lanzaron a la aventura de buscar nueva tierra de promisión, a hacer las Américas. Algunos fundaron capellanías, obras pías... e incluso hicieron donaciones artísticas y pecuniarias o legaron caudales para la construcción de escuelas, molinos, lavaderos... Raro es el pueblo que no contara con un lugareño que se empeñó en cruzar el Atlántico. Entre otros tesoros, desde allende el océano también llegaron plantas de pimiento, tomate, patata... El Nuevo Mundo está presente en el Viejo Reino en los aspectos más curiosos, conformando el entorno social e histórico de una relación de doble sentido entre ambos continentes. Hasta en el procedimiento judicial se incorpora la concesión del llamado «término ultramarino».

Un ejemplo concreto es cierto conflicto local, por causa de unos diezmos, entre los vecinos de Luquin y Urbiola, y el monasterio de Irache. La particularidad de un tipo de litigio, entonces tan frecuente, estriba en el objeto del «impuesto»: unos pollos o pavos de Indias. Este es uno de los elementos nuevos que aparecen en el paisaje del viejo continente, como el maíz (solo se difundió su cultivo en Tierra Estella a fines del siglo XVIII), que provocará una «revolución» en nuestros campos. Mucho más modesto es este caso, sin embargo dicho pleito ofrece interés por revelar la repercusión de lo americano en lo más nimio de nuestra vida cotidiana.

En 1606 varios vecinos de los citados pueblos son condenados a pagar diezmos por los dichosos pavos de Indias. Las

parroquias, con sus frutos decimales, son añejas y pertenecían a Irache «desde tiempo inmemorial». A finales del siglo XVI se introdujo en la comarca la cría de estas aves, de la que no había costumbre de diezmar, como tampoco la hubo de otros productos o frutos. Los pagos a la iglesia variaban según localidades y costumbres, y los vecinos de este caso, no pagan por no haber tradición. Tras emitir el vicario general una provisión para que coticen, bajo pena de excomunión (que no era moco de pavo), los aludidos y jurados se defendieron alegando que hacía más de treinta años se crían estos animales sin diezmar y con conocimiento de los monjes.

Los testigos presentados confirman que la cría de estos pollos no comienza en la zona hasta los años 1590, «y lo sabe por razón que esta que declara fue la primera que los trajo al dicho lugar y crió», según manifiesta, en 1605, Catalina de Larrangoz, vecina de Luquin, de unos cincuenta años. Otra testigo, Catalina Martínez (un nombre que, al parecer, estaba de moda..., como ahora en el Reino Unido), doncella de Luquin de cuarenta años, recordaba haber traído los primeros huevos desde la cercana villa de Los Arcos que, junto a la anterior declarante, empezó a criar en su pueblo.

Por el contrario, el convento de Irache alega los antiguos derechos sobre las dos parroquias cercanas, a los pies de Monjardín, y opone sus propias razones. Finalmente son condenados los de Urbiola y Luquin a pagar, con efecto retroactivo, lo retenido de al menos un decenio, y aunque la sentencia del año

1606 es apelada, se ratifica un año después. Lo que no consta es ¿quién o quienes se zampaban aquellos pavos? Y ¿cómo y cuándo se comían?

Cuestión de huevos

Ya que estamos en un paisito que vivió tan de cerca las guerras carlistas, y nos las contaron testigos como Charles Ferdinand Henningsen o Fernando Fernández de Córdoba, daremos la receta de los Huevos carlistas, que diera a la imprenta Andrés Miralles en el *Almanaque de las Conferencias culinarias* por Ángel Muro cuando corría el año 1892. Se trata de un renombrado periodista de asuntos serios, como reconciliarse con la andorga, a quien el editor José Mª Pisa, en *Escritos gastrónomicos* (2002), dedica enjundiosas páginas.

El tal Miralles confiesa que la receta se la prestó un vecino (en realidad, su cocinera) que también le dijo, que no recordaba bien por qué se llaman huevos carlistas, los que guisaba y servía de la siguiente manera: «Se fríen los huevos como si se tratara de prepararlos estrellados y a continuación se sacan de la sartén, se dejan enfriar un poco y se rebozan con una *bechamelle* dispuesta al efecto». Hecho esto, «cúbrense con pan rallado, como las croquetas, y otra vez con ellos a la sartén hasta que la masa se ponga dorada». Entonces, fuera de nuevo, y... a la mesa.

Ahí tiene querido lector, en síntesis maravillosa, que diría un viejo maestro de fogones, los huevos carlistas. Añadiré,

por mi parte, que resulta un plato exquisito, y eso que hay pocos manjares como el huevo de los de antes (en clase de huevos), y frito en abundante aceite de oliva. También, si me permiten, me daré tono diciéndoles que en este punto coincido con cierto escritor de campanillas que presumía de progre. El polifacético Néstor Luján y su amigo Juan Perucho, en *El libro de la cocina española* (Barcelona, Tusquets, 2003, p. 206) recrea la fórmula aunque incurren en pequeños errores.

A mediados del siglo XIX, cuando era hora de cenar, se presentó en Vitoria el escritor Alejandro Dumas. El menú constaba de una sopa con azafrán, un puchero y un plato de garbanzos. La sopa era una de las mejores que había probado nunca, «aunque sospecho que estaba hecha con cordero y no con buey». A continuación el puchero... Señala que los platos fueron servidos con exquisita pulcritud por camareras que tenían aspecto «de damas de honor», y por las hijas del posadero, que tenían prestancia «de princesas».

Por fortuna para este tragaldabas y tumbaollas, que se había quedado con hambre, pudo leer, en un papel colgado a la pared, el menú de la casa. Lo primero que aparecía anotado era «un par de huevos pasados por agua». Dumas pidió a la posadera un par de huevos. Entendió perfectamente y se informó: «de si lo que yo quería era un par de huevos de monje o un par de huevos de laico». El francés se enteró de la diferencia que podía existir entre un par de huevos y un par de huevos. «Un

par de huevos de monje se compone de tres huevos, y, un par de huevos de laico, de dos».

Seguramente don Alejandro había escuchado el dicho proverbial «la docenica del fraile» y, como era de imaginación despierta, no tiene inconveniente en poner en boca de la posadera *gasteiztarra* lo que a él se le ocurrió para añadir un poco de pimienta a su relato. Ya en el siglo XVII se distinguía entre huevos «frescos» y «ordinarios», más baratos. Recordamos que el escritor francés había sido cocinero —pero no fraile— y gustaba de sazonar generosamente las comidas con especias[3]. Estos juegos de palabras están dentro de toda una tradición burlesca sobre la clerigüicia mendicante, tradición que se refleja en el refranero de varios países católicos.

De comer pantasma

En una de sus obras, hablando de alimentos «extravagantes» Iribarren refiere que, en cierta ocasión, cierto grupo de amigos repasaba las «cosas raras» que cada cual había saboreado: uno recordaba haber dado cuenta de una culebra; el otro cuervo; el más atrevido sapo; perro en chilindrón, gato asado, mula de varas... Un tal Remón, que figuraba en aquella pantagruélica

3.- Sobre estos asuntos, tan gratos para mi cuerpo y estimulantes para mi espíritu, he tenido ocasión de entregar a la imprenta varias obras: *Aquellos ojos extraños...*, *De techo y olla* (Miraguano ediciones, 2002) o *De comerse el mundo* (Laertes, 2012).

tertulia tabernaria, permaneció silencioso, escuchando, hasta que alguien le dijo:
—¿Tú que has comido, vamos a ver?
—¿Yo...? Una cosa que no ha hecho nadie en este mundo.
—¿Qué has comido tú, pues?
—¿Yo...? *¡¡¡Pantasma!!!*

Ante un tragón de espíritu tan evanescente, no había más que hablar.

Pa' que no declare

Varios mozos de Valdega —hoy venerables ancianos, los que quedan— se disponen a merendar un conejo casero que habían «pescado» en la casa del juez de paz. Una vez en la mesa, con el porrón casi vacío, y antes que nadie metiera mano a la cazuela, Sotero arrambla con la cabeza de la presa —un bocado para él muy codiciado—, y disculpándose por tanta precipitación espeta:
—Voy a comerme esta parte, pa' que no declare.

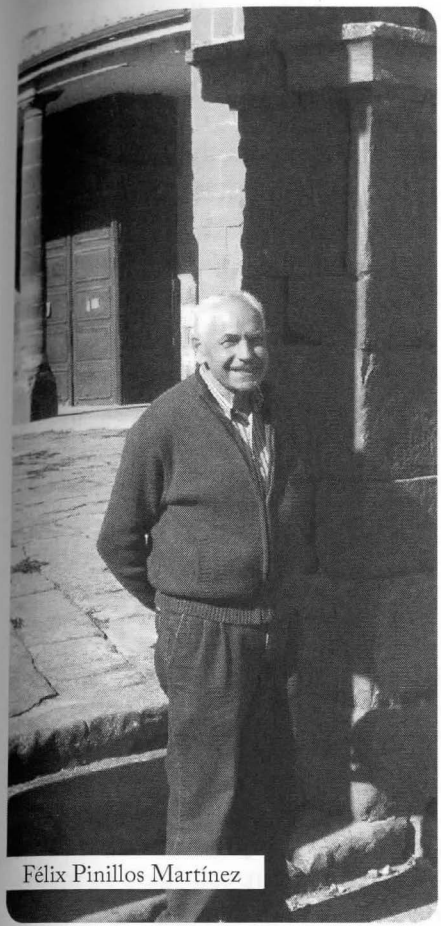
¡... Si está bien *guisáu*!

Se podría hablar de toda una galería de tumbaollas y tripontxis, carpantas y zampones en nuestros valles. Como aquel tunante que engulló un galgo que se le había «puesto tristecico».

Hace años vivía un *pelotari* que tenía tanto saque como cuatro gorilazos juntos. Se contaba que, en cierta apuesta, se había

embocado una tortilla de doce huevos «hecha con paja». Celebrando sus comilonas y platos varios, un conocido le propuso:
— ¿Ya te comerías tú un arcipreste?
— ¡Hombre..., si está bien *guisáu*...! Contestó, suponiendo que se trataba de un tentempié.

Un artesano de mérito



Félix Pinillos Martínez

HECHO a sí mismo: autodidacto, intuitivo, pertinaz..., de talento despierto y manos privilegiadas, en el corazón de Valdega, en su pueblo natal, Félix Pinillos Martínez (Legaria, 16 de mayo de 1938) ha instalado una suerte de diminuto museo donde se puede contemplar buena parte de su estimable creación artesanal: *argizailolas* («velas» con las que otrora se recordaba a los difuntos), arcones o *kutxas* y diversas obras talladas en madera.

Todo comenzó cuando este legariense pudo jubilarse, tras años de trabajo en Legazpi,

donde se casó y deja dos hijas y cuatro nietos. Aquel día, «un amigo tuvo la culpa de que yo empezara a realizar tallas de madera», en el taller de su caserío. Le vio realizando una gran *kutxa* y le preguntó si nunca había pensado en hacer *argizaiolas*. Félix contestó que no sabía de qué se trataba, pues en su vallecito natal no se utilizaban. Entonces, le entregó un libro de Luís Peña Santiago donde aparecían diversas piezas de distintas localidades de Gipuzkoa. Pinillos, navarro de palabra, le dijo que escogiera una. Y, sin dudarlo, se puso manos a la obra (la última que me dejó boquiabierto fue un violín, si, de esos *stradivarius*, que sonaba de maravilla).

De este modo, el flamante artesano emprendió una tarea para él desconocida, llegando a conseguir una colección de más de 75 piezas de una belleza singular. Todas ellas son únicas y han sido realizadas «con madera de cubas de vino que fui adquiriendo en Sorlada». Se trata de «roble de más de doscientos años» que dota a cada obra de un envejecimiento y calidad excepcionales. Con ese material ha ido realizando cada tabla, sobre la que después enrolla las tiras de cera. La pieza está tallada por ambos lados, «de tal forma que cuando se gasta la vela por una parte se gira y así sucesivamente, hasta que se consume del todo», explica de un tirón.

Pinillos Martínez es hijo de María y de Mariano. Cuando contaba dos años falleció su progenitora y su padre contrajo nuevo matrimonio con Dolores, a quien siempre considero su madre natural. Apenas contaba trece años cuando tuvo que comenzar

a trabajar —duro y en condiciones precarias— como pastor, hasta los dieciocho. Hecho ya todo un hombrecito de provecho se dedicó a diversas labores en el campo e incluso, durante una breve temporada, en las minas de cobre de los alrededores. Cumplió veinte años y fue invitado a trabajar en la fabrica de Patricio Echeverria en Legazpi, oferta que no dudo en aceptar. Cuando corría febrero de 1958, subió en Estella en el ferrocarril Vasco-Navarro rumbo a su tierra de promisión. 1965 resultó excelente para Félix: le nombraron encargado, puesto que mantuvo hasta su salida de la empresa; y también contrajo matrimonio con una lugareña, Puri Oria. Jubilado en 1993, un lustro después, encontró su auténtica vocación: la talla en madera.

En su caserio de Legazpi mima y talla la madera y en Legaria expone su obra: un coqueto museito. «Está hecho con mis propias manos», en el sitio donde estuvieron las cuadras de su casa natal, comenta ufano. La presentación en sociedad de este espacio tan singular se produjo en agosto de 2008, cuando Pinillos recibió en su pueblo el premio *Alianto*, inspirado por el también legariense Antonio Manso Ayúcar, un árbol emblemático que presidía la plaza del pueblo. Actualmente sigue moldeando la madera y, seguro, volverá a sorprendernos con alguna obra extraordinaria. Un artesano de merito, de antigua y recia pasta. Un tipo de la tierra que nos hace sentirnos orgullosos de su trayectoria y de una obra que transmite encanto.

El artista que siembra esculturas

AQUELLA mañana empecé a observar que Mués estaba siendo sembrado de piedras que observaban e insinuaban: caras de hombres y mujeres, figuras de animales, estrellas y dibujos. Luego, en mis visitas a Los Arcos pude contemplar nueve obras en los alrededores de la Casa de la Cultura, Bargota (el Brujo), Torralba (Juan Lobo), Lazagurria (otro grupo de esculturas), etc. Pregunto por la persona que se dedica a tallar con mimo la piedra y me comentan que es un tipo «mucho raro» (lo mismo me dijeron en su día de Pablo Antoñana... [Vaya manía, ¿qué dirán de mí... o de...? ¡Cotillas, panda de verduleras! ¡Qué importa si el abuelo fuma o la abuela bebe y la alcaldesa es ... y el secretario...! ¿Y... vuestro chandrío aquel... qué?]). Farfullé para mí: «vaya, otro sujeto de interés, alguien que no me hablará solo de naderías..., como si fuera necesario». Pude tratarlo, tenía historias que contar. No tiene pinta de bohemio ni de excéntrico, tampoco parece buscar a cualquier precio la nombradía o el reconocimiento.

Se llama Pablo Nogales López (Madrid, 1946) y cultiva dos de sus pasiones artísticas: la música y la escultura. Fue ebanista y músico verbenero (tocando en fiestas de numerosos pueblos

navarros y vascos e incluso —durante muchos meses— en el Irán del *sha* o en un hotelazo de Nigeria). Ahora dedica sus horas en labrar, acariciar, dar forma a las piedras que compra o le regalan. La pasada semana estaba ultimando una gran escultura para el pueblo de Muniain y retocando otro encargo particular... «He regalado muchas, pero ya me he cansado de trabajar gratis y sin que valoren nada».

Para ser un artista tardío, cercano al arte naif y a una suerte de primitivismo escultórico, no lo hace nada mal. Pablo analiza la piedra virgen, la limpia de imperfecciones, pule las vetas blandas... y luego se deja guiar por la mano, sin dibujo previo: «Empecé jugando con líneas, rostros, formas sencillas... y me fui sintiendo seguro, hasta que me animé con figuras de mayor entidad, más complejas». Así es, me muestra su taller al aire libre, en las faldas que ascienden a san Gregorio y cerca del cementerio. Una, muy grande, me llama la atención, es sugerente y con rasgos étnicos de civilizaciones antiguas, me recuerda a los moais de la isla de Pascua, como la próxima peña del Gato. Luego, ya en su casa, cuya fachada resulta llamativa —con escudo «de armas» sui géneris y motivos adosados— muestra más obra: hermosas piedras labradas, talladas con delicadeza, pequeñas rocas cultivadas...

Ciertamente no estamos ante Rodin u Oteiza, pero en modo alguno ante un mero picapedrero. En cualquier caso, él continúa trabajando durante las mañanas, dando forma y vida a sus rocas. Como en la música, toca la trompeta y el saxo, le apa-

siona jugar con melodías y líneas en la piedra. «Hemos consultado a la gente que sabe y dicen que eso no es arte, ha dicho un vecino... A mí, me resbala, pero que no me pidan más otra pieza...» Este cronista que ha escrito catálogos para escultores de fuste, trabajado con pintores y dibujantes de alcance, no está facultado para repartir carnés de artistazo, pero intuye en Nogales a un escultor de mérito. Volvemos a Machado y a la sempiterna confusión entre «valor» y «precio». Al fin y al cabo, las facultades de Bellas Artes y las Academías, los críticos y repartidores de títulos (ayer, leía en la prensa: «De los seis primeros multimillonarios —en euros— españoles, solo uno había pasado por la universidad»), ahí están... La obra, de mayor o menor estima: llega, dice, sugiere, emociona, traspasa... o no. (Desde luego, a mí, ni el gallego de «zaraccasacristo» ni el tendero de mercanodona, por citar a dos «emprendedores», me emocionan, ni suscitan siquiera «[in]sana» envidia).

Pablo se ha arruinado tres veces en sus andanzas musicales: «No he nacido para empresario, no valgo para las cuestiones mercantiles, siempre me he vendido mal...» No se plantea la escultura como profesión, «aunque traer las piedras cuesta dinero, dedico muchas horas... y, además, procuro hacer lo que me agrada y pocos encargos. Unos dicen que soy un 'picapiedra' y otros un artista; no entro en ese juego». Como personaje da para mucho: vida sentimental compleja, existencia de urbanita y carpintero respetado, músico de bodas y fiestas populares... Ahora, vive en un pueblo de la Berrueza y ha plantado su obra en Bargota, Los Arcos, Lazagurria... Llegará más lejos.

(Insisto). Cuando llamamos al fontanero o a la dentista nos dicen que el tiempo es oro y están ocupados. Son profesionales. Pero cuando nos piden una obra de arte (cuadro, fotografía, escultura, canción, libro...) y decimos que no nos sobra un minuto, no nos creen. «Vamos fulanito», dicen, «una persona como tú el tiempo lo encuentra». Obviamente, los artistas o los juntaletras —y, por añadidura, los músicos o los titiriteros— no somos considerados individuos serios: somos una suerte de holgazanes, gandules, colgados... Pero, eso sí, que cubren un hueco, llenan un programa municipal... y lucen como bonitas chicas de compañía o guapetones azafatos. Por si fuera poco, pueden salir baratos. Su trabajo lo hacen por amor al arte... y se alimentan, como Nogales, de armoniosas melodías y piedras con duende.

Un tunante de escuela picaresca

EN el valle de Aguilar vio su primera luz un truhán, tunante de novela... y peliculero. Algunos sostenían que había nacido en Nazar, otros en Asarta, e incluso, por su apellido, que era natural del lugar homónimo. Sin embargo, recibió sus aguas bautismales en Espronceda (1909), pueblo que nos remite al célebre poeta romántico don José, amigo de Espoz y Mina o del lodosano Joaquín Romualdo de Pablo Antón *Chapalangarra*. Aquel gacetillero describió a Luis Zubielqui como caballero de pelo cano, generoso en huesos, que había llegado a la conclusión, siendo todavía joven, de que «hay otra vida más barata, pero eso, no es vida». Y, desde entonces, amigo de ciertas chicas, del mus[4] y los frontones; alias *El Limpias* por su granjeada faceta del tahúr, posiblemente el más renombrado que cruzó el Ega. Vivía en una fiesta perpetua.

De Zubielqui se contaron anécdotas de interés. Muchas verdaderas, otras inventadas por el personal. Hijo de un pastor,

4.- Hay un librito que vio la luz en la imprenta de Xabier Gadea de la pamplonesa calle Navarrería, en 1804. Se anuncia así: *Reglas fixas que conviene usar en el juego llamado mus, característico de vizcaínos y navarros...* Estaba compuesto por un tal J.O.D.Z., siglas que responden a Juan Ortiz de Zárate, un sacerdote (¿alavés?) que consideraba dicho juego de naipes entre las costumbres «lícitas principalmente cuando las practican personas eclesiásticas».. Señala que, «aunque es juego de vascongados, lo han aprendido y practicado con gusto infinitos que no lo son». Así es, ¡joder, qué sotanesca! Primero el chocolate, luego la copica de anis, la sobrina cerca... No me arrepiento de haber escapado del rebaño, juego a gusto con honestos y decentes amigos, también sin señas.

sus primeros trabajos los realiza como zagal. *Expelotari*, extimador, exnovillero, exvividor, ex..., tras enterarse de su presunto fallecimiento publicado en un rotativo riojano, comentó: «¡Pero, coño, si yo no he muerto...! Lo que pasa es que me tienen envidia porque he sido bonito y porque he vivido una vida alegre y libre como un gorrión; me han querido asesinar con una broma de mal gusto. Les fastidia que siga al pie del cañón a los 78 años sin haber dado ni golpe desde los 17 cuando me fui a la *mili*...»

A pesar de ser considerado todo un bribón por sus coetáneos... y quizá un calavera sin remedio, Luís no se tuvo por tal, en absoluto. «Yo he llevado una vida bohemia, pero nunca he estado procesado. Como buen jugador he sabido ganar y perder. He llegado a quedarme en un casino sin un maletín lleno de billetes de mil pesetas, pelao como un pollo, y he tenido la clase suficiente para darle una propina, con unos restos de dinero que me quedaban, al mozo que me sirvió un café a la hora de marcharme... Zubielqui es un señor, no un granuja. También he sabido ganar en una partida de mus 300.000 pesetas y luego, de inmediato, cepillármelas en una juerga».

Este hijo de Espronceda era como parecía: bon vivant y mujeriego, gandul y jugador. En ocasiones se le veía pasear en Estella o Vitoria, por Bilbao o Logroño, acompañado de una joven que presentaba a los fisgones como «sobrina». Al cabo de cierto tiempo, en visitas posteriores, se le podía volver a encontrar con otra muchacha distinta, añadiendo siempre la

misma coletilla. Falleció en la capital vizcaína en 1987, dejándonos una existencia azarosa... una vida de peliculero pícaro, bohemio y buscavidas, un punto aldeano y trazas de caballero. Tal vez su mayor pesar era el no saber leer ni escribir, lo que aportaba si cabe más mérito a sus andanzas desde que saliera de su pueblo natal, en el recogido valle de Aguilar, tan cerca de Los Arcos o Viana.

Pablo Antoñana, en su *Tierraestella* lo hace natural de Otiñano —si así hubiera sido, merecería mejor busto que el obispón, a pesar del lavadero y otras cosas— y se refiere a su apellido como apodo, de él dice: «tramposo, jugador de pelota y cartas, que merece [como bien entendieron Juan Satrustegui y José Torrecilla] capítulo aparte que no le voy a dar». Es posible que al ilustre vianés no le cayera en gracia, pero Fernando Videgain le hubiera dedicado más de un párrafo. Genio y figura el tal Zubielqui, toda una novelita para llevar al cine. Servidor también hubiera huído de las cagarrutas y de la dura galera del pastoreo.

De apodos y sobrenombres

EN la villa de Los Arcos bautizan con apodo, mote o malnombre, a todo quisque que tiene a bien asomarse por su término: «los Cuncunes», «los Bartolillos», «el Calandria», «los Chatos, «el Pilongo», «la Metrillo»... o «Pocaleche». Son apenas una muestra de los que hemos podido recoger. También, en la misma zona, son conocidos: «el Botones», «Culovaca», los «Cacho», «el Pimpollo», «el Peinaberzas», etc. Pero, por si acaso me intentan batear de nuevo, me referiré sólo a los de algunas localidades.

Como ya nos han contado Iribarren, Jimeno Jurio o Francisco Argandoña, por estos valles, bastantes pueblos poseen su apodo. Este asunto de los motes parece que tiene que ver con algún acontecimiento pasado en tiempos más o menos remotos, tal vez con cierta leyenda o acontecimiento memorable, relacionados con diversos animales o profesiones... Así son «Gatos»

los de Allo, «Zorros» los de Etayo, «Cigüeñas» los de El Busto, «Limacos» los de Torres del Río... En Galdeano viven los «Sogueros», y en Lapoblación los «Arrieros», mientras que a los de Barbarin les conocen como «Mostilleros». Por no mencionar alias curiosos como: «Arrastracristos» (Lezaun), «Chaparreros» (Iguzquiza), «Sinconstancias» (Estella), «Rabudos» (Genevilla), «Cachuelos» (Zúñiga), «Zam(b)oranos» (Mendilibarri).

Matacaballos y Corintios

A los habitantes de Azcona, cuyo apellido también luzco con orgullo, les apodan «Matacaballos». Repiten de memoria que, hace años, la torre de la iglesia llevaba demasiado tiempo sin retejar. Por tal motivo, en primavera toda la cubierta se llenaba de un manto de espesa hierba. En el pueblo sobrevivía un caballo flacucho, y su humilde dueño apenas disponía para darle de comer. Los mozos del lugar imaginaron que alzando al enjuto animal hasta la torre, podrían matar dos pájaros de un tiro: limpiar de maleza el tejado y alimentar al equino.

Un día decidieron llevar a cabo su plan: anudaron varias sogas, ataron una punta al cuello del caballo, con nudo corredizo, y los mozos más brutos tiraban desde lo alto de la torre. Cuando consiguieron subirlo hasta el tejado, se fijaron en que tan desdichado animal tenía la boca bien abierta y mostraba su poderosa dentadura. Entonces exclamaron:

—¡Qué listo es este jamelgo! ¡Cómo sabía que había hierba fresca aquí arriba! ¿No veis cómo se ríe?

Lo que ocurría era que el famélico percherón había sido ahorcado. Al enterarse del fatal desenlace, de tamaña animalada, en los pueblos vecinos, les sacaron, cómo no, el malnombre antes citado.

Todavía hoy, entre «Guritos», «Medio-huevos» o «Corintios» pueden elegir los vecinos de Olejua. Dicen que, a propósito de la lectura de las sagradas escrituras en el templo de Etayo, los mocetes se preguntaron quiénes serían esos «Corintios» bíblicos, dado por sentado que dicho palabro tenía que ser forzosamente un mote. El más curioso preguntó:
—¿Serán los de Murieta?
—No; los de allí son «Caleros».
—¿Los de Ancín?
—No, que son «Carboneros».
— ¿Los de Villamayor?
—Tampoco, esos son (como los de Lana) «Rusos».

Cuando nos encontramos con un vecino de Arroniz, es frecuente llamarle «sopicón» o «sopero». Se cuenta de ellos que en cierta ocasión se gastaron todo el presupuesto para las fiestas en pan; luego lo desmigajaron sobre la balsa, y se la bebieron a morro. No dejaron ni gota ni miga. A una anciana que, por su quebrado estado de salud, no pudo acudir, le llevaron una ración en la copa de la campana.

No me perdí el tren

ERA muy joven, un crío. Todos los veranos, a mediados de julio, viajábamos al pueblo de mi padre. Era una gozada y una aventura montarse en aquel «monstruo de cien ruedas» con bancos de madera y pasajeros con cajas de cartón por maleta e incluso plantas y animales. Luego supe que, durante la posguerra, algunos lugareños hacían estraperlo o llevaban sus mejores productos a vender, también pude contemplar pescadores y cazadores que se apeaban en Santa Cruz de Campezo o Zúñiga, en Maestu o Murieta. Era el Anglo-Vasco-Navarro.

El primer tren —he perdido varios aunque he llegado más allá de Ibirucu o Iruñela— que mi recuerdo aparece unido —como es de rigor— al entramado de las andanzas infantiles. Era un «caballo de hierro», abigarrado y laborioso, de esos que denominaban de vía estrecha, con ese aire de jadeante paciencia (sobre todo al pasar por Azazeta o Arquijas) que tenían aquellos ferrocarriles propulsados sabe dios por qué mecanismos y magias. Las personas de mi edad (y más mayores), saben bien a qué vistosas imágenes retrospectivas me refiero. Eso sí, ya en color sepia bastante difuminado.

Aquel tren primerizo constaba de escasos vagones, que se comunicaban entre sí (escribo de memoria) por una especie de estribo exterior más bien temerario; vamos, de película antigua. Viajar en uno de esos compartimentos debía de producir —sobre todo a los pasajeros adictos a la literatura, como

empezaba a ser mi caso— una sensación parecida a la de ir en diligencia, solo que a una velocidad algo más disparatada. Recuerdo que, tras apearnos en Ancín, donde al principio nos esperaba un mulo (con su carro correspondiente), luego un tractor (mediados los sesenta) y, por último, el coche (pequeño e incómodo) de los familiares... Comenzaba el «veraneo» y la vida de pueblo... hasta llegar la adolescencia, cuando ya los intereses y querencias iban por otros caminos.

El tren del que hablo circulaba entre Vitoria y Estella, o viceversa; y nunca supe si bajábamos o subíamos, aunque me parecía lo primero, y tenía parecido aspecto —según es fácil deducir— que los que asaltaban en las películas de forajidos de turno. Ya no existe. Hace años que dejó de trasegar humo por los campos alaveses y navarros, camino a una pequeña ciudad donde mi madre nos llevaba los jueves porque había mercado y distracción: todavía contemplo a aquellos tratantes de ganado (con impresionantes patillas y exóticos sombreros), los puestos de frutas y verduras... y el bocadillo de txistorra (con ¿orangina? o gaseosa) antes de volver.

A mis años, uno se da cuenta que se va haciendo mayor porque cada ver resulta más imposible la ratificación de esta clase de memorias. Aquel tren desaparecido reaparece en mi evocación como la imagen conmovedora, el refrendo emocionante de un mundo que ya se ha quedado atrás para siempre. Ni siquiera perviven ya las estaciones desde donde partían y adonde llegaba el tren, en la linde gasteiztarra del campus actual y en el

rincón estellés que visito muchos jueves antes o después de tomar un café con mi amigo (amén de estimable colega) del pueblo de Olejua.

En casa del tesoro

ME tocó nacer en un pueblo alavés. Luego, la vida me llevó a vivir —con apenas cuatro años— a la capital. Más tarde, tuve ocasión de conocer y trabajar en varias ciudades. Durante mi infancia y primera juventud pasaba unas semanas en mi localidad natal y en Legaria. Lo que más me gustaba, aquello que me parecía mágico y volvía tarumba eran las verbenas: eso sí, nunca aprendí a bailar con fundamento. Desde entonces me encantan los músicos que animan las fiestas patronales o las romerías locales. Las orquestas que lo mismo le pegan a una jota o a una ranchera que imitan la canción en boga, el éxito de hace cuatro temporadas que un pasodoble para los mayores e incluso esa melodía melosa que te descoloca. Tocan y bailan, con y sin público, con calor luciferino o con frío despiadado, ajenos a tantas cosas incluidos los acentos idiomáticos, siempre sudando sus mejores galas.

Desde abril de 2002 disfruto varios meses al año en una pequeña localidad de la Berrueza. Allí fueron a parar mis libros, gozosas lecturas, como de costumbre, pero sucedió que a *Tusi-*

tala enea llegaron también los restos del naufragio de diversas mudanzas. Se amontonan novelas, de ayer y de siempre. Ensayos y estudios históricos, relatos de género negro, volúmenes especializados o de poesía que arrastro conmigo desde la mocedad... Y, luego, tras periódicas visitas a Clarín e Irrintzi y otras librerías de la ciudad del Ega, me fui haciendo con una pequeña biblioteca de autores/temas locales... «Estas historias», pensé, «contienen más fantasía, más invención y gracia, que tantos ladrillos amontonados por toda la casa y en el desván». Lo medité, tuve ese pensamiento irreverente, pero me abstuve de divulgarlo.

El año pasado recuperé un hábito que tiene efectos mentales higiénicos. Me invitaron y acudí presto e ilusionado a las fiestas de una villa cercana. Tras cenar y tomar las copas de rigor, acostumbro engañarme diciendo que es por prescripción facultativa, me encontré en un viejo caserón, en el interior de una habitación que estaba cerca de la plaza principal. Se celebraba la fiesta grande anual. El escenario, colocado en un costado del frontón, emanó música —primero en disco y luego en directo— hasta las tantas de la madrugada. Estribillos conocidos, canciones agradables y, también, de una estridencia exagerada. La orquesta, con tablas y juguetona, instalada en un escenario colorista y luminoso, utilizaba todos los recursos de la electrónica para rasgar el fresco aire de la noche, y, en algunos momentos, hacer reventar los tímpanos en kilómetros a la redonda.

Pues bien, salí a una de las galerías de aquel viejo caserón y me dediqué a ver libracos polvorientos. Hojee una obrita de Félix María de Samaniego, una primera edición de Amaya de Navarro Villoslada y un conjunto de crónicas —traducidas— sobre la última guerra carlista enviadas por el corresponsal de un periódico europeo. El reportero sabía poco de España y absolutamente nada de Navarra o del país de los vascos. Hacía toda clase de predicciones erróneas sobre el curso que seguirían, a su juicio, las operaciones bélicas, y después, con calenturienta soltura, se olvidaba de haberlas hecho. Parecía un enviado especial de la prensa amarilla: amigo del «color artificial», de la naturaleza *kitsch* y de los personajes imposibles. Sus descripciones de batallas terrestres, amén de la toponimia que confundia a menudo; sin embargo, eran amenas, y me permitieron llegar hasta el repentino y misterioso silencio de la alborada. Un mutismo interrumpido por pacharanera voz lejana y una botella que se estrellaba contra el pavimento.

Todavía excitado por el descubrimiento de aquel tesoro que seguiría explorando en jornadas siguientes, me serví una copa, o quizá fueran dos, mientras rememoraba mis primeros saltos, bailes luego de patoso patético, el primer beso semi furtivo, malditos codos que me impedían... y la música de aquellos incansables músicos verbeneros que llenaron de canciones y pajaritos tantos años. No estoy seguro de que alguno de sus componentes pasaría hoy a la final de algún concurso televisivo... Pero, a mí, me hicieron que —en aquellas bulliciosas noches— fuese casi feliz. Vamos, que me dejaré caer en las

verbenas de su pueblo, aunque este año no toque una orquesta de moda ni aparezca en el cartel festivo mi grupo pop-roquero favorito. También me acercaré a la barra del bar, si bien el botellón me sigue pareciendo una opción poco provechosa.

Esto de encontrar pareja, al margen de las agencias matrimoniales, los móviles e internet, sigue siendo un asunto delicado... y, más, a mi edad y una profesión con tan pésima reputación. Recuerdo que en las fiestas de Otiñano, una noche estrellada pero glacial, mientras mis amigos abrevaban «gintonis» y «cubatas» en el bar, salí para airearme y disfrutar de la entusiasta orquesta verbenera que tocaba para una señora madurita, la única persona que seguía sus sonidos, voces y movimientos. Ni corto ni perezoso, como maletilla con hambre... de triunfo, entre al incierto ruedo:
—Buenas..., he venido para buscar moza casadera, y si no la encuentro, me pego un tiro en la peña de Codés o me tiro al Odrón.
—¡Huy, huy..., pues aquí lo tiene muy difícil...! porque sólo quedamos tres: la Viuda, la Coja... y Yo.
— Joder, qué panorama... mascullé para mí. Creo que volví a tomar un trago.

Ahora que han recuperado el «ladrillo» de la basílica de San Gregorio, ese que según la tradición si lo pisas encuentras pareja y, en el plazo de un año, contraes matrimonio, con el permiso de José Luis Irisarri o del hermano marista de Ancín, haré una visita haciéndome el distraído; a lo mejor, se me apa-

rece... O, quizá, tras pegarme unos largos en la Balsa, me acerque al «roble casamentero» de Torralba, con oportuno hueco en su tronco, donde las jóvenes del lugar —para asegurarse de que no les faltaría pretendiente— arrojaban una piedra en su interior y así conseguían hacer realidad su deseo.

Hay otra posibilidad para curar mi pedrada monumental. Una visita a la ermita de Santa Cecilia, en Arróniz, que tal vez supiera algo de so(l)feos. Sus vecinos solían acudir en rogativa a pie o en caballerías, el último jueves de abril, portando los pendones (una de sus acepciones me cae simpática) del ayuntamiento y de las cofradías. Los portadores eran invitados por la corporación municipal a comer, de ahí surgió el dicho: «mozo pendolero (pendolista, es mi caso), sin novia y sin dinero». Terminada la misa, los asistentes preparaban las viandas, los alguaciles repartían pan y vino, y después de almorzar, era costumbre: «correr (que no comerse) la rosca».

Todavía no estoy tan desesperado pero, a lo peor, cambio de idea y me dejo caer —una vez desechada la fiebre de colgarme en la cercana encina de Tres Patas— por la ermita de Santa Coloma, en Mendaza, patrona de las embarazadas y parturientas... Quizá alguna mujer busque padre («honrado y trabajador», decían las abuelas) para sus retoños; en todo caso, relaciones honestas previas. Mientras me repito como un tañido: «Las campanas de Ubago me quieren casar; y las de Mirafuentes les contestaban: "¿Tú dirás con quién?"; y las de Otiñano: "Cada cual con cada cuala"».

Simeón Izquierdo Pascual

ES abundante la bibliografía que versa sobre Gregorio *Ostiense*. Además de tratados dedicados al prelado, su figura aparece en los santorales, en crónicas locales, en los sermonarios e incluso en tratados de plagas del campo. Sin embargo, desde los primeros decenios del siglo XVIII la atención se centra en la basílica. Y, desde que la ensalzara Pedro de Madrazo en la segunda mitad del XIX, varias historias de arte la citan con la misma reiteración que, durante centurias anteriores, hacían los autores hagiográficos a su titular. La basílica se erigió en el alto de Piñalba, en el sitio de la antigua ermita de san Salvador, donde cuenta la leyenda que una caballería depositó el cuerpo del obispo de Ostia, fallecido en el medievo. Pasado el tiempo se olvidó el recuerdo del personaje y su sepulcro hasta que, según la tradición, sería descubierto dos siglos después. La devoción al santo fue en aumento a juzgar por las ampliaciones y transformaciones que afectaron al templo hasta recibir su definitiva configuración, en virtud de una serie de obras que han hecho de él uno de los monumentos más significativos del barroco navarro.

Al contemplar tan impresionante paraje nadie podría sospechar que durante años, fue el centro socio-religioso más importante del viejo reino y uno de los más activos del norte de la península. Cuando Andrés de Salazar nos habla de «los cientos, de los miles de devotos» que desde Andalucía, Extremadura, Castilla o Galicia, acudían al santuario por el agua mila-

grosa o solicitaban sus reliquias. «Andas más (das más vueltas) que la cabeza del santo», nos recuerda un dicho popular —por la infinidad de viajes que hizo su testa argéntea— también de Álava (Campezo, valle de Arana...), Aragón o La Rioja. Allí pude tratar a Simeón Izquierdo y, como antaño, pegar a la hebra sin prisa.

La capacidad narrativa, latente en todo ser humano, no siempre encuentra una satisfactoria realización en la conversación —esa suerte de trueque íntimo— con los demás. A menudo me inclino a pensar que el deseo de salvar del olvido nuestras visiones dilectas, esas fugaces e intensas impresiones, a pesar de constituir la raíz de toda ulterior narración, comporta un primer estadio de elaboración donde la búsqueda de interlocutor no se plantea como problema. Es decir, que las historias ya nacen como tales al contárselas uno a sí mismo, antes de que se presente la oportunidad, que viene después, de contárselas a otro.

Un buen día Simeón Izquierdo Pascual me comentó que no me veía en la misa dominical. Le contesté que ya no pertenecía al rebaño, pero tampoco tenía nada en contra de quienes buscan consuelo, estímulo, perfección: personas decentes hay hasta en la cárcel e incluso en el soñado paraíso. El caso es que participé —como curioso y acompañante— durante dos duros inviernos con los últimos auroros del pueblo. Gélidos amaneceres que luego recompensaban con un almuerzo, reconciliándome con mi terrenal y sólido estar laicista. También

pude disfrutar al hermano marista en visitas a san Gregorio, donde ufano y facundo me enseñaba su colección de estampas religiosas, coloristas y sin más. En otra ocasión, me presentó al cura polaco de la zona y participó en agradables conversaciones vespertinas: entre un apóstata razonable —sigo sin integrarme a ningún redil— y representantes de la iglesia mayoritaria... Tuve la impresión de que estaba ante un buen tipo, quizá respuesta de otro tiempo.

Me ayudó sobremanera a conocer vecinos e incluso comentó, aunque había nacido en el burgalés Regumiel de la Sierra (en 1933), vocablos para mí desconocidos, un sinfín de dichos y refranes: «Hay tres cosas en Navarra que no tienen fin: el vino de Viana, la paja (o el trigo) de Mendavia, y el agua de Ancín». Este marista, con el que pude conversar largo y tendido, en roman paladino, muy lejos de latinajos y dogmas separadores, había llegado (con otros cuatro compañeros) en 1996. Pudimos platicar sobre nuestros valles, sus gentes y, también, de una localidad guipuzcoana querida para ambos por diversos motivos: Antzuola.

A medida que uno se va acercando a la madurez cada día le pesa más ese petate de historietas escuchadas en algún momento y que mentalmente seleccionó porque le parecieron dignas de elaboración. «Esto lo tengo que contar, pero... bien», se dijo. Y al tiempo que se formulaba tal propósito, o las personas a las que narras verbalmente la anécdota te animaban a formularlo («¡Escribe algo con eso!»), las diferentes

formas que podían tomar aquellas notas se iban alternando en el magín del cronista, proponiéndole distintos comienzos, incitándole a contar...

Así fue, así se lo escuché. Aquella mañana una mujer del lugar de Meano, en el valle de Aguilar, le comenta al bueno de Izquierdo:
—Padre, ¡Qué bien ha dicho usted la misa!
—Que no soy padre, soy hermano.
—Padre —insiste la señora— ¡Usted sería un buen párroco de Meano...!
—Sí, lo que me faltaba. Simeón como cura párroco de Meano —comenta el aludido— estaría colosal. Pero, ¿sabe de qué terminaría...? De Tolomeo.

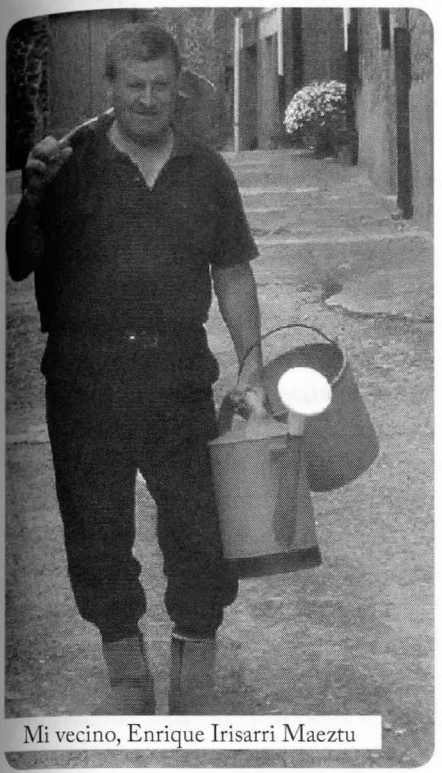
En un pueblo de la Berrueza, el testimonio pertenece a junio de 2006, se produce la siguiente escena. Una mujer mayor, achacosa pero enérgica, le dice al marista:
—¿Le gusta el nuevo papa (Benedicto)?
— Sí, mucho —contesta Simeón.
— Pues, a mí nada, porque es del «Antiguo Testamento» [*sic*]... y además estuvo de soldado con ese Hitler...

Al parecer la señora había oído campanas, con tañido chirriante.

Izquierdo (le sustituyó Rufino González Las Heras, también fallecido) merece un tratamiento más completo y riguroso. Se ganó mi respeto, así nos tratamos y así lo recuerdo. Simeón,

mi hermano, fue un gran tipo, un conversador maravilloso... que permitía «encontrarse» en terrenos de nadie (o quizá de todos). Doy fe, tanto como admiro a tanta buena gente de la tierra.

Un largo y cálido verano



Mi vecino, Enrique Irisarri Maeztu

HAY personas capaces de elaborar textos a partir de su propia capacidad inventiva, en un solitario —nunca valorado suficientemente— proceso de creación. Son pocos. La mayoría con los que trato precisan de una inmersión profunda en cuanto nos rodea, emociona, interesa, preocupa... También necesitamos escuchar a las gentes para imaginar eso que queremos narrar, aunque —en ocasiones— transformemos la realidad a nuestro acomodo, por un filtro intransferible.

Este pasado verano he vuelto a repetir varias de mis rutinas, con la búsqueda de nuevos yacimientos de materiales nobles para estos cuadernos. De tal suerte que mis excursiones y des-

cubiertas me han permitido conocer a más tipos del paisito y varios rincones que apenas había curioseado. Por ejemplo, para comprender mejor la actividad de los pastores de antaño, he seguido la pista a personajes ya míticos: Benino (natural de Marañón pero asentado en Azuelo), Silvino de Piedramillera o Ricardo Crespo de Sorlada.

Trabajó como pastor. Está sentado en un banco de Los Arcos, disfrutando de los primeros rayos de sol. Todos, casi un milagro, hablan con respeto de Sebastián. Pregunto, cuando sobra invito a un trago mañanero, si está dispuesto a contestar a unas preguntas y si le puedo sacar fotografías en la plaza del Coso. Contesta que ejerció el mismo oficio que su padre y abuelo, desde que contaba nueve años, cuando tuvo que dejar la escuela para ganarse el «corrusco» como zagal. Luego, con el rebaño —de otros ganaderos y particulares— anduvo por caminos y trochas de Torralba, Mirafuentes, Sorlada... de aquí para allá, todos los días de la semana, todos los meses del año. A su modo, fue dichoso. «La vida —recita— de los pastores es una vida mortal: cuando llegan a la fuente, beben agua y comen pan». Y muy poco más. Enternece contemplar a uno de los suyos acariciando al corderillo recién parido, y apenas más simbólico que verles llevar una oveja lastimada sobre sus hombros.

Ojos claros y mirada limpia, de palabra reflexiva, la soledad da para mucho. Cuenta que le gustaba el frontón (hasta más allá del Duero si no había pared de templo, había algo), la pelota

a mano, «...y no era malo», dice sin atisbo de vanidad. Habla de Mari Pinillos, de Mues, *el Chino* de Mendaza, «ese si que jugaba bien... era muy bueno». Además de su oficio, duro pero llevado con juvenil alegría, me contó algunos de sus conocimientos sobre la flora y fauna autóctona, plantas cuyos nombres pocos podrían citar e incluso transmitir sus propiedades. El perro, amén de impagable compañero, servía de ayuda en diversas labores. «Eran guías estupendos, sabían manejar el rebaño, cuáles eran las zonas más frescas en verano y las más resguardadas en invierno... Yo, tuve varios... (Aquí se pone tierno y parece que esta a punto de soltar lagrimas...)». Todavía recordaba cuando murió el que más quiso, atropellado por un automóvil, mala suerte: «el único que pasaba por allí». Se lo comunicó su padre por carta, cuando hacía el servicio militar; «la verdad, me puse a llorar como un niño».

Tomo notas sobre su quehacer cotidiano, palabras hoy en desuso sobre el oficio, anécdotas sobre gardachos y «jabalines», etc. Sebastián García Carlos (Torralba, julio de 1926), así se llama, trabajó hasta su jubilación. Contrajo matrimonio con una viuda sin hijos («No te cases con pastor que te llamaran pastora, cásate con labrador y te llamarán señora») y guarda en monedas de oro el cobre de su pasado. Todavía se acuerda de una anécdota de su mocedad, cuando rondaba los veinte años.

Se encontraba Sebastián con sus ovejas en las cercanías de Torralba, cuando vio pasar a una chica muy bonita («¡Estaba mejor hecha que una obra de caridad!», dice) y quiso dedicarle un

piropo («regalarle una flor», comenta). Ni corto ni perezoso, el improvisado bardo y trovador de Torralba le espetó:
—¡Eres el primer clavel de la primavera!
La joven, que paseaba tranquila por la carretera, pizpireta y amoscada, le replicó:
—Y tú, ¡el último melón de la temporada!

Aquí y ahora, me olvido de oficios desaparecidos (caleros, herradores, pelaires...) o en trance de pasar a la historia (afiladores, carboneros, pastores...); del habla (rico, con abundancia de localismos) de Sebastián y de otras cuestiones de interés etnográfico o social... A mí, me ha alegrado la jornada..., y mañana volverá a salir el sol. (Algunos sábados le sigo viendo y saludando y si no hay nadie cerca le invito a un mosto en el Abascal. Es un tipo de otra época, de un tiempo que se va).

Desde Acedo a América

REVISANDO mis notas americanistas, una faceta que había dejado de cultivar después de dar a la imprenta varios libros sobre el nuevo continente, me topo con don Miguel Calixto de Acedo y Jiménez de Loyola, hijo de Diego de Acedo y Fernández de Alaiza (Acedo, 1691) y de la riojana María Teresa Jiménez de Loyola y Álvarez de Arellano (Rincón de Soto), que había nacido en el pueblo de su padre en 1730. Sin embargo, escasas noticias tenemos de este individuo al que me hubiera gustado seguir la pista.

Gracias al trabajo de recopilación llevado a cabo por M. A. Burkholder y D. S. Chandler, hemos podido advertir la presencia de varios personajes que ocuparon diferentes cargos en las Audiencias americanas del siglo XVIII. No obstante, J. M. Aramburu y J. M. Usunariz, en su epidérmica —si, se podía haber hecho bastante más, como estamos gozando en estos años— *Navarra y América*, se olvidaron del nativo de la Berrueza. Mejor suerte tuvieron Simón Antonio Mirafuentes (¿?-1790), natural de Viana, oidor en Santo Domingo (1771) y alcalde del crimen (1777) y oidor de México (1785); o los estelleses Miguel Ramón de Modet e Iguzquiza (1776-¿?) y Juan Ramón de Osés (1770-1840), de los que trataremos en mejor ocasión.

Sabemos que Miguel Calixto de Acedo cursó estudios en las universidades de Oñati y Salamanca. Por cierto, el prolífico

Tarsicio de Azcona, anota en su último libro que eran escasísimos los datos sobre las carreras superiores de los hijos del valle de Yerri. Pues bien, nuestro coterráneo fue nombrado oidor de Santo Domingo en 1764. De la isla Española (actuales Haiti y República Dominicana) pasó en 1774 a la Audiencia de México, donde sirvió como alcalde del crimen (el de la sala que había en las chancillerias y en algunas audiencias, el cual era juez togado y tenía fuera de su tribunal jurisdicción ordinaria en su territorio). En 1786 fue designado oidor en la audiencia de la Casa de la Contratación, incorporándose al Consejo de Indias en 1789. Con su salud quebrantada desde 1807, se retiró dos años más tarde, pero volvió en 1814; falleciendo ese mismo año.

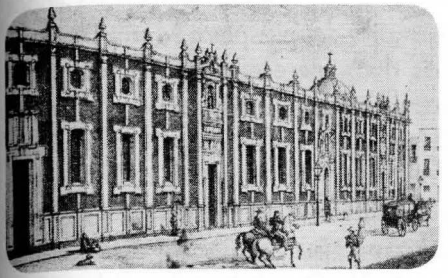
Por el relato del ilustrado canario Manuel Antonio Ramos Marrero, que hizo un interesante viaje a las Antillas en 1765, sabemos que, durante su visita a Santo Domingo, tuvo ocasión de tratar al navarro, de quien escribe: «El señor don Miguel Calixto de Acedo que le sigue [a don Andrés Pueyo, su superior] en grado y preeminencia, literatura, integridad y buenas artes, aunque la práctica de este ministro no sea tan ventajosa, es más que cierto que en la intención le es igual. Las partidas que adornan su verdadero ánimo son especiales. Nada le debe en lo íntegro, devoto y piadoso».

Consta que su hermano Diego José de Acedo, de la misma naturaleza y vecino de Viana, era teniente coronel agregado al estado mayor de la plaza de Pamplona en marzo de 1764

cuando fue admitido como cofrade de San Gregorio Ostiense. Murió en abril de 1791 y había nacido en febrero en 1726. A partir de ahora, aunque la tarea no sea sencilla y nos ocupen diversas empresas, les seguiremos la pista.

En mis *cuadernos* aparece también una ficha —incompleta— del misionero franciscano Antonio de Zúñiga, nacido en el lugar de su apellido en 1659. Consta que pasó a Yucatán en el virreinato de Nueva España en una expedición de treinta y tres miembros de la orden seráfica, quizá desde el cercano convento alavés de Pierola o Piedrola, a la sazón era «moreno» y contaba treinta años. Los entusiastas de la revista *Arkijas*, cuya estimable labor debe ser más reconocida y premiada, quizá seguirán sus pasos. Son varios los personajes Acedo y Zúñiga que crearon familias en ultramar, si bien no todos habían nacido en la Berrueza su topónimo remite a tierras y sangre navarras. Una historia pendiente.

Un curioso diplomático navarro



COMO ya he contado en alguna ocasión, tuve oportunidad de dedicar varios libros a glosar la presencia de navarrovascos en el nuevo continente, centrándome sobre todo en la época de la Ilustración dieciochesca. Una época que me pierde. Pues bien, entre mis cuadernos de notas me topo con un personaje singular: José María Aramendia Galdeano, natural de Zufía, que se trasladó a México en los últimos años del siglo XIX. No era el primero ni sería el último en cruzar tan inmenso océano para pasar a ultramar con el fin de hacer las Américas.

Siguiendo sus pasos, don José María figura como «administrador» del periódico La Tribuna del Pueblo, de inspiración conservadora a pesar del nombre, en el primer lustro de la centuria anterior. El diario constaba de escasas páginas y trataba sobre asuntos de divulgación, noticias breves, sucesos, además de edictos oficiales y pequeños anuncios comerciales. Obtuvo la nacionalidad mexicana e incluso consiguió ingresar en el servicio diplomático en 1906. Durante el gobierno del autoritario Porfirio Díaz fue nombrado cónsul en Panamá, hasta que comenzó la revolución de los Villa y los Zapata; los go-

biernos del nuevo régimen nunca reconocieron sus servicios anteriores.

Por la correspondencia epistolar de su esposa, María Perfecta Arteta, hemos tenido más datos de este personaje del valle de Allín. Una carta de la pamplonesa, dirigida al ministro de Asuntos Exteriores de México, en octubre de 1916, solicita para su marido «el consulado de Bilbao, ya que ha regresado de Honduras enfermo y sin dinero debido a los sueldos que se le adeudan». Asimismo recuerda la situación de sus hijos que se encuentran en «el asilo de Caridad de San Sebastián» y que, «por ser extranjeros, no tienen derecho a la estancia gratuita». De tal modo que espera que «pasados estos dos años sea México, su país, el que se haga cargo de ellos». Alega que, mientras pasan los años, ella se está «ganando la vida como institutriz en Santurce». En diciembre de 1922, don José María vuelve a escribir a sus superiores solicitando que le reintegren los sueldos pendientes; al parecer, un dineral. A la sazón trabajaba como profesor en un instituto. Solicita su reingreso en la carrera diplomática, que le es denegada.

Aramendia había sido nombrado teniente de artillería en 1898 con el fin de participar en la guerra de Cuba, pero no llegó a ejercer por la terminación de esta. Antes se había propuesto seguir la carrera eclesiástica pero el destino le tenía dedicado distinto camino. Con doña Perfecta tuvo cuatro hijos. Consta que también trabajó como administrador de una gran hacienda en Oaxaca. Después regresó, solo, a su Navarra natal, para

vender sus tierras (¿en Zufía?) y mientras tanto se desarrolla la guerra civil española. Su mujer, siguió adelante con sus retoños, falleciendo, durante los años cincuenta, en la ciudad de México.

Muchos hombres y mujeres de Tierra Estella pasaron a México desde la segunda mitad del siglo XIX, destacando en la agricultura, el comercio, la industria... o como miembros de diversas órdenes religiosas. Antes, a partir de 1821, con el triunfo de los partidarios de la Independencia, otros tantos gachupines tuvieron que abandonar sus propiedades y negocios hasta que se reanudaron las relaciones diplomáticas varios lustros después.

Entre otros se afincaron en aquel país: los comerciantes Pedro Alemán Oteiza (Zudaire, 1907), Francisco Barbarin Echauri (Ibiricu, 1904), Daniel Díaz García (Meano, 1884); el industrial Isaac Baños Corres (Sansol, 1881); el profesor Eleazar Huerta Tarrega (Torralba, 1896); el «agente viajero» Cayo Fernández Zúñiga (Piedramillera, 1900); José Irigoyen Larrumbe (Muez, 1876), propietario de pastelería y café; el sacerdote Ezequiel Díaz Pérez (Lapoblación, h. 1866);Tomás Carracedo Martínez (Lodosa, 1895); Lucía Lizuain Osés (Mués, 1901); los fabricantes de embutidos Remírez Díaz de Meano; Gertrudis Fernández Gaviria (Galbarra, 1897), Tiburcio Zozaya Baleztena (Ancín, h. 1894) o la pianista y compositora Emiliana Zubeldia Inda (Salinas de Oro, 1888). Una lista que no pretende ser exhaustiva y que se puede ampliar

con personas como Miguel María Ganuza Muneta (Etayo, 1938) y tantos que pasaron posteriormente y allí viven todavía.

Cuadernos de Tierra Roya

IV. (Mis cuadernos de notas) (o) mientras tanto todavía

De literatura y vida

Amaia Mingueza Martínez y *Koska*

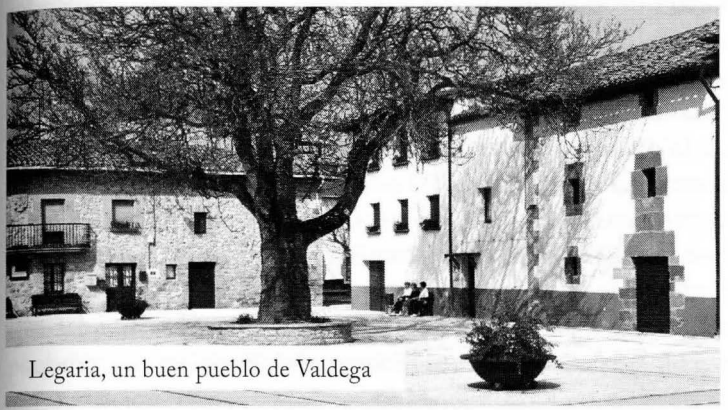
ESCRIBIR puede resultar tedioso o placentero, y el periodismo más una rutina laboral que un oficio noble. Sin embargo, mantener una columna es uno de los privilegios de la profesión. Cuando hace un siglo le pidieron que redactara un artículo regular sobre literatura y vida, un reportero comentó que era «la realización de un sueño que he tenido durante mucho tiempo». Cuando a George Orwell le ofrecieron una colaboración similar, celebró su oportunidad titulándola: *A mi gusto.*

Algunos escritores apenas servimos para jugar con las palabras, para poner una junto a la otra, para inventar estructuras más o menos sencillas. O servimos sobre todo para eso, y somos, por consiguiente, personas más bien inútiles. A veces, desde las instituciones —en muchos casos desacreditadas por méritos de sus guías—, desde alguna clase/casta de poder, se nos pretende utilizar, y como esto revela que nuestro trabajo «serio», nuestra escritura independiente, no es utilizable, no

tiene uso práctico de ninguna especie, reaccionamos como podemos, a veces con sabiduría, otras con desacierto e incluso con desdén. Fui sometido alguna vez —no demasiadas, pero igualmente intolerables— a presiones por así decirlo funcionales, me encargaron discursos para un concejal que no daba la media y para un padre de mi provincia que iba de listo, por ejemplo; artículos de esto que huele o de aquello que molesta; notas necrológicas de próceres sin algodón; florilegios..., y, por reacción instintiva, traté de dejar las/mis cosas claras. Lo hice, como es natural, con los recursos propios del oficio: introduciendo palabras no deseadas, jugando con los sentidos, colocando aristas que que atentaban contra la armonía del texto... En fin, todo un placer manejar diversos artefactos que proponen, sugieren, estimulan... y nos revelan (simpre me ha gustado más la «b» grande que la baja, aunque la ortografía pueda llegar a ser una mandarina).

Cuentan que lo primero que hizo Adán durante sus paradisíacas vacaciones, después de que le donaran un alma/espíritu viva, fue dar nombres a cuanto le rodeaba. El todopoderoso supuestamente le impuso la tarea de bautizar a todas sus criaturas, y —añade expresamente la sagrada escritura— «como él las llamase, así se llamarían». Estaríamos pues ante uno de los primeros actos poéticos del ser humano. Con el tipo de la manzana comenzaría la historia novelada. Y, luego, siguieron poniendo nombres a las personas y las cosas, hasta que supimos que nuestro vecino se llamaba Javier, Puy, Miren, Guadalberto, Nicolae, Alí...

Mi padre, natural de Legaria, se llamaba Faustino Martínez (de Lahidalga) Gastón. Podía lucir —con orgullo, aunque no le sirviese de nada— más apellidos: García, Azcona, Tolosa, Sanz, (D)allo, Arizaleta, Landa, Monreal, Galdeano... y otros que harían una relación prolija; también nos llevaría a diversos registros civiles y partidas de bautismo de diferentes localidades navarras. Como pueden comprobar algunos son muy comunes en la zona. Mi segundo apellido es Salazar, con muchas generaciones alavesas a sus espaldas y, posiblemente, originario del mismo lugar en las Merindades de Burgos y no en el homónimo valle navarro. Pero no se inquieten, no voy a aburrirles con menudencias familiares.



Legaria, un buen pueblo de Valdega

De nombres propios, luego de los más frecuentes existe copiosa información, basta con leer la prensa diaria. Revisando notas, de curioso con pelo ya cano, encuentro en mi cuaderno

de apuntes sobre los valles submontañeses de Tierra Estella con los siguientes nombres que superan con creces el *Calendario Zaragozano*: Agemiro, Blesida, Crescenciano, Domitila, Eucario, Garcinia, Rosindo, Tiburcia... Sin duda, el santoral y la imaginación de los progenitores, o del sacerdote de turno y la parentela cercana, dan suficiente juego.

Sin pujos de historiador ni de antropólogo de rancia escuela, según voy madurando la piel, mientras los músculos se relajan y los huesos pierden consistencia, comienzo a leer esquelas (una sección agradecida por lectores y nada estimada por los deudos). Otra herencia de Luis Carandell, a quien mi generación debe su impagable *Celtiberia*... Pues bien, emulando su manía de devorar todo tipo de tinta impresa (legajos, hojas volanderas, impresos varios...), me topo con la defunción de la señora doña «(...) Malo Segura». ¿Se imaginan la repetición de la primera vocal en el apellido paterno? ¿Y una o final en el materno?

Sobre apellidos del paisito, amén de la pasión genealógica de tantos y de los magníficos ejemplos heráldicos —piedras armeras que fijan y dan esplendor a ciertas casas— de nuestros pueblos, existe abundante bibliografía y podríamos extendernos largo y tendido. Siguiendo con los papeles viejos, me topo con una exposición de Manu Muniategiandikoetxea. Ciertamente, también conocemos apellidos breves (Cía, Gil, Oco, Ona...), corticos (Goñi, Lana, Osés, Sanz...), y un poco más largos (Esparza, De la Fuente, Paternain). Eso sí, sin contar

con los compuestos (Álvarez de Eulate, Díaz de Cerio, Guerra de la Vega, Hermoso de Mendoza, Pérez de Albeniz, Ramírez de Baquedano...) u otros más curiosos o raros (Arina, Cebada, Guergué, Oraá...).

Para mejor ocasión dejamos asuntos colaterales como los árboles genealógicos, los cabos de armería, las ejecutorias de hidalguía, etc. Desde que el mono de Charles Darwin se encontrara con la manzana que Eva introdujo de contrabando en el abarrotado arca de Noe ha llovido lo suyo, aunque no siempre cuando más falta hacía. Ya antes de que nuestros abuelos hicieran la mili se pasaba lista y muchos sabían responder a su nombre, apodo o mote. Otrora, para no confundir a Martín «de Sorlada» con su primo o vecino le pusieron apellido toponímico, pero bien pudo haber sido patronímico (Andrés, Fernández, Pérez, Remírez...), de varias aplicaciones onomásticas (Bueno, Pío, San Clemente...), de sobrenombres (Calvo, Crespo, Moreno...), profesionales (Notario, Pastor, Urdangarin, Vidriero...), etc. Todo un maravilloso mundo para contar, desde abajo... y también, si nos estimulan, para arriba.

Cuando era jovencito —nunca atolondrado ni presumido— pensaba que un apellido corriente como Martínez *de Lahidalga*, con antepasados en Legaria, Ancín, Acedo... supondría una desventaja para una carrera en el mundo globalizado de las letras. Mi novia, de sobrenombres sonoros pero sin gran fortuna ni ancestros con «arbolito» de pedigrí, me animaba comentándome que eso no era un impedimento; y ponía

como ejemplo a Pío Martínez («del lugar de» Baroja) y a don Benito Pérez (Galdós). Entonces empezaba a sonar bien alto un colombiano conocido como Gabriel García (Márquez). De manera que me fascinan los apellidos infrecuentes, inusuales, apenas repetidos. ¿Sabían que el escritor y viajero Javier Reverte suprimió su Martínez para que no le confundiesen con el —también— novelista Arturo (Pérez)-Reverte?

Además de los apellidos toponímicos (junto con los onomásticos y terminados en «ez», los más comunes entre nosotros), me encantan los raros, curiosos o exclusivos. Por eso y otras cosas cuando reviso mis apuntes, que se nutren desde legajos de diversos archivos hasta papeles desordenados, pasando por publicaciones varias, me agrada husmear en los nombres de lugar: desde Abáigar o Acedo hasta Zabal y Zúñiga, sin olvidarme del cantante Alex (Ubago) ni de la rama argentina de los Nazar o la mexicana de los Murieta.

Si supiera mentir sin sonrojarme, podría contar que uno de los linajudos descendientes de un tal Martín poseía un árbol genealógico de veinte metros de largo, como poco, para justificar la pretensión de su parentela de ser descendiente directa del Adán bíblico ¿o era Tubal? Eso por no citar las piedras armeras de sus casas y las virguerías heráldicas de las mismas: «demasiado blasón para tanta familia de destripaterrones», decía un amigo. Aunque no cabe duda de que buena parte de su genealogía es fabulosa, nos da a algunos plebeyos, razonables esperanzas de ser también descendientes de aquel venerable

antepasado de nuestra común humanidad. Pasaron las épocas en que las familias patricias (¿de cuántas generaciones y por qué?) se aferraban a la creencia de que su fundador había bajado directamente del cielo, y el resto de los mortales debíamos contentarnos con un padre terrenal y una madre de contrastada reputación.

A menudo me pregunto por qué si no elegimos a nuestros engendradores tenemos que llevar su «sambenito», «estigma», «marca»; no era suficiente con su ADN, y, a veces, sus apodos... o deudas. Es verdad que la familia «te toca» y, los amigos/parejas, se pueden elegir (como es mi caso, eso procuro y viceversa). De tal suerte que, en mi próxima reencarnación (algo improbable para un tipo de mis características), me encantaría apellidarme: Estupendo, Guapetón, Pastagansa... Mientras seguiré firmando como el hijo de un tal Faustino, que no tenía sangre azul pero era retoño de fértil cepa navarra. Vamos, un ciudadano del común, decente... e intuyo —por cuanto se y me han contado— de una pieza.

Esto de los apellidos, desde mis andanzas tras las huellas de Pío Baroja y diversos estudios americanistas, siempre me llamó la atención. Por motivos profesionales he pasado días —a la sombra y sin calefacción— en archivos diocesanos, e incluso me desplacé a la Chancillería de Valladolid para desentrañar pleitos de hidalguía o al maravilloso Archivo de Indias sevillano, a diversas archivos/bibliotecas mexicanos... Y, en efecto, me topé con apellidos toponímicos, compuestos, patronímí-

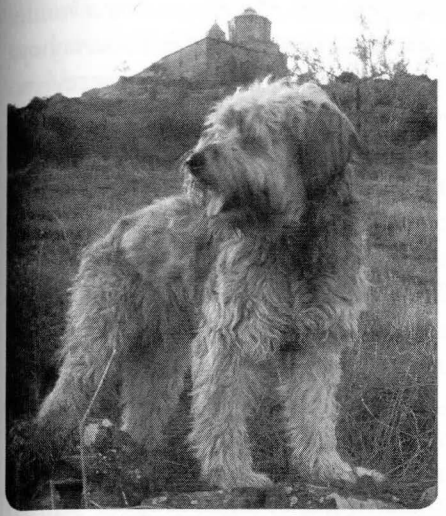
cos..., algunos muy breves, muchos de origen incierto u originarios de regiones remotas... Un asunto que me interesa, pero ahora me ocupan otras empresas.

A Fernando Aramburu —cuando lo conocí en su Donostia natal se hacía llamar Aramburucópulos (sic) y era un poeta/agitador del grupo *Cloc*, «de arte y Desarte», hoy es escritor reconocido y articulista renombrado— le tienen dicho que los apellidos, con las debidas salvedades, alguna vez fueron mote o sobrenombre o lo parecieron, en el sentido de que servían para designar particularidades físicas, oficios, procedencias y demás del primer individuo a quien nombraron. Es deducible que hubiera algún porquero, sastre o sacristán entre los antepasados de quienes se apellidan así en la actualidad. Uno lo siente por quien en tiempos remotos, no o tal vez sin motivo, fue llamado Bueno, Feo o Malo. Y más o menos puedo imaginar los orígenes de Cabezón y de Abad, sin olvidar a Verdugo o Ladrón. Que el primer Herrero pudo errar y el primer Maeztu no procedía de Cuba es asunto que admite escasas dudas.

En nuestros días un niño nace y a los pocos lloros se le llama..., incluso en búlgaro o ecuatoriano, cuando no salido de un telefín ya caducado o una leyenda medieval. Ahora el botín dirige un banco, el barcenas/blesillas es un buen nombre para una marca de chorizos, el zapatero preside un gobierno y el conde limpia cristaleras hasta el día que le llega la carta de despido. A Casas lo desaucian. Bueno esta entre rejas. Calvo alardea de melena, Gordo parece un *guindilla* y Blanco es mu-

lato. Y lo mismo que hay mujeres Macho hay varones Marías y en tal sentido y para resumir, la contribución al caos nominal/conceptual/etimologico de los apellidos originarios de Tierra Roya es notable. Unos cuantos ejemplos ilustran estas líneas: el Nazar más rimbombante se hizo grande en Argentina, el Zúñiga que más me interesa fue cierto capitán del presidio de Tubac (actual Arizona), al Etayo más famoso le dio por navegar en alta mar... Acedos y Legaria pasaron a tierras remotas... y más de uno tuvo/tiene tíos en América (a Laponia no se van ni los bocazas de la CEOE ni los hijos de la ministrilla del ramo, y eso que visten abrigos que marcan y calzan zapatos exclusivos).

Koska, mi pastora querida



EN tiempos de «burbuja» (especulación y desmadre) inmobiliaria, cuando los *blesillas* y otros mangantes te fiaban (con o sin nómina, con o sin avales e incluso sin ser del partido) yo también creí que era casi normal y compré una casita en Tierra Roya. Aunque no era costumbre, le puse por nombre *Tusitala enea* (la casa del que «cuenta cuentos o relata historias», en homenaje a Robert L. Stevenson). Pues bien, al margen de la pequeña herejía del nombrecito, aquí me quedé y aquí sigo soportando alcaldadas. Al poco me regalaron un cachorro que, curiosamente, atropelló un coche (el único que pasó ese día).

Mi compañera que sabe más de comportamiento cívico, sin pensarlo, se marchó y regresó con una perrita (hermana del cachorro muerto) que, al principio, me pareció un tanto feúcha. Tampoco estaba para bromas. Llegó la hora de los vete-

rinarios, cartilla, vacunas... y el nombre. Por su color y por mi parte, le hubiera llamado Canela, *Aska*(tasuna) o Catalina, pero, en casa, no mandaba marinero. *Koska* («mordisquitos»), ya me había jodido una zapatilla, dijo ella... y a callar. Donde manda *giputxi* no manda alavesito de agua dulce. Todavía hoy, ha sido su mejor regalo (aunque esta viejita, a la hora de revisar estas líneas me acompaña en duermevela mientras trabajo).

Antes, en mi ciudad, no terminaba de entender cómo la gente podía convivir con mascotas; son un coñazo, solo aportan preocupaciones: los paseos diarios para sus «deberes», la comida, las vacunas... En Surruslada, donde paso muchos días a pesar de los imponderables, ya me decían: «Si no sirve para cazar o para cuidar la casa... es mejor no tener...». Claro, mariconadas, con permiso de los homófobos impresentables y de los menos ordinarios. Sin embargo, mi vida sería distinta sin *Koska*, mi perrita (aunque se va haciendo mayor). Es cierto, Las «Más-costas» son animales vivos que, originariamente, acompañaban y daban suerte. Me da igual, mi pastora vasca (es su raza) ladra en perruno universal, mueve la cola con el himno de Riego —como ciudadano del montón me pone la sensibilidad republicana: mentalidad abierta, laica y progresista— y otras melodías que me acompañan.

Cada mañana que estoy por aquí desayuno cerca de ella. Es el momento que suele determinar (móvil o correo electrónico por medio) como será la jornada. *Koska* tiene «una bola». Para hablar de ella necesitaría más espacio, pero aquí lo que impor-

ta es su cristal. Entre *brumas* y veras mis vecinos le cuentan cosas y después preguntan: «¿... y qué dice tu socia?» A menudo acierta. Nunca he necesitado preguntarle porque siempre me anuncia, con antelación, si se acerca alguien (es lo que menos me gusta, su olfato de perra mimada): Lourdes, la panadera de Alsasua; Javier, el frutero de Etayo; el carnicero de Acedo; Enrique Irisarri, camino del huerto; Jon Zubeldia si no tiene trabajo...

Koska condiciona (y alegra) mi existencia en las faldas de san Gregorio, cerca de Mues o Piedramillera, casi del mismo modo que el contacto con las gentes del vallecito. Por dependencia (tanto como el tabaco que sigue matándome y rompiéndome el bolsillo) leo, en papel, si puedo, el Diario (hay muchas Navarras) del día. (Trabajo donde pagan y compro lo que me agrada, siempre como lector crítico y exigente). Sigo siendo un urbanita refugiado en la Berrueza, un cronista que quiere formar parte mientras ella me conduce por los bosquecillos y caminos que van hacia Los Arcos o Mirafuentes, al pozo de la Mora o a Remojapan. Su vida (se apaga) también es parte de la mía. Sin duda, cuando se vaya, la echaré mucho de menos.

Estas semanas veo a las gentes del pueblo más activos que de costumbre: el uno acaba de comprar plantas de esto o aquello, la otra sube y baja con la azada y el cubo, hasta el dominguero se remanga los pantalones y se planta una visera con anuncio de marca de refrescos... para ir a cultivar su huerto. Quien

lo diría, el sol primaveral ha desperezado a los somnolientos vecinos de Sorlada, Mués o Piedramillera... Todos a una se lanzan, antes de que calienten los rayos celestes o deje de achicharrar el caprichoso Lorenzo, a sus heredades para plantar lechugas, pimientos, tomates... e incluso pepinos (como los que me regalan mis vecinos Pili Zabaleta, Bernardino Monreal o el bueno de Paco Gambra y Enrique Irisarri... Adolfo Ganuza, ya no está para estos trotes. Paco y Adolfo nos han dejado).

Si a alguien se le quiere tildar de chabacano, de persona de mal gusto, aunque originariamente tenía que ver con el habla de ciertos filipinos, un poco cursi de sobreañadido, se le califica vulgarmente de hortera. «Es más hortera que un ataúd con pegatinas», diría un castizo de Bargota o Mendavia. La horterada parece que es una parodia involuntaria de la elegancia. Verdulera no es la señora que vende verduras en Los Arcos los martes/sábados o los jueves en Estella, sino la mujer grosera y malhablada (me he topado con pocas, y, eso sí, en el infierno del inexistente más allá las prefiere mi amigo ribero). El berzotas, el berzas, o el peinaberzas. Parece como si en ciertas formas de decir hubiera una mirada aviesa contra la gente de nuestros valles que se ha alimentado tradicionalmente (y buen criterio) con verduras y legumbres.

O acaso se deba también, al menos en parte, a la organización ancestral de los alimentos que coincide con la jerarquía social. Como el cielo es más elevado que la tierra, las aves son principales en la alimentación. Viene en segundo lugar los animales

semovivientes —algunos parroquianos, cuando dejan la barra... del bar, se ahogan, respiran peor— y terrestres. Seguidamente las plantas inmóviles y enraizadas. Entre éstas tienen mejor prensa las que llevan frutos en el aire que las que están debajo de la tierra... Humilde patata.

Para las gentes del pueblo no es, exactamente, así. Berza significa verdura, o si prefieren verdor, con cierta connotación de tierno, reciente, brillante. Cuando el hortelano dice, mirando las espigas de cereal en ciernes, que «dos panes están en berza», está declarando que su trabajo está verdeando. De la huerta se ha escrito que era la despensa del pobre, y es cierto (pero ya quisieran para sí una, muchos). Siempre que han podido han buscado platos que les permitieran incorporar a ellos verduras. Lo que tenían más a mano para tranquilizar su andorga, porque —tradicionalmente, sin ponerme trascendente ni reivindicativo— la vida siempre estuvo achuchada.

Para el labrador, para él y para los suyos (a veces eran legión), la huerta, su huerto, sigue siendo como una isla de promisión, que nada tiene que ver con el quebradero de cabeza que le causa la producción obligada para los demás. Es donde hace ensayos (eso sí, los justos), como si fuera un laboratorio, donde planta y observa para obtener frutos satisfactorios. En este laboratorio supo probar las novedades, como ocurriera siglos atrás con los primeros pimientos, tomates, judías y patatas, desconocidos por él, pero de los que aquí y más lejos todos hablaban con elogio.

Es una gozada ver ir y venir a las gentes de mi pueblo con el fruto de su esfuerzo, con la satisfacción de ver crecer aquella planta que por estas fechas cultivaron... y, claro que sí, mimaron. Luego llegarán de la ciudad los familiares, amigos o gorrones varios... No importa, para eso están los huertos. Además, Javier —el vendedor ambulante de Etayo— o Manolo —el de la tienda de Murieta— y Eduardo Barbarin el frutero de Los Arcos tienen más cosas para vender... y nosotros, plumillas incluidos, que aprender.

De prensa y literatura o viceversa

A menudo me han preguntado sobre las razones por las que poco a poco voy abandonando el periodismo urgente por otras actividades limítrofes con la literatura y la divulgación cultural. Tiene fácil respuesta: los medios —sumidos también en aguda crisis económica y con modelos empresariales a la búsqueda de nuevos retos y caminos— necesitan profesionales dóciles o de perfil «políticamente correcto» cuando no de la misma cuerda; por si fuera poco, los salarios empujarían de nuevo a Emilio Salgari al suicidio y, para trabajar sin red y colgado en el alambre, se camina mejor como independiente, por libre... aunque en la calle haga frío y la lluvia se note más. Es verdad que el mejor periodismo, además de información, también es literatura. Chapucero, en determinadas ocasiones, pero asimismo abundan las novelas plúmbeas, el poema ripioso y sin chicha, los ensayos de dudoso interés, las piezas teatrales que nos invitan a dormir...

La prosa periodística cabalga entre géneros. Puede tomar forma narrativa, de ensayo e incluso animar el mundo de la farándula y los titiriteros; una buena entrevista, por ejemplo, puede tener elementos de diálogo dramático, cómico, reflexivo... Pero, sobre todo, establece un permanente vínculo con la realidad de «los otros». Son las vidas ajenas las principales protagonistas de su escritura, incluso en los artículos de opinión: me agrada la espléndida ironía de fulanito, la erudición sutil de menganita, el oficio sin alardes de tal colaborador, el talento y frescura de aquella compañera... Eso sí, a veces nos

encontramos con «mucha firma» y «nada que decir/contar»: textos indigestos, vanidades patéticas, materiales de derribo, reportajes casposos, noticias sin contrastar, propaganda dura y pura...

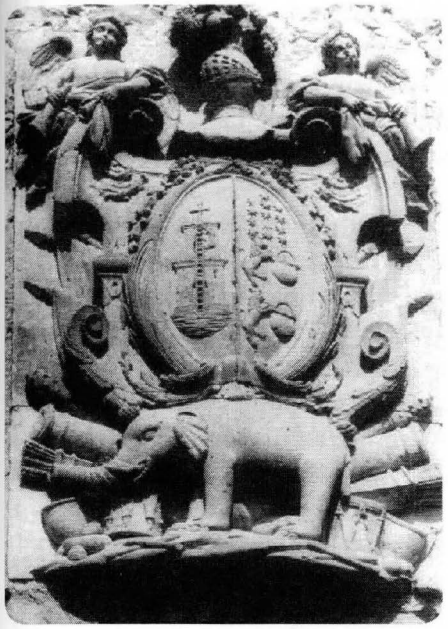
La literatura de diario —esa que cada día interesa menos a nuestros medios (el reportaje de alcance, la reflexión oportuna, el análisis profundo, la historia menor bien contada) en papel o digitales— debiera ser memoria viva y poseer el atractivo de cuanto palpita, aunque con frecuencia ese recuerdo es corto, se ciñe exclusivamente a lo inmediato, deja constancia de los acontecimientos con tal premura que éstos parecen surgir de la nada, como una incomprensible sucesión de epifanías. El periodismo que me interesa —riguroso y sin concesiones— necesita una memoria larga que de sentido a la actualidad, porque el presente no es más que el extremo de un hilo de tiempo, la manifestación imperfecta de un momento fugaz en un proceso concreto. Todo se convierte en pasado a una velocidad vertiginosa, incluidas estas líneas que pertenecen ya al pasado. Y es ese ayer hecho memoria el que nos recuerda quienes somos, de donde venimos, cuales son nuestras realidades, preocupaciones, anhelos...

Hace años descubrí que son las vidas de «los otros» las que merecen ser contadas. Y solo a través de ellas he podido llegar a comprender algo de la mía y de quienes me rodean. Por eso, durante lustros, he dado lo mejor de mí a una profesión preciosa: donde los directores respondían por uno, los compa-

ñeros se alegraban de tus apariciones en la página habitual, y los lectores eran mimados... Por eso y otras cosas, curioso irredento y exigente sin límite, dediqué mis conocimientos —en permanente formación— y esfuerzo a un oficio que viene de lejos y seguirá contando: para atrás y, también, hacia delante, hasta perder la cuenta.

Umberto Eco nos regala en su segundo diario íntimo, en «Cómo perder el tiempo», la siguiente perla: «Cuando llamo al dentista para pedir hora y me dice que en toda la semana no tiene ni una hora libre, yo le creo. Es un profesional serio. Pero cuando me invita a una charla, a un congreso, a una mesa redonda, a dirigir una obra colectiva, a escribir un ensayo, a participar en un jurado, y yo le digo que no tengo tiempo, no me cree». «Vamos profesor», dice, "una persona como usted el tiempo lo encuentra"». Pudiera parecer obvio, los juntaletras —y, por añadidura, los pendolistas y redactores de diarios— no somos considerados como especialistas de fuste: apenas unos holgazanes, unos gandules, unos fiesteros... pero, eso sí, que siempre cubren un hueco, llegan a tiempo y lucen espléndidamente como bonitas chicas/azafatos de compañía en cuchipandas propagandísticas y acontecimientos varios. Ponga un periodista en su salón, queda más bonito que un jarrón chino..., come poco y entretiene tanto como un charlatán de feria.

Un elefante para el rey



VARIOS miembros de la administración colonial participaron en la tarea de dar a conocer las riquezas naturales de Filipinas. El gobernador Martín de Ursua Arizmendi comunicaba en junio de 1714 que había ordenado «hallar, recoger y remitir las cosas más singulares y raras» que pudiesen encontrarse. Juan de Arechederra, obispo de Nueva Segovia y gobernador interino, remitió al rey en 1746 un ciervo blanco recogido en los montes de la laguna de Bay, posiblemente un caso de albinismo que hoy hubiese despertado interés desde el punto de vista científico. Posteriormente los trabajos de la expedición de Malaspina o del botánico Juan José de Cuéllar contribuirían al mejor conocimiento de las islas.

«En todos los tiempos ha sido muy propio de los soberanos para ostentación de su grandeza tener en sus palacios y ca-

sas reales aquellos animales, plantas y frutos más extraños y particulares que se crían en otros países». Con estas palabras comenzaba Juan Antonio Álvarez de Quindós uno de los capítulos de su *Descripción histórica del Real Bosque y Casa de Aranjuez*, dedicado a referir cuantos animales curiosos había habido en aquel sitio durante el reinado de Carlos III, entre los cuales alcanzaba a reconocer la procedencia de una cibola procedente de Nueva España, guanacos de Chile, «una vaca enana y un buey que criaba un ternero, cosa harto extraña, y los elefantes asiáticos que durante años fueron las grandes joyas de la colección»[6].

El interés por las rarezas minerales, vegetales y animales de otras latitudes no sólo abarcó el ambiente científico sino que también atrajo a diversos ilustrados, miembros de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País (RSBAP). El siguiente es un excelente ejemplo. Corre el año 1773. Simón de Anda [López de Armentia] y Salazar, a la sazón gobernador y capitán general de Filipinas, hizo llegar a Carlos III un elefante joven obsequio de cierto régulo afecto. El monarca, entusiasmado, ordenó que fuera enviado desde aquel remoto lugar, sin reparar en barras sobre el problema de su dificultoso transporte. Se hizo llegar el ejemplar desde el archipiélago, vía cabo de Buena Esperanza, hasta Cádiz a bordo de la fragata Venus comandada por el capitán de navío Juan de Langara

6.- ÁLVAREZ DE QUINDÓS, J. A. *Descripción histórica del Real Bosque y Casa de Aranjuez*, Madrid, 1804 (ed. Facsímil: Aranjuez, Doce Calles, 1993, pp. 333-334.

Huarte, quien debió seguir precisas instrucciones por el director general de la Armada acerca de cómo trasladar tan delicado presente.

Arribado al puerto andaluz, Langara informó pronto a la corte que el elefante se encontraba «tanto o más grueso y fuerte que cuando lo embarqué en Manila». La conducción por tierra desde Cádiz hasta San Ildefonso estuvo a cargo del teniente de fragata José Domingo Mazarredo quien, desesperado e intranquilo, escribió al rey desde Carabanchel refiriendo que estaba detenido allí sin saber qué hacer porque habían enfermado los dos tagalos que conducían y cuidaban al paquidermo. Pronto, Carlos III hizo saber: «que continúe su marcha hasta este sitio, viendo si algún marinero ó soldado usando de arbitrios consigue que el elefante le obedezca».[7] Suficientes precauciones y movimientos de criados y escolta se tomaron por consideración al animal, logrando finalmente el rey contemplar de cerca el exótico regalo, que no tardaría en morir en dependencias extrañas a su hábitat.

Aquí más que referir la gestión gubernamental de Anda nos interesa reseñar que hizo llegar hasta la corte un curioso animal desde tierras asiáticas. Por si fuera poco, en la Llanada alavesa, en el pueblo de Subijana, todavía hoy, un blasón labrado en piedra recuerda que el señor de la casa, nacido a fines de oc-

7.- Archivo General de Simancas, S. Marina, 715. Este asunto dio pie a un detallado expediente.

tubre de 1709, tuvo relación con un plantígrado. Los motivos decorativos que flanquean el escudo son: banderas, cañones, mazas, flechas, tambores... y hasta un elefante que parece sostener el campo de armas. El escudo es de estilo barroco y sin la grandiosidad que la heráldica tenía apenas un siglo antes. Se pueden distinguir las armas de los Anda y las de los Salazar. Las primeras traen «un castillo o torre y sobre él una escuadra de oro». Los segundos «trece estrellas de oro». Se trata del jurisconsulto Simón de Anda, hijo del lugar, socio honorario y precursor de la RSBAP, miembro destacado de la Audiencia y defensor de Manila frente a los británicos[8], y luego gobernador y capitán general del apartado, amén de remoto, archipiélago. A finales de octubre de 1776, fallece, víctima de la disentería, mientras descansaba en la residencia veraniega de los agustinos en Imus, próximo a Cavite[9].

8.- Un cuadro, custodiado en el Museo de Bellas Artes de Álava, *Alegoría de la defensa de Filipinas por el alavés Simón de Anda y Salazar*, de autor anónimo, nos recuerda el acontecimiento y representa al personaje.

9.- MARTÍNEZ SALAZAR, Á. *Presencia alavesa en América y Filipinas*. Vitoria Gasteiz, 1988, pp. 58-67, y *Geografía de la memoria*, Bilbao, Elea, 2005, p. 30-33

Un tipo que sabía contar historias

Dadme la vida que amo,
dejazme junto al río,
dadme el alegre cielo sobre mi cabeza
y un sendero amigo.
Cama en el matorral cara a las estrellas,
pan para mojar en el río:
esa es la vida que un hombre como yo ama,
esa vida y para siempre.
R. L. Stevenson

DE espíritu itinerante y un tanto culo inquieto, Robert Louis Stevenson se aventura a realizar en 1878 una travesía en canoa desde Amberes a Pontoise, cuya experiencia entrega a la imprenta con el título *An Inland Voyage*, su primera obra publicada. Ese mismo año aparecen varios relatos breves en diversas revistas, textos que —junto con otros cuentos— conformarían tiempo después *Las nuevas noches árabes*. Poco antes, su afición por el viaje le había llevado a emprender una excursión original: atravesar la región francesa de las Cevennes en burra, dejándonos una entretenida relación.

Conoce, en la ciudad francesa de Grez (1874), a la norteamericana Frances Van de Grift Osbourne, once años mayor, separada y con dos hijos, independiente, y prototipo de

la nueva mujer (existe una interesante biografía suya a cargo de Alexandra Lapierre, con un subtítulo significativo: *Entre la pasión y la libertad*). Cuando su amada regresó a Estados Unidos, Stevenson, pese al escándalo familiar y a su precario estado de salud, decide seguirla para casarse con ella (1880). *Fanny*, así la llamaban los suyos, a quien dedicara versos como:

> *Maestra y ternura, camarada y amante, esposa,*
> *compañera de ruta,*
> *fiel hasta el final del viaje,*
> *alma libre, corazón enamorado de absoluto.*

Había tomado un barco en Glasgow para cruzar el Atlántico, y de esta travesía dejaría constancia en *El emigrante por gusto*, una obrita que combina el valor testimonial con cierto conocimiento de la naturaleza de las gentes que buscaban nueva tierra de promisión. De su itinerario desde Nueva York hasta San Francisco nos dejó dos relatos: (*De praderas y bosques*) «A través de las praderas» y «La antigua capital del Pacífico», una descripción de Monterrey, de su paisaje y de sus habitantes. Tras la boda, el matrimonio pasa una temporada en la antigua Alta California (todavía se defiende mi biografía del gobernador Diego de Borica), experiencia que le sirve para escribir *Los colonos de Silverado* (1883).

En el manuscrito de esta novela corta, anota:

> Pero yo creo que todos pertenecemos a muchos países. Yo soy escocés, tocadme y hallaréis el cardo; soy británico, y vivo y me conmuevo y pongo todo mi ser en las grandezas de nuestras proezas nacionales; pero, ¿habré de olvidar la larga hospitalidad

de Francia, ese bello y amable país? ¿O no me ha hecho América favores como para confundir mi gratitud?

Y, eso que, todavía no había conocido los encantos del paisanaje y las tierras de Hawai, Samoa y otras —entonces— paradisíacas islas de los mares del Sur.

Un tesoro literario

Posteriormente se traslada a su Edimburgo natal. Sufre una recaída en su tuberculosis viéndose obligado a iniciar un peregrinaje por lugares propicios para su quebrantada salud. Durante los meses siguientes residirá en Francia, Suiza e Inglaterra. Años que marcan el periodo de mayor actividad, el cenit de su creación literaria. *La isla del tesoro*, *La extraña vida del Dr. Jekill y Mr. Hyde* o *Secuestrado*. Narraciones encantadas —como tantas suyas— llevadas a la gran pantalla, con desigual fortuna, en varias ocasiones. Descartadas algunas obras menos conseguidas, su obra de ficción se presenta con la fuerza de un poema, y de un ensueño juvenil.

La isla del tesoro —con personajes como Jim Hawkins o el pirata Long John Silver— es su primer gran éxito de ventas. Lectores de toda clase y condición volvieron a recuperar su infancia y permanecieron desvelados leyendo esta pequeña joya mucho tiempo antes de comer o después de irse a la cama. Cuentan que Glandstone le echó una hojeada en casa de lord Roseberry y, al día siguiente, recorrió Londres en busca de un ejemplar. Por su parte, el director de una prestigiosa publica-

ción comentó que «era el mejor libro que se había publicado desde Robinson Crusoe».

Pocos relatos han sido tan influyentes en lo que luego se ha dado en llamar literatura juvenil. En sus páginas fascinantes, desde la primera hasta la última, aunque podamos enmendar algún capítulo, muchos de los rasgos que desde entonces han conformado ese género o espacio particular de las narraciones destinadas a niños y adolescentes y que muchos ya maduros también agradecemos. Una mezcla de viaje iniciativo, misterio y sentido moral, con mapa, isla y tesoro escondido... En definitiva, una maravillosa historia. «Ningún libro es perfecto —dejó escrito—, ni siquiera en su concepción; pero muchos causan las delicias del lector, le hacen mejor y le reconfortan».

EL QUE CUENTA CUENTOS

Coincidiendo con la muerte del padre, su enfermedad se agrava. Decide abandonar el viejo continente e instalarse en una estación invernal de los Estados Unidos. Pero, cuando apenas lleva un año en su flamante hogar, el proyecto de un nuevo proyecto viene a renovar sus sueños: realizar un crucero por las remotas islas del Pacífico. Se embarca con su familia, y parte de San Francisco en la goleta *Casco*, rumbo a las islas Marquesas en 1888. La travesía se prolonga dieciocho meses, y en su navegación recorren las islas Pomotu, Tahití y Hawai, en una primera fase, y las Gilbert y Samoa posteriormente. *En los mares del Sur* recoge las peripecias de esta singladura.

Es, finalmente, en la isla de Upolu donde decide construirse su morada e instalarse de forma indefinida en Apia. En aquella suerte de edén terrenal, Stevenson se siente feliz y escribe hasta que, en diciembre de 1894, no su inseparable enfermedad, la tuberculosis, a la que casi había conseguido olvidar, sino una repentina hemorragia cerebral le gana la partida... definitiva. Había tenido tiempo de finalizar novelas como *El señor de Ballantrae* —en la isla de Waikiki— o *Bajamar*, hermosos y sugerentes poemas y enjundiosos ensayos, amén de mantener una perspicaz correspondencia epistolar. «Tusitala, el narrador de cuentos» o «el que cuenta historias», para los samoanos, fue enterrado en el monte Vaea, frente al inmensurable océano.

A ambos lados de su tumba, todavía hoy, se conservan dos placas de bronce; una tiene las palabras en lengua vernácula de «... Tusitala», seguidas de una referencia bíblica. En el otro rótulo a modo de epitafio, aparece grabado parte de su *Réquiem*:

... Alegre he vivido y alegre muero
pero al caer quiero haceros un ruego.
Que pongáis sobre mi tumba este verso:

Aquí yace donde quiso yacer;
de vuelta del mar está el marinero,
de vuelta de la montaña está el cazador.

Y también poeta y ensayista

Pese a su prematura muerte, con cuarenta y tres años, Stevenson dejó una vasta obra como poeta, ensayista y narrador

de aliento, de inconmensurable alcance, en la que destacan algunas piezas magistrales. Un autor que sigue fascinando a jovencitos y adultos y cuya fecunda creación literaria nos sigue entusiasmando.

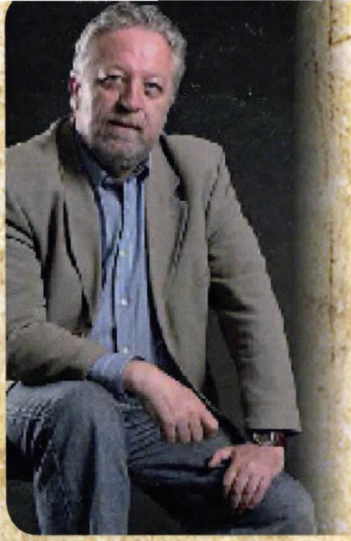
Lástima que quienes no pudimos tratarle nos perdiéramos el «poderoso hechizo de su conversación». Si el genio literario consistiera en la capacidad para pulir la obra, nadie negaría al escocés la posesión de tal don supremo. Años antes había confesado: «Imagino que a nadie le ha costado aprender un oficio tanto como a mí; yo bregué para dominar mi herramienta día tras día y, francamente, estimo que [gracias a mi desmedida laboriosidad] he hecho más con menos talento que casi cualquier otro escritor del mundo». En uno de sus ensayos, Stevenson se pregunta: «¿Cuál es entonces el objeto, cuál el método de un arte, y cuál es la fuente de su fuerza? Todo el secreto es que ningún arte «compite con la vida». El único método del hombre ya razone o cree, es cerrar a medias los ojos ante el deslumbramiento y la confusión de la realidad...».

Nos dejó a tiempo para no envejecer ni repetirse, lo suficientemente pronto para ser todavía joven, sin ocasión para apurar la copa, para pulir el último párrafo. Poco más de un siglo después de su muerte, la obra de Stevenson sigue formando parte de la mejor literatura: la que nunca aburre, la que sugiere, la que sigue entusiasmando. Ni las biografías al uso ni tantos elogios (sin duda merecidos) han sabido transmitir la vitalidad

y poderoso hechizo de este autor que, como los privilegiados, sabía contar historias.

La faceta política de Stevenson quedó eclipsada por el éxito de sus novelas. Quiero poner punto final recordando sus palabras:

Para jóvenes y viejos es un hecho sabido
y además no admite mutis ni vuelta,
que son los más queridos los más viejos amigos
y están los jóvenes sólo a prueba.



Ejerce el periodismo desde hace lustros, ha dirigido revistas culturales y es autor de una veintena de libros, dos de ellos dedicados a Tierra Estella:

- *El habla y la cultura popular en Aguilar, La Berrueza, Valdega y Los Arcos*
- *Cuatro valles encantados*

Ha publicado obras como: *Manuel Iradier, un explorador de quimeras*; *De techo y olla*; *El señor de Itzea*; *Geografía de la Memoria. Aventureros, exploradores y viajeros vascos*; *De comerse el mundo*... Su última obra es ***Aquellas guerras que nos contaron***... (Laertes, 2014).

Estamos ante una obra que nos invita a asomarnos a esa parte de Tierra Estella que mejor conoce Martínez Salazar, a sus gentes —personajes ilustres o entrañables tipos de la tierra— y sus costumbres... Asimismo recuerda a visitantes que recorrieron y anotaron sus vivencias. Este periodista y escritor ofrece una serie de textos amenos e inéditos, curiosos o desperdigados por diversas publicaciones, para que quienes todavía no se hayan adentrado en la lectura de su prosa conozcan algunas de sus inquietudes y una peculiar manera de entender la vida.